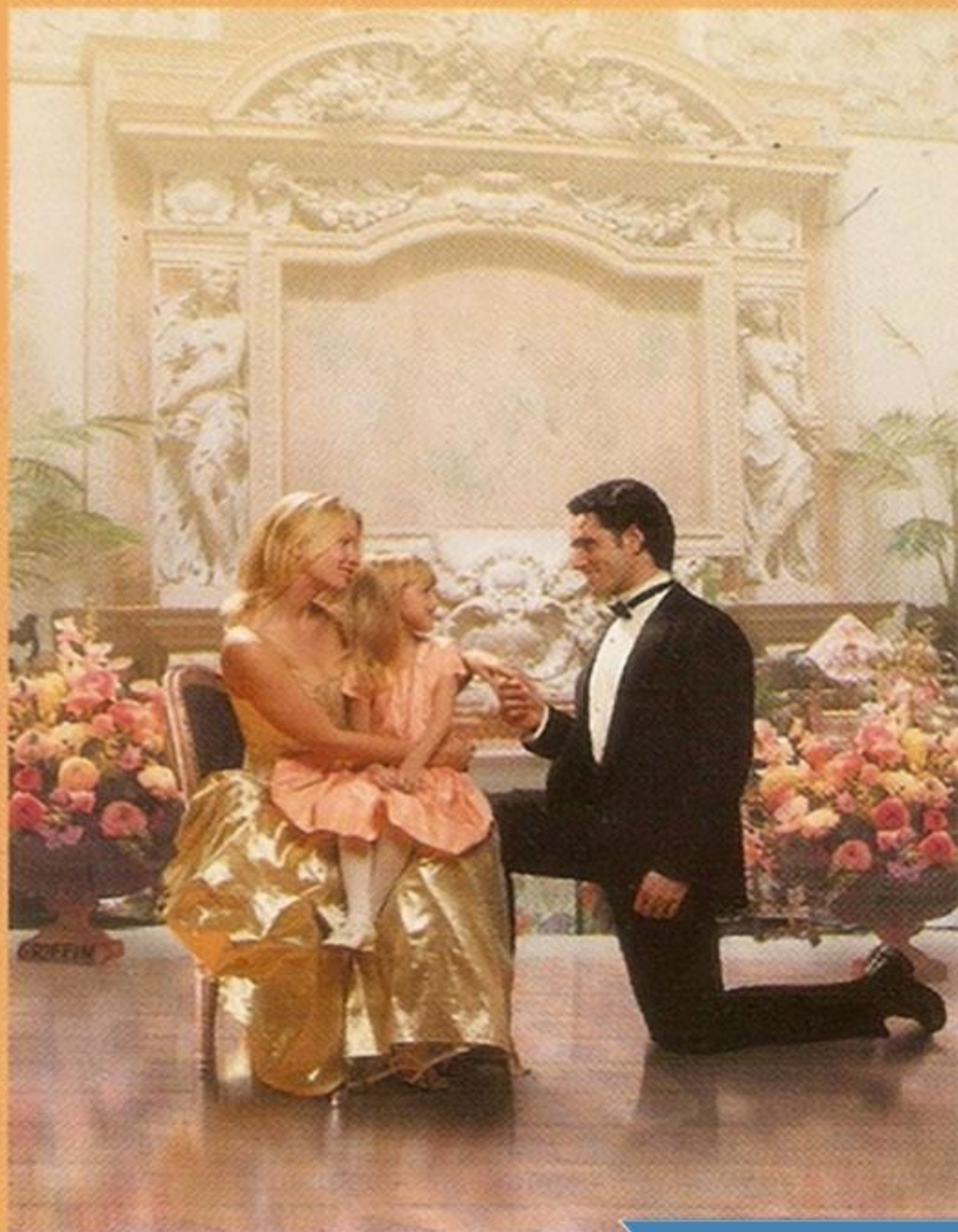


se

Amores imposibles



CARA COLT **Lectulandia**

¡Algún día volverá mi príncipe!

Hacía cinco años que la guapísima estadounidense Jordan Ashbury había compartido un verano apasionado con Ben Prince, un europeo muy sexy y con mucho que esconder. Con la llegada del otoño, Ben había regresado a su casa, dejando a Jordan un montón de dulces recuerdos& y un bebé que nacería en poco tiempo sin que él tuviera la menor idea.

Un día, cinco años después, mientras trabajaba en una recepción real en Penwyck, Jordan se encontró con Ben Prince y descubrió que su apasionado Romeo no era otro que el príncipe Owen. Jordan era incapaz de imaginarse siquiera en el papel de princesa, y se negaba a que su pequeña se encontrara dividida entre los dos. Sin embargo, el poder de los besos de Owen podría hacer que todo acabara con un final feliz.

Lectulandia

Cara Colter

Amores imposibles

*

ePub r1.1

Piolin 03.07.17

Título original: *Her royal husband*
Cara Colter, 2002
Traducción: Íñigo Azurmendi Muñoa

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Aquel era el ruido que estaba esperando. El roce de la llave al girar en la cerradura. El príncipe Owen Michael Penwyck sintió los músculos tensos, preparados. Al darse cuenta de que contenía la respiración, dejó escapar el aire lentamente.

Los goznes de la pesada puerta de madera chirriaron. Owen estaba agazapado detrás de ella, con la mirada fija en el haz de luz que rasgaba la oscuridad de su celda a medida que la puerta se abría poco a poco.

Una sombra alargada se proyectó sobre el frío suelo de piedra. La sombra de un hombre con un rifle al hombro que sostenía algo delante de sí. Exactamente lo que el príncipe había previsto.

La sombra se detuvo y, para no dar tiempo a su dueño de intuir el peligro si veía el catre vacío, Owen se abalanzó sobre él. El hombre llevaba una bandeja con comida. Al derramarse sobre él la sopa y el café hirviendo, dejó escapar un aullido de ira y de dolor que repitió cuando Owen, con la fuerza de sus piernas fortalecidas por años de montar a caballo y escalada, le dio una patada en el pecho que lo dejó inconsciente.

Owen temió haber hecho demasiado ruido y su sospecha se confirmó al oír aproximarse las pisadas del resto de sus secuestradores, cuyo eco retumbaba en el pasadizo como un trueno en una caverna.

Aunque tuvo la certeza de que escaparse sería prácticamente imposible, al menos en aquella ocasión, sintió una fuerza interior que lo quemaba como si fuera un guerrero invencible. La juventud y la fuerza eran sus grandes atributos. Respiró profundamente para llenarse los pulmones de aire y sujetó con fuerza la pata de hierro del catre que tanto esfuerzo le había costado arrancar.

Con la audacia y la calma que había caracterizado a sus antepasados guerreros, Owen se asomó al pasadizo. Pestañeó con fuerza para acostumbrar sus ojos a la luz después de varios días pasados en la oscuridad de su celda.

Tres hombres vestidos de negro y con el rostro cubierto se lanzaron sobre él. Owen blandió la barra de hierro, asestó un golpe seco a uno de ellos y lo derribó. Con un segundo movimiento, descargó otro golpe y otro asaltante se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la ceja partida.

Pero el tercer atacante había esquivado los golpes y la confusión de cuerpos y se había colocado tras él. De un salto, rodeó el cuello del príncipe con un brazo poderoso y lo paralizó. El segundo hombre, aprovechando la situación, se lanzó contra él. Owen dejó caer la barra de hierro e intentó librarse del brazo que lo ahogaba. Con un movimiento brusco de la cabeza, consiguió golpear con fuerza la cara de su captor. Oyó un quejido contenido y sintió que el brazo aflojaba la fuerza con la que lo sujetaba. Repitió el movimiento al tiempo que lanzaba una patada hacia delante. Su pie impactó contra el pecho del segundo atacante, dejándolo sin

respiración. Al mismo tiempo, su cuello quedó libre.

La satisfacción le duró poco. Un batallón de hombres de negro surgió de un corredor transversal y se aproximó a toda velocidad por el pasadizo.

Mientras, el atacante que tenía a su espalda volvió a sujetar a Owen por el hombro y descargó una andanada de golpes sobre su mejilla. Owen consiguió volverse y enfrentarse a él.

Vestía de negro, como los demás, pero la banda que le cubría el rostro se le había deslizado, dejándolo al descubierto. Al tiempo que Owen descargaba un puñetazo contra su nariz, hizo un esfuerzo por memorizar los rasgos de su rostro. Estaba seguro que la escapatoria era imposible, pero un instinto primario le exigía hacer el mayor daño posible antes de admitir la derrota.

Aprovechando el desconcierto de su oponente, lo tiró al suelo y le clavó la rodilla en el pecho para inmovilizarlo. Levantó el brazo para darle un puñetazo con toda la fuerza de la ira que sentía, pero antes de que pudiera asestárselo, alguien le sujetó el brazo por detrás y le dio un golpe que le cortó la respiración. Owen cayó de bruces sobre el hombre al que sujetaba.

El joven príncipe luchó desesperadamente, pero ya no había nada que hacer. Sus atacantes se multiplicaban. Uno se sentó sobre su espalda, otro le sostuvo las manos, un tercero, las piernas. Entre los tres, lo levantaron en el aire lo suficiente como para liberar al hombre que había quedado atrapado bajo su cuerpo. Después, lo dejaron caer como un peso muerto sobre las frías losas del suelo.

—Vale, vale —dijo Owen, en tono despectivo—, traidores.

Por respuesta, recibió un golpe en la cabeza y Owen probó el sabor de la sangre en sus labios. Al oír un ruido metálico adivinó lo que iba a suceder y por primera vez tuvo miedo. Sacando fuerza de la extenuación, se revolvió y consiguió liberar una de sus manos, pero sus enemigos lo retuvieron con fuerza y uno de ellos le retorció el brazo detrás de la espalda. A pesar de que Owen siguió luchando, no pudo evitar que lo inmovilizaran con unas esposas.

Más hombres lo sujetaron para impedir que moviera las piernas y unas manos crueles le cerraron unos grilletes alrededor de los tobillos. Con brusquedad, lo obligaron a ponerse de pie. Impotente y humillado, en un desesperado arranque de orgullo, se agachó y embistió contra sus enemigos. Los hombres se echaron hacia atrás y él sintió la satisfacción de comprobar que para ser un hombre solo había causado un daño considerable. Tenían el rostro ensangrentado, la ropa desgarrada y la respiración agitada.

Owen se recordó que el único arma que le quedaba era su mente y miró atentamente a sus enemigos. Iban vestidos exactamente igual que la noche que lo secuestraron, con monos negros de cuello alto que utilizaban para cubrirse el rostro y gorros de lana. Tenían un aspecto malvado y siniestro. Owen trató de identificar su nacionalidad por el color de sus ojos y de su piel, pero no lo consiguió. Lo que sí era evidente era que se trataba de un grupo fuertemente organizado, no de una banda de

delincuentes interesados en conseguir un rescate por él.

Debía tratarse de un grupo paramilitar.

Apartó la mirada de ellos. La noche del secuestro le habían vendado los ojos. Hasta aquel momento no había podido ver el pasadizo que conducía a su celda. Era oscuro y húmedo, como el de una mazmorra medieval. A Owen le llamó la atención la tonalidad rosa que tenía la roca de las paredes. Alzó la mirada por la pared y vio una pequeña abertura enrejada. Respiró hondo. Estaba seguro de que podía oler el mar.

Aquel tipo de roca era típico de la isla de Majorco, una isla con la que Penwyck estaba a punto de firmar una alianza militar sin precedentes.

Owen evitó demostrar que tenía pistas de dónde podía estar e incluso de por qué lo habían secuestrado. La alianza contaba con poderosos opositores.

Sus segundos de reflexión llegaron a un brusco final cuando una patada en la espalda le indicó que era el momento de volver a su celda. Owen se negó a arrastrar los pies a pesar de los grilletes y, con gesto arrogante, intentó caminar con el paso más largo que le permitieron dar las cadenas.

—Alteza Real —dijo uno de los hombres, sarcástico e hizo una leve inclinación a la entrada de la celda.

Owen embistió contra el hombre que se había burlado de él y que había cometido la estupidez de descuidarse por un segundo. Una vez más, los demás hombres se lanzaron sobre él y lo acribillaron a puñetazos. Finalmente, lo levantaron en el aire y lo tiraron en el suelo de la celda. Desde allí, exhausto, con la mejilla contra la fría piedra, Owen vio a media docena de hombres entrar y llevarse lo que quedaba del desvencijado catre de hierro, incluido el colchón.

Al salir, el hombre que había hecho una reverencia, le dio una patada.

—Esperaba encontrarme con un príncipe melindroso y resulta que te comportas como el miembro de una banda callejera —escupió.

Owen consiguió dejar escapar una risita de superioridad de sus labios hinchados y notó que alguien se quedaba de pie a su lado. Era el hombre cuyo rostro había quedado descubierto. No se había molestado en cubrirse.

La nariz le sangraba y Owen vio que se la secaba con un pañuelo caro. Tenía ojos negros y fríos y unos labios finos y crueles. Owen hizo una fotografía mental de la cicatriz que le recorría desde la ceja hasta la mandíbula.

—Has cometido una estupidez, Alteza —dijo el hombre, con calma—. Tu estancia aquí hubiera podido ser agradable.

Desde el suelo, Owen lo observó atentamente. ¿Sería el cabecilla? ¿Tenía acento de Majorco? ¿Qué significaba el que no se esforzara por ocultar su rostro? Estaba seguro de que nada bueno.

—Estoy convencido de que no volverá a repetirse —añadió el hombre, amenazante bajo su aparente amabilidad.

Owen guardó silencio.

El hombre se puso en cuclillas a su lado y se balanceó. Apoyó las manos en las rodillas y, al hacerlo, la manga derecha se deslizó lo suficiente para dejar al descubierto parte de un extraño tatuaje. Parecía una daga.

Owen hizo como que no se fijaba en él y miró al hombre a los ojos en silencio. Este dejó escapar una risa despiadada.

—No eres mi príncipe, sino mi prisionero —dijo—. Cuando te hago una pregunta, exijo que me respondas.

Owen continuó reuniendo información. El estilo y el vocabulario que utilizaba le indicaron que era un hombre educado. Como respuesta, escupió. Creyó que recibiría un puñetazo, pero no fue así.

—El hombre que te vigiló ayer por la noche me ha dicho que hablaste mientras dormías —dijo el secuestrador, con una suavidad engañosa.

Owen se tensó. Aquel hombre era mucho más peligroso que todos los que pensaban que podían someterlo por la fuerza. Este prefería jugar con la inteligencia y la crueldad.

—Pronunciaste un nombre que no tiene nada que ver con tu familia.

Owen intentó ocultar la inquietud que el desconocido estaba despertando en él.

—¿Quién eres? —preguntó, con el tono de quien llevaba veintitrés años siendo educado para rey—. ¿Qué quieres de mí?

En lugar de responder, el hombre puso cara de intentar recordar.

—Era un nombre poco común.

A Owen no le engañaba su fingida falta de memoria.

—¿Laurie Anne? No. ¿Tal vez Jo Anne?

El hombre estaba jugando con él y Owen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para aparentar una indiferencia que no sentía. Aquel hombre podía estar próximo a descubrir su secreto más íntimo.

—Ya me acuerdo —el hombre clavó su mirada en Owen para ver cómo reaccionaba—. En sueños llamaste a Jordan.

Owen supo que una fugaz transformación de su mirada acababa de traicionarlo.

El hombre sonrió fríamente.

—Es evidente que estás dispuesto a sufrir las consecuencias de despertar mi ira. Pero me pregunto si serás capaz de asumir la responsabilidad de lo que les suceda a otros.

—Nunca la encontrarás —replicó Owen.

—Gracias por informarme de que se trata de una mujer —el hombre sonrió, satisfecho—. Creía que Jordan era nombre de varón.

Owen se maldijo por haber caído en la trampa.

—Es curioso que alguien con una vida tan pública haya conseguido ocultar una relación amorosa. ¿Cómo lo has conseguido?

Owen lanzó una mirada furiosa a su torturador.

—¿Sabes, Alteza, que hay una droga de la verdad llamada Amytal Sódico?

El hombre pretendía jugar con su mente. Owen estaba seguro de que responder sería admitir que aceptaba las normas de su secuestrador. Pero si no respondía, Jordan podía correr peligro. Tenía que tragarse el amor propio.

—No, no conozco esa droga —dijo, fríamente.

—¿No? —dijo el hombre, satisfecho de haber hecho hablar a Owen—. Se me olvidaba que a los príncipes no les gusta ocuparse de asuntos turbios. A vosotros os corresponde cortar cintas de inauguración, dirigir cacerías y abrir bailes de gala. Pero te advierto que, aunque tu fuerza me ha sorprendido, la droga de que te hablo puede hacer que el hombre más fuerte babee como un niño indefenso. Podría averiguar lo que quisiera de tu Jordan.

—Me doy por avisado —masculló Owen.

—Me alegro —el hombre se puso de pie—. Por hoy hemos acabado. Mañana vendré a interrogarte sobre los diamantes.

—¿Diamantes? —repitió Owen, desconcertado.

—Si no colaboras o vuelves a causarme problemas no será a ti a quien castigue. Buscaré a esa mujer. ¿Comprendido?

Owen pensó que era una amenaza vacía de contenido. Por un lado, porque solo volvería a intentar escaparse si estaba seguro de conseguirlo. Por otro, porque era imposible que revelara a sus secuestradores dónde estaba Jordan cuando ni él mismo lo sabía. Aun así, tal vez podía darles información valiosa, pues sí sabía que era originaria de Wintergreen, en Connecticut.

—¿Has comprendido? —volvió a preguntar el hombre, en tono amenazador.

—Sí.

—Me alegro. Es importante que nos entendamos mutuamente. Jordan se beneficiará de que me procures respuestas satisfactorias.

Owen no podía perdonarse haber desvelado con tanta facilidad su punto débil.

—Te dejo la cena en el suelo. Si tienes hambre puede que te apetezca, aunque está un poco pisoteada.

Owen se sentía furioso. No podía soportar la humillación de verse impotente frente a aquel déspota. Haciendo un esfuerzo, logró tumbarse sobre un costado y dar la espalda a su torturador.

—Buen provecho, Alteza.

Solo cuando oyó el ruido del cerrojo a sus espaldas, Owen dejó escapar un gemido de dolor.

Tenía todo el cuerpo dolorido. Hubiera querido comprobar si tenía uno de los nudillos de la mano abiertos, tal y como intuía, y si la hinchazón de la mejilla y de los labios era exagerada. Pero tenía las manos atadas a la espalda y tuvo que conformarse con apoyar su dolorida mejilla en el frío suelo.

Su intento de fuga no solo había fracasado, sino que había dificultado cualquier otro. No podía arriesgarse a poner a Jordan Ashbury en peligro, estuviera donde estuviera.

El suelo cada vez le resultaba más duro y frío, pero procuró no hacer caso de la incomodidad y el hambre que comenzaba a sentir.

Había pronunciado el nombre de Jordan en sueños. Cerró los ojos y su imagen le vino a la mente. La recordó corriendo por la orilla del mar bajo la luz de la luna, con el cabello rubio flotando al viento y un brillo en los ojos que superaba al de las estrellas. Recordó el sabor salado de sus labios la primera vez que la besó en la bruma marina que los envolvía.

El recuerdo le hizo gemir una vez más con un dolor más profundo que el físico.

Desde el principio había sabido que la relación entre ellos era imposible. Imposible de resistir y de controlar. Imposible porque el abismo entre sus vidas era infranqueable.

Oyó una carcajada fuera de su celda. Era la hora del cambio de guardia. Intentó adivinar la hora, pero se dio por vencido. Prefirió cerrar los ojos y abandonarse al placer de recordar el sonido de su nombre escapando de los labios de Jordan. O al menos el nombre falso con el que ella lo había conocido.

Por primera vez desde que estaba secuestrado se preguntó si sus secuestradores pensaban matarlo. Sabía que haber visto el rostro y el tatuaje del cabecilla no podía depararle nada bueno.

Sentir la proximidad de la muerte le dotó de una clarividencia que no había sentido nunca con anterioridad. Y supo, súbitamente, que había dejado escapar de su vida aquello que debía haber valorado por encima de cualquier otra cosa.

Después de cinco años tratando de evitarlo, dejó que su mente recordara a Jordan y se dijo que debía haber intentado cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Su rebeldía había estallado el verano que cumplió dieciocho años, al tener la certeza de que sería él, y no su hermano gemelo, Dylan, quien algún día sería nombrado rey. Por algún motivo desconocido, aquel año no había querido asumir su propio destino.

Siempre había sabido que su vida estaría marcada por las exigencias de su pequeña nación de Penwyck, no por sus deseos personales. Sabía que las grandes decisiones de su vida, incluida la persona con la que tendría que casarse, dependerían de terceras personas.

Al cumplir dieciocho años se había sentido prisionero de un destino al que no podía escapar. Veía que lo preparaban para ser rey y que su hermano se sentía herido. Y no podía comprender un sistema que enfrentaba a dos hermanos porque valoraba más unas características personales que otras.

Él era fuerte, rápido y listo. Dylan también lo era, pero de diferente manera. Y Dylan tenía otras virtudes que no se tenían en cuenta porque él, Owen, poseía un conjunto de rasgos que la gente adoraba. Su atractivo físico contribuía a alimentar en la nación de Penwyck la idea de que era un príncipe de cuento de hadas. Y a Owen le había inquietado sentir cómo su imagen pública se manipulaba en detrimento de la de Dylan para convertirlo en futuro rey de la pequeña isla que su padre gobernaba.

Mientras que los demás hombres tenían que forjarse un destino, él había nacido con el suyo bien definido.

Con dieciocho años era consciente de todo ello. Y también de que aquello le otorgaba cierto poder para exigir algo a cambio. Por eso pidió disfrutar de un verano en libertad en Estados Unidos antes de entregar su vida al futuro que tenía asignado. Si le otorgaban lo que pedía, juró que volvería a Penwyck y asumiría toda la responsabilidad que le correspondía en los asuntos de estado.

Pero para cumplir su promesa tuvo que luchar arduamente consigo mismo y con un espíritu de rebeldía que hasta entonces no había descubierto que poseyera. Una característica de su personalidad que, por otro lado, le proporcionó la mayor felicidad de su vida.

Bajo una falsa identidad que tuvo que memorizar hasta convertirla en suya y tras jurar que no revelaría la verdad sobre sí mismo bajo ninguna circunstancia, Owen consiguió a regañadientes el permiso de sus padres y del Gabinete de Élite de la Realeza para asistir a un curso de cinco semanas sobre política internacional en la prestigiosa Fundación Smedley de Laguna Beach, California.

—Tú, rubio.

Fueron las primeras palabras que Jordan le dedicó con sorna, insinuando que su cabello teñido no la engañaba.

Owen la reconoció como la chica lista de la clase, la que siempre levantaba la mano, la que hacía los deberes y sabía todas las respuestas, la que no consentía ningún comentario machista. El cabello le llegaba a los hombros y habría podido ser bonita si se hubiera esforzado, pero era evidente que dedicar tiempo a su imagen le parecía una pérdida de tiempo.

Aquel día llevaba unos vaqueros y una camiseta amplia que ocultaban las formas de su cuerpo esbelto, y sus bonitos ojos quedaban casi ocultos bajo el ala de una gorra que se había calado demasiado. Casi. Porque cuando Owen la miró a los ojos por primera vez, sintió un extraño escalofrío. Sus ojos no eran los de una mujer agresiva e inteligente, sino que transmitían una mirada sosegada y llena de fuerza, y desvelaban características de su personalidad mucho más profundas: honestidad, bondad y solidez.

Al mirarla, la palabra «destino» se había dibujado incomprensiblemente en la mente de Owen. ¿Cómo podía aquella chica formar parte de su destino cuando éste ya estaba tan rígidamente marcado para él y ella veía a los hombres como seres vulgares de los que debía protegerse?

Owen se cruzó de brazos y balanceó la silla.

—¿En que puedo ayudarte, rubia?

Jordan no pudo evitar sonreír.

—Me ha tocado hacer el proyecto de clase contigo. Eres Ben Prince, ¿no? Espero que a pesar de esa mandíbula de actor de cine y ese cuerpo de modelo estés dispuesto a trabajar.

—¡Cuerpo de modelo! —exclamó él, con la indignación de quien estaba acostumbrado a recibir un trato respetuoso. Se quitó las gafas que utilizaba como parte de su disfraz.

—¿Para qué usas gafas si no las necesitas? ¿Pretendes que te hagan parecer más inteligente?

Fue la señal de que el disfraz que el Gabinete de Élite había fabricado para él no la había engañado. Y también de que ninguna de sus intervenciones en clase la habían impresionado por su perspicacia. Por un instante pensó que trabajar con ella iba a ser tan agradable como colaborar con un puercoespín. Pero una voz interior le dijo que si prestaba atención a sus ojos y no a sus palabras, comprobaría que también ella se ocultaba tras un disfraz.

—No te preocupes —continuó ella, divertida—. Lo único que me importa es que haya algo debajo del tinte —añadió, a la vez que le daba un golpecito en la frente.

—¿Debajo del tinte? —Owen se sintió desconcertado. El contacto de los dedos de Jordan contradecía la frialdad de sus palabras. Era puro hierro candente.

—No puedes ocultar que eres un rubio teñido —dijo ella, bajando el tono de voz.

—Tengo que ir de incógnito —replicó él fríamente.

—¿Estás en la lista de los delincuentes más buscados por el FBI?

—Casi. Pertenezco a la familia real de una isla de la que no habrás oído hablar.

Jordan dejó escapar una carcajada sincera mientras él se daba cuenta de pronto de que acababa de romper el juramento de no desvelar su verdadera personalidad.

Al reírse, la frialdad y la rigidez con la que Jordan solía comportarse se diluyeron por completo.

—Bien, Alteza Real de pacotilla —dijo, poniéndose seria pero sin abandonar una actitud relajada—. ¿Sobre qué déspota quieres que hagamos el proyecto? Yo pensaba que podía ser Stalin.

—Genghis Khan —dijo él, convencido de que solo podría explorar la misteriosa calma de aquellos intrigantes ojos si lograba mostrarle que tenía suficiente personalidad.

—¡Caramba! Espero que estés dispuesto a hacer tu parte del trabajo y no que lo haga yo todo mientras tú te vas a ligar a la playa.

—Puede que no lo creas, pero estoy aquí para aprender.

Jordan lo miró con desconfianza antes de dedicarle una sonrisa franca que acabó por conquistarlo.

Y así fue como comenzó todo. Horas de trabajo, de ideas aceptadas y rechazadas, de párrafos redactados y corregidos. Así fue como comenzó a admirar la inteligencia de Jordan, su sarcástico sentido del humor, el reto de discutir con ella.

Así descubrió el aroma de su cabello, la luz que bailaba en sus ojos, la impactante figura que ocultaba bajo la ropa holgada

Y, tal y como había sucedido la primera vez, él le contó en distintas ocasiones quién era en realidad, como no se lo había contado a ningún otro ser vivo.

Ese fue el regalo más importante que Jordan le hizo. Le permitió ser una persona normal, explorar los sueños y ambiciones de un muchacho cualquiera de dieciocho años.

Bromeando, se llamaban Chico Rubio y Chica Rubia el uno al otro. Ella se burló de él despiadadamente cuando, al crecer, asomaron las raíces negras de su cabello natural.

¡Y qué pronto apreció él la belleza interior de Jordan, su aguda mente, su gran sentido del humor, su enorme bondad!

Casi al instante se convirtieron en grandes amigos, estableciendo una relación que, al menos originalmente, se basó en el respeto que sentía cada uno de ellos por la inteligencia del otro.

Él supo que no debía ir más allá, que no podía permitirse enamorarse de ella. Pero intuyó que ya había comenzado un proceso que ni el más poderoso de los hombres podría parar.

No podía engañarse. Owen Michael Penwyck, alias Ben Prince, estaba enamorándose de Jordan Ashbury. Y ni la prensa se podía abalanzar sobre él, ni el Gabinete de Élite podía censurar su elección, ni el árbol genealógico de Jordan tenía que ser sometido a un detallado escrutinio.

Eran un chico y una chica normales, a los que se les había otorgado el regalo de un verano inolvidable.

El respeto se tornó en admiración, las palabras fueron dejando lugar al silencio, las miradas acabaron siendo abrazos y la atracción inicial se transformó en amor. Sencillamente.

Y cinco años después, tumbado en el suelo de su celda, sabiendo que su final podía estar próximo y con una lucidez de pensamiento casi sobrehumana, Owen descubrió cuál había sido el mayor error de su vida.

La imposibilidad de dejarla lo había llevado a suplicar hasta conseguir una prórroga de dos semanas. Dos semanas más para explorar playas ocultas y secretos del corazón. Dos semanas más para tomarla de la mano, besar sus párpados, dejar que sus manos alcanzaran rincones del cuerpo de Jordan que ningún otro hombre había explorado antes que él.

Al acabarse el plazo, había vuelto a suplicar en vano y había actuado como cualquier otro joven lo habría hecho arrastrado por una gran pasión. Se había negado a volver a casa y se había mudado al pequeño apartamento que Jordan ocupaba en el campus universitario.

Recordó la última noche que pasaron juntos, cuando sabía que sus días con ella estaban contados.

—Dime algo sobre ti que no le hayas contado a nadie —había suplicado a Jordan—. Tu secreto más íntimo.

Estaban en la cama, desnudos, abrazados, piel contra piel.

—Soy una romántica que no ha salido del armario.

—¿Cómo?

—Bajo mi carácter sarcástico que tanto asusta a los chicos se oculta una chica que está deseando que la amen, Ben Prince. Debajo de mi cama escondo varias cajas de novelas románticas. Las históricas son mis favoritas.

Owen la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente, sintiéndose culpable de la soledad a la que pronto volvería a sentenciarla.

Jordan suspiró.

—A veces pienso que tengo una doble personalidad. Una de ellas quiere llegar a ser la primera mujer alcalde de Wintergreen, Connecticut. La otra desea atravesar un bosque en carruaje y ser raptada por un salteador de caminos.

Después hicieron el amor loca y apasionadamente.

—Gracias por hacerme tan feliz —susurró ella, adormecida y confiada.

Y él se había quedado despierto, sabiendo que debía contarle la verdad y sabiendo, al mismo tiempo, que no podía.

Por la mañana, se levantó antes que ella y se dirigió a la pastelería donde vendían los bollos favoritos de Jordan. Caminaba distraído, imaginándose el beso con el que la despertaría, sin saber que iba a caer en una trampa.

Cuatro miembros del Gabinete de Élite, obviamente conocedores de sus costumbres, lo esperaban para escoltarlo de vuelta a casa. Se habían acabado las prórrogas.

—Necesito hacer una cosa primero. Solo. Prometo que estaré de vuelta en una hora.

—Podemos acompañarlo a donde desee, señor.

Pero Owen sabía que si daba a conocer la existencia de Jordan, la vida de ésta pasaría a ser investigada y diseccionada. Y aunque la eficacia de los servicios de seguridad estaba por encima de dudas, ¿qué sería de Jordan si la información se filtraba, si la prensa amarilla caía sobre ella?

—No quiero escolta.

Debió dar la impresión de que estaba dispuesto a escapar pues de pronto se encontró en medio de un círculo de hombres que lo miraban comprensivos pero con determinación.

—Alteza, por favor, no dificulte nuestra tarea.

Ni despedida ni explicaciones. Tal vez era lo mejor. Quizá así Jordan lo odiaría y no albergaría ninguna esperanza en su corazón.

Había hecho un juramento y había llegado el momento de cumplirlo.

Y así fue como dio la espalda a una parte de su vida cuyo recuerdo podía haberlo vuelto loco si no hubiera hecho lo posible por olvidarlo.

Volvió a Penwyck y asumió el papel que le correspondía por nacimiento y que había aceptado a cambio de un verano mágico.

Trabajó sin descanso por su país, asistió a ceremonias, a obras de caridad, se implicó en los proyectos de desarrollo económico. Sintió la adoración de su pueblo y

quiso ser merecedor de ella. Cuando el río Penberne sufrió su desbordamiento anual, ayudó a contenerlo hombro con hombro con los ciudadanos de Sterling. Participó en todas las recogidas de fondos para obras de caridad, cortó cintas de inauguración y abrió todos los bailes de beneficencia.

La distancia entre él y su hermano Dylan se agrandó, porque éste no fue capaz de ver que no estaba haciendo méritos para llegar a rey, si no que trataba de anestesiar un corazón herido.

La única a la que no logró engañar fue a su madre. En ocasiones la descubría mirándolo con tristeza, una tristeza que tal vez había estado siempre en sus ojos cuando lo miraba a él y que desaparecía cuando miraba a Dylan. Una tristeza tal vez presente desde antes, pero más intensa desde su retorno.

Y lo cierto era que su empeño por olvidar lo había llevado cada vez más cerca de asumir la corona y más lejos de una vida normal.

Hasta el momento en que la puerta de su dormitorio había sido abierta de par en par en mitad de la noche, una mano había cubierto su rostro con un paño empapado en una droga somnífica y había sido raptado.

Irónicamente, en aquellos momentos, tirado en el suelo de una celda donde como príncipe no valía nada, sintió que volvía a tenerlo todo.

El recuerdo de Jordan le había hecho sentirse bien. Podía percibir su olor, el sabor de la sal en sus labios, el tacto sedoso de su pelo.

—Si muero —masculló—, lo haré feliz si ella es mi último recuerdo.

Sentirla en su interior lo reconfortaba. Tanto, que hubiera preferido no ser arrancado de aquel sueño ni por el sonido distante de disparos que en aquellos momentos llegó hasta sus oídos, indicio de que su rescate era cada vez más inminente.

Pero debía cumplir con su parte. Apartó el recuerdo de Jordan de su mente y, a pesar de los grilletes, logró ponerse en pie. Al abrirse la puerta de su celda y ver que quien se asomaba a ella era un enemigo, se agachó hacia delante y se lanzó contra él como un misil, justo a tiempo de ver la insignia de la Marina Real de Penwyck en los uniformes oscuros de los hombres que avanzaban hacia la celda, forzando la huida de los enemigos.

—Alteza Real —uno de los hombres se aproximó a él. Su sonrisa dejó al descubierto unos dientes que destacaban por contraste con el rostro pintado de negro como camuflaje.

Owen reconoció la voz y lo miró detenidamente.

Era su primo, Gage Weston, el hombre cuya misión parecía ser acudir en momentos de peligro.

—Con mis respetos —añadió—. Luchas como un hombre que hubiera nacido para pelear.

—No es la primera vez que me lo dicen —dijo Owen, con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

Miró hacia la celda y se sintió aliviado. Jordan ya no corría peligro. Su secreto ya no sería desvelado.

Pero ya no podría mentirse a sí mismo. Jamás había dejado de amarla.

Capítulo 2

Jordan Ashbury se despertó sobresaltada. El beso había sido tan real que se pasó la lengua por los labios convencida de que saborearía la sal. No sabían a nada. Automáticamente, alargó la mano por debajo de las sábanas buscando el consuelo del tacto de su piel, de su presencia.

Cuando sus dedos solo alcanzaron el vacío, Jordan se despertó completamente y olió el aire impregnado por las hojas de otoño y el humo de una hoguera, no la brisa del mar. Las sábanas tenían un dibujo infantil y nunca habían estado en contacto con la piel de un hombre.

Lo que sí estaba presente era el dolor que sentía en su interior, tan intenso como cinco años atrás, cuando, al despertarse, él ya se había marchado. Para no volver. Nunca. Sin tan siquiera despedirse.

Ben se lo había advertido. Pero haberlo sabido no mitigó la sensación de pérdida.

Se incorporó, enfadada consigo misma. Miró el despertador. Eran las tres y media de la madrugada. Se tumbó y apretó los ojos, diciéndose que tenía que dormir.

Hacía por lo menos seis meses que no tenía uno de aquellos sueños y había llegado a creer que estaba curándose. Pero eso no quería decir que fuera feliz. Jordan Ashbury desconfiaba de la felicidad. Para ella era la cresta de una ola que acababa por estrellarse contra la arena y las aristas de las rocas.

Pero al menos estaba tranquila. Tenía muchas cosas: sus chicas, jóvenes madres solteras a las que dedicaba su labor de voluntariado, un trabajo remunerado con su tía, una modesta casa que acababa de comprar y, por encima de todo, tenía a Whitney, su hija de cuatro años, tan llena de energía que valía por las dos.

Y también estaba el nuevo «hombre» de su vida. Siempre presente. Como en aquel mismo momento que, de un elegante salto, subió a la cama y, tumbándose junto a ella, se puso a ronronear.

Era Jota-Jota, bautizado en honor de Jason, un hombre con el que había salido una noche y que le había espantado, y de Justin, con el que había salido dos noches y sí le había gustado. Los dos habían sido despedidos con la misma excusa.

—No tengo tiempo —fueron las palabras de Jordan a su madre, la responsable de ambas citas.

—¿No te sientes sola?

—Claro que no —Jordan había intentado sonar animada—. Los tiempos han cambiado. Las mujeres no necesitamos a los hombres para sentirnos completas.

—El trabajo con las madres solteras te está volviendo una cínica —protestó su madre.

No era verdad. Pero sí le recordaba cada día la lección más importante de su vida: El amor solo provocaba dolor. No el amor de madre, ni el de hija, ni siquiera el de Jota-Jota. Pero sí el amor hombre-mujer.

Solo en mitad de la noche, despertándose con aquel vacío en su interior, se sentía

invadida por la soledad y la melancolía.

—Estúpida —se insultó. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos con fuerza, ordenándose dormir.

Un escalofrío que nada tenía que ver con la brisa otoñal que entraba por la ventana recorrió su cuerpo. En aquel estado de duermevela, al no poder controlar su mente como acostumbraba, no pudo reprimir preguntarse si haber soñado con Ben tendría algún significado.

¿Por qué sentía un nudo en el estómago? ¿Estaría en peligro? ¿Habría muerto? Jordan se estremeció.

Ben Prince, se recordó con amargura, no existía. ¿Cómo podía estar muerto si nunca había existido?

Pero su presencia era casi escalofriante en el intenso azul zafiro de los ojos de su hija. Una hija que él ni siquiera sabía que existía.

Jordan había intentado localizarlo para decírselo. Pensaba que tenía derecho a saberlo. Pero en la secretaría del instituto Smedley le dijeron que no había nadie registrado con el nombre de Ben Prince.

Jordan habría querido gritarles que no podía estar embarazada de un ser imaginario, pero se limitó a aceptar que él había desaparecido.

Solo volvía a verlo en el mundo de sus sueños. Saltó de la cama y cerró la ventana de golpe. Contempló la calle Maple Street no estaba en el mejor barrio de Wintergreen, pero tenía solera y los enormes arcos de las aceras comenzaban a lucir su esplendor otoñal. Las casas que se alineaban a lo largo de la calle no eran más que cajitas sobre el asfalto, pero tenían patios amplios y eso era lo que Jordan quería para Whitney.

De pequeña, Jordan siempre había asumido que viviría en un vecindario como el de sus padres, de amplias villas coloniales, retiradas de la acera, con barandillas y porches con columpios y mecedoras en las que dejar pasar las horas en las calurosas noches de verano.

La perfecta casa americana en el perfecto barrio americano. El aroma de tartas de manzana escapándose por las ventanas de la cocina y las banderas azul, roja y blanca ondeando en el porche.

Pero Jordan había acabado con aquellos sueños de perfección presentándose embarazada y sola en casa de sus padres.

Ser perdonada había llevado tiempo, aunque la llegada de Whitney al mundo había acelerado el proceso considerablemente.

Seis meses atrás, sus padres no habían aprobado que se comprara una casa. Les parecía más lógico que siguiera viviendo con ellos. Era una madre soltera con unos ingresos limitados y el mundo de posibilidades que en un tiempo se había abierto ante ella había quedado muy reducido.

Aun así, Jordan estaba satisfecha con su vida. Al menos en un noventa por ciento.

Sin embargo, en ocasiones como aquella, contemplando el silencio de la calle, no

podía evitar preguntarse qué había sucedido con la chica que en la fotografía de su promoción de final de curso llevaba la banda de «estudiante con mayor proyección de futuro».

No hacía tanto tiempo, su ambición política le había hecho creer que llegaría a ser alcaldesa de Wintergreen. Para prepararse, había decidido asistir a un curso de política en Laguna Beach, que acabó convirtiéndose en su cita con el destino. Y Jordan todavía no había logrado asumir que su destino la hubiera alejado tanto de su ambición original.

Se había convertido en ayudante de *chef*, a las órdenes de su tía. Se trataba de un trabajo que había surgido por casualidad, ella no lo había buscado. Pero lo cierto era que le gustaba.

Había perdido la ambición de ser alcaldesa. Solo quería ser una buena madre para su revoltosa hija y ayudar a las jóvenes que, como ella, habían quedado heridas tras la experiencia del amor.

Jordan se recordó con firmeza que tenía que trabajar al día siguiente y volvió a la cama. Seguía sin conciliar el sueño cuando el sonido del teléfono la sobresaltó. Desconcertada, miró el despertador. Eran las seis de la mañana. Nadie llamaba a aquellas horas. Tenía que tratarse de Marcella. Salía de cuentas la tercera semana de septiembre.

—¿Diga? —dijo, al tiempo que se empezaba a poner los vaqueros. Dejaría a Whitney con sus padres, llamaría a Meg y llegaría al hospital en quince minutos.

—¡Jordan, no te lo vas a creer!

Jordan se sentó al borde de la cama y dejó los vaqueros a medio subir.

—Estoy segura de que no, tía Meg. ¿Te has levantado alguna vez a esta hora?

—Nunca —admitió su tía—. ¡Pero hoy es un día especial! ¿Te he despertado? Da lo mismo. Vale la pena.

—Nos han contratado para proveer el catering de la cena presidencial —dijo Jordan, sarcástica.

—Todavía mejor. Me han llamado tan temprano por la diferencia horaria.

¿Algo mejor que una cena presidencial? A su pesar, Jordan se sintió intrigada.

—Tía Meg, ¿quién ha llamado tan temprano?

—Lady Gwendolyn Corbin, la ayudante personal de la reina Marissa Penwyck, del reino insular de Penwyck.

Jordan miró el calendario para asegurarse de que no era el Día de los Inocentes. Suspiró. Su adorable tía, una extraordinaria *chef*, siempre caminaba en la difusa línea entre la genialidad y la excentricidad. En aquel momento, parecía estar más cerca de la segunda que de la primera.

—¡Escúchame, Jordan! Quiere que organicemos la fiesta. ¡En el palacio de la isla de Penwyck! Con todos los gastos pagados. Querida, es el golpe de suerte que tanto tiempo llevo esperando. Ya te dije que aquel artículo en la revista *Up and Corning People* iba a darnos el empujón definitivo.

El artículo al que se refería había sido publicado en una revista de tirada nacional y era espantoso. Habían conseguido que su tía resultara aún más excéntrica de lo que era, centrándose en sus experimentos con flores comestibles.

—Tía Meg, tranquilízate —intentó calmarla Jordan—. ¿Dónde te han pedido que vayas y qué quieren que hagas?

Su tía respiró profundamente.

—¿No lo has leído en los periódicos o visto en la televisión?

—¿Te han sacado en los telediarios? —preguntó Jordan, atónita.

—No, Jordan, hace días que no se habla más que de una cosa. ¿No te has enterado? —dijo su tía, en tono acusatorio.

—Está claro que no —admitió Jordan.

—Estás convirtiéndote en una reclusa —suspiró su tía.

—Yo no me considero una reclusa. Más bien, soy una mujer fuerte e independiente —replicó Jordan irritada. Comenzaba a dolerle la cabeza. No se sentía con ánimo de defender su estilo de vida.

—No veo una gran diferencia entre una cosa u otra —insistió su tía.

—¿Qué acontecimiento mundial me he perdido? —preguntó Jordan, para volver al tema original y alejarse de asuntos personales.

—¡El rapto del príncipe! Ha sido liberado y su madre, la reina, quiere organizar una fiesta de celebración para la que me ha contratado. Y tú vas a venir conmigo.

Jordan pensó que estaba teniendo una pesadilla.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Es una celebración para los más allegados a la familia. Unos ciento setenta y cinco. Se trata de una cena previa al baile. ¡Un baile, como en *La Cenicienta*!

Aquel era precisamente el cuento de hadas al que más se refería Jordan cuando hablaba con las madres solteras para insistir en que lo olvidaran. Ningún príncipe iba a rescatarlas.

—También tendremos que preparar algo para medianoche —continuó su tía, sin percibir la frialdad con la que Jordan había acogido la noticia—. ¿Te parece que el *Alce Ta-Ta* podría ser el plato principal?

A pesar de su espantoso nombre, el *Alce Ta-Ta* era un plato delicioso de carne asada con una salsa secreta en la que Meg juraba que incluía cornamenta de alce.

Cuando Jordan iba a responder que podía ser difícil encontrar alce en Penwyck, se dio cuenta de que se estaba dejando arrastrar por el entusiasmo de su tía.

—No puedo ayudarte, tía Meg —respondió.

—¿Cómo?

—No —Jordan se mantuvo firme—. Te dije desde el principio que no viajaría. No puedo. Quiero dar estabilidad a mi hija.

—A tu hija le estás dando una vida muy aburrida. Muy, muy aburrida.

—Marcella está a punto de dar a luz. No puedo dejarla.

—Jordan, si no me equivoco, en el último parto de una de tus chicas estabais nueve personas en el paritorio. No eres imprescindible.

—A las chicas les gusta saber que estoy a su lado.

—Deberías buscarte un trabajo de voluntariado que no refuerce tu animadversión hacia los hombres.

Jordan no estaba dispuesta a pasar de una discusión sobre menús a una clase de psicología. Cada vez le dolía más la cabeza.

—Estoy encantada con mi aburrida vida y con mi trabajo de voluntariado —replicó, tensa. Ya había probado la magia y el frenesí de otras cosas en la vida. Y perderlas dejaba un vacío que nunca volvía a llenarse.

Una vida aburrida difícilmente podía empeorar.

—Cariño, por favor, tienes que hacerme este favor —su tía cambió de táctica—. Solo tú puedes ocuparte del *Éxtasis de Chocolate*.

—No voy a abandonar a mi hija y a Marcella para ocuparme de tus cultivos de bacterias.

—Querida, no me has dejado contarte lo mejor. Whitney puede venir. Me han dado un cheque en blanco. Me esperan a mí y a todo mi equipo mañana por la tarde en Penwyck. Hablé con lady Gwendolyn de Whitney y me ha prometido que tendrá una niñera. Sabía que no irías sin ella.

—No puedo ir —dijo Jordan. Intuía un peligro que no era capaz de expresar—. Un viaje así sería muy desestabilizador para Whitney. Demasiado exótico y caótico.

—Lo siento, Jordan, pero no voy a aceptar una negativa por respuesta. Estoy dispuesta a contarle a Whitney que la aburrida de su madre le niega un viaje pagado a un castillo de verdad con reyes, princesas y príncipes de verdad.

—¡Ni hablar!

—Pienso atormentarte hasta que me digas que sí. No me obligues, Jordan. Por una vez acepta vivir una aventura.

—Ya viví una aventura en una ocasión —dijo Jordan, con amargura.

—Y tienes una hija maravillosa para recordártela. Además, voy a pagarte el doble aparte de los gastos. ¿No querías comprar un microondas para servir sopas nutritivas a tus mamás? Estoy dispuesta a donarte la sopa si es preciso.

A veces era imposible discutir con Meg. Era cierto que Marcella no estaba sola. Tanto su madre como su hermana la apoyaban, y ambas habían dicho que querían asistir al parto.

Bruscamente, el deseo de lanzarse a una aventura asaltó a Jordan. Aun sabiendo que el precio a pagar podía ser alto, en el fondo sabía que valía la pena. Con solo cerrar los ojos, podía recordar y sentir cada instante de las siete semanas de julio en las que su alma había ardidido en llamas.

—De acuerdo —dijo, pausadamente, dejándose llevar—. Voy contigo.

Su tía dio tal grito que casi la ensordeció. Tras comentar los preparativos, colgaron. Jordan se quedó mirando el teléfono.

—¿Por qué tengo la sensación de que voy a arrepentirme de esto? —musitó.

Pero si era sincera consigo misma no estaba arrepentida, si no más bien vivificada y esa era una sensación que no se había consentido desde hacía cinco años, cuando había despertado a la fría y dura realidad del vacío de su cama y al conocimiento aterrador de que estaba completamente sola, con el secreto de que tenía un bebé creciendo en sus entrañas.

—Meg —dijo Jordan a su tía—. No hay capuchinas en todo Penwyck.

—Es imposible —protestó Meg—. Necesitamos las hojas para la masa. Averigua cuánto costaría importarlas. Solo necesitamos naranjas. No quiero amarillas.

Jordan se quedó mirándola. Estaba exhausta. Habían llegado a Penwyck hacía veinticuatro horas. Entre el cansancio del viaje y que habían aterrizado a medianoche no había visto nada de la isla. Del aeropuerto las habían conducido hasta el castillo, instalándolas en la sección de la casa próxima a la cocina y las habitaciones parecían más propias de un motel que de un castillo.

Le habían presentado a la niñera, Trisha, a la mañana siguiente. Era una joven adorable. Y con esa capacidad de establecer lealtades súbitas tan propias de los niños, Whitney no se había despegado de ella más que para visitar a su madre en contadas ocasiones y contarle que acababa de ver «un tlono de veldad con jolias de veldad» o «una plincesa de veldad con una sonlisa pleciosa».

Mientras, Jordan no había salido de la cocina y de un pequeño despacho con un teléfono antiguo que empezaba a odiar tras horas de llamadas infructuosas en busca de capuchinas.

No había parado de trabajar, tranquilizando a su tía y tratando de encontrar ingredientes absurdos al tiempo que se ocupaba, del cultivo de las bacterias de yogur que constituían el ingrediente secreto del famoso *Éxtasis de Chocolate* de su tía.

Estaba agotada.

—Capuchinas naranjas —repitió, alejándose de su tía.

—¡Señorita Jordan, señorita Jordan!

Trisha corría hacia ella con lágrimas en los ojos.

—¡La he perdido! —gritó la muchacha—. ¡He perdido a Whitney!

Por primera vez desde su llegada, Jordan se dijo que debía haber prestado atención a su intuición.

—Sabía que me arrepentiría —murmuró—. Lo sabía.

—No exageres —dijo Meg, que llevaba en la mano algo muy parecido al musgo—. Seguro que está explorando. Es lo normal a su edad. Creo que alguna capuchina amarilla nos vendría bien.

—Mi hija ha desaparecido. Tiene cuatro años. Espero que comprendas que me importe más ella que tus capuchinas amarillas.

Meg la miró dolida, puso el musgo en un cazo y le dio la espalda.

—Estaba a mi lado —explicó la niñera entre lágrimas—, y, de pronto, ha

desaparecido. He buscado por todas partes.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó Jordan con firmeza, aunque hubiera querido seguir el ejemplo de la muchacha y echarse a llorar.

—Casi una hora.

Una hora en un castillo lleno de peligros, armaduras, espadas, y gente extraña. ¡El príncipe había sido raptado apenas hacía dos semanas!

Jordan respiró profundamente y se limpió las manos en el delantal.

Su tía la miró de soslayo sin dejar de dar vueltas al contenido del cazo, del que se elevaban sospechosas nubes de vapor verde.

—Me gustaría que te ocuparas del *Éxtasis de Chocolate*. Un error en esta fase del proceso puede ser catastrófico.

Jordan le dirigió una mirada furibunda y volvió su atención a la niñera.

—Llévame al sitio exacto donde la has perdido.

Jordan siguió a la muchacha al edificio principal del castillo. A pesar de su preocupación por Whitney no pudo evitar observar la opulencia que la rodeaba. Alfombras gruesas cubrían los suelos de piedra, de las paredes colgaban tapices ricamente decorados, los muebles desprendían olor a cera. Las barandillas y las ventanas eran de roble. Jordan se sintió sobrecogida por el esplendor del conjunto.

—Estábamos aquí mismo, señora —dijo la niñera, deteniéndose en un corredor del segundo piso.

La alfombra que pisaban era de un valor incalculable. En una pared destacaba un tapiz bordado en seda. En la otra, el retrato de un hombre de aspecto temible montado a caballo.

Jordan no veía nada que pudiera haber llamado la atención de su hija.

—Me detuve un momento a hablar con Ralphie, uno de los jardineros, y, cuando miré, Whitney había desaparecido —continuó Trisha.

Jordan decidió no preguntar qué hacía un jardinero en la segunda planta del castillo.

En el corredor solo había una puerta.

—¿Adonde conduce esa puerta? —preguntó Jordan.

—A los aposentos del príncipe, señora.

—¿Le comentaste a Whitney que tras esa puerta había un príncipe de verdad?

Trisha reflexionó con expresión compungida

—Puede que sí.

Jordan puso la mano en el picaporte. Trisha se interpuso entre ella y la puerta con expresión aterrorizada.

—No puede pasar —susurró.

—Mi hija podría estar ahí dentro.

—¡Es imposible! —exclamó Trisha, horrorizada.

—¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Acaso el príncipe es un ogro?

La joven se ruborizó.

—Todo lo contrario, señora. Es la bondad personificada. Y muy guapo. Pero usted no puede entrar en sus aposentos.

Jordan sintió pena por Ralphie el jardinero. Era evidente que Trisha tenía debilidad por el príncipe.

—No podría soportar la vergüenza de que el príncipe se enterara de que he perdido a una niña que estaba a mi cargo.

—No digas tonterías.

Jordan llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Cumplir con el protocolo real le era indiferente. Tenía que encontrar a Whitney.

—Disculpe pero... —Jordan se quedó paralizada.

Palideció.

Whitney estaba sentada frente a una mesa enorme. Jugaba con las piezas de un ajedrez que parecían de cristal.

Pero encontrarla no le produjo la tranquilidad que esperaba, sino pánico. Intentó convencerse de que sufría una alucinación.

El hombre que estaba sentado junto a Whitney no podía ser el príncipe. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa vaquera manchada. Tenía cuerpo de deportista y el rostro marcado por hematomas, como un boxeador. Debía tratarse de Ralphie, pero, tal vez debido a las heridas del rostro, Jordan creyó por un instante que estaba sucediendo lo imposible.

Y, sin embargo, no podía negar la similitud de aquellas facciones con las del hombre al que había amado hacía tantos años.

No era él.

Ben era rubio. El hombre que tenía ante sí era moreno, más corpulento y con los hombros más anchos. No era él. No podía ser él.

Se dijo que no era la primera vez que su mente la engañaba. Más de una vez su corazón había latido desbocado al ver a un extraño y confundirlo con él.

El hombre alzó la mirada. Jordan dio un paso atrás al reconocer la forma en que el flequillo le caía sobre la frente. Sus miradas se encontraron.

Aquellos ojos tenían el mismo color zafiro que los de la niña que estaba sentada junto a él.

Tenía que ser una pesadilla, una mala jugada de su imaginación... pero la expresión atónita con la que él la contemplaba parecía indicar que se trataba de la realidad.

Cuando la incredulidad se lo permitió, Owen se puso de pie.

—Déjenos —dijo a la asustada niñera, sin mirarla.

—No te marches —añadió Jordan de inmediato—. No tienes por qué aceptar órdenes de Ralphie, el jardinero.

Trisha parecía estar a punto de desmayarse.

—Señora —musitó—. Ese no es Ralph.

—Márchese —ordenó Owen, cortante.

La joven se ruborizó violentamente e hizo una reverencia.

—Alteza Real —susurró, antes de salir apresuradamente.

¡Alteza Real! Jordan se quedó petrificada. El hombre al que había amado era un príncipe de carne y hueso. Pero eso no debía hacerle olvidar que era el mismo hombre que la había abandonado y, por tanto, un cobarde.

Se contemplaron en un silencio tenso. Jordan hubiera querido obligarlo a apartar la vista con la ira de su mirada, pero le espantó comprobar que la intensidad con la que él la miraba amenazaba con romper la muralla protectora que tanto tiempo le había llevado erigir en torno a sí.

—Hola, mamá —Whitney rompió el silencio.

La sorpresa cruzó el rostro de Owen.

—¿Mamá? —exclamó, y a continuación miró a Jordan con expresión acusadora, como si creyera que tenía derecho a saber lo que había sucedido en su vida durante aquellos años.

—¿Alteza Real? —replicó Jordan, adoptando el mismo tono.

—«Plíncipe» Owen —le informó Whitney.

—¡Caramba! —dijo Jordan, sarcástica—, creía que eras Prince Ben ¿o era Ben Prince?

—Era Chico Rubio, ¿no te acuerdas? —un brillo malicioso iluminó los ojos de Owen.

Jordan no podía creer que adoptara un tono tan frívolo. No podía soportar aquel brillo en su mirada que tantas veces la había seducido... como probablemente habría seducido a docenas de mujeres después de ella.

Los moratones y hematomas lo hacían aún más atractivo. Despertaban el deseo de acariciarle el rostro con delicadeza para intentar sanarlo.

Jordan recordó lo que solía decirles a las chicas que llegaban llorando a su casa: «Claro que crees quererlo. Por eso te encuentras en esta situación. Pero eso no quiere decir que tengas que cometer el mismo error dos veces».

Había llegado el momento de poner en práctica los consejos que daba a otras y resistir la fuerza de aquella mirada que la impulsaba a perdonarlo todo, incluso los años de soledad que la habían convertido en una mujer distante y escéptica.

—Bien, Alteza... —Jordan se mordió la lengua para no decir «de pacotilla». No quería que Owen lo interpretara como una referencia a su primer encuentro cuando lo que pretendía era demostrarle que su título no le impresionaba... Real. Supongo que tu identidad explica muchas cosas. Entre otras, el hecho de que estemos aquí y del magnífico contrato que ha firmado mi tía.

—Mi identidad no explica nada, Jordan —respondió él en tono pausado—. Este encuentro me sorprende tanto como a ti. No sé de qué me estás hablando.

—Da lo mismo —Jordan se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia con la que ocultar las emociones que la embargaban.

—Jordan, ¿por qué estás en Penwyck?

Ella hubiera deseado decirle que asistía a un congreso de cargos municipales, que era la mejor alcaldesa del mundo y que le habían concedido una medalla. Pero sabía que era infantil querer impresionarlo porque de pronto le avergonzara ser ayudante de cocina.

—Estoy preparando con mi tía el banquete del próximo sábado. Whitney, tenemos que marcharnos —de aquella habitación, del castillo, de la isla.

—Yo me quedo —replicó su hija con determinación.

Jordan le rogó mentalmente que no le dificultara las cosas.

—Nos vamos ahora mismo, Whitney —dijo en tono severo a la vez que alargaba la mano hacia la niña

Whitney la ignoró y siguió jugando con las piezas de ajedrez.

—No te rías —amenazó Jordan a Ben. A Owen. Al príncipe, o quien quiera que fuera.

—No me estoy riendo —negó él—. Whitney, por favor, haz lo que tu madre dice.

—Soy la «plincesa» Whitney —dijo la niña.

—Me parece muy bien —dijo Owen—. Princesa Whitney, deberías obedecer a tu madre.

Jordan se preguntó si su hija, dado que su padre era príncipe, sería realmente una princesa.

Owen contempló a la niña y de pronto frunció el ceño. Jordan se puso en guardia.

—Whitney —insistió, con firmeza.

Un brillo iluminó los ojos de Owen. En un par de zancadas se acercó a Jordan, la sujetó del codo y la miró fijamente.

—¡Dios mío! ¿Es mi hija? —preguntó calladamente, pero con el tono autoritario que había hecho temblar a la niñera.

Jordan sintió una combinación de miedo y enfado.

—Si tanto te interesara saberlo, no habrías desaparecido de manera tan súbita.

No estaba dispuesta a ablandarse. Tenía que cumplir lo que exigía a sus muchachas. No debía prestar atención a la fragilidad que aquel hombre conseguía despertar en ella con solo tocarla.

Owen la soltó.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Quizá yo no opine lo mismo. Y puesto que no trabajo para ti, no tengo por qué obedecer tus órdenes.

—Jordan, no es una orden.

De cerca, Jordan pudo apreciar los cambios que Owen había experimentado. Ya no era un muchacho. Algo en su actitud dejaba traslucir que estaba acostumbrado a dar órdenes. Pero también había en su mirada una tristeza y una melancolía que antes no existían.

—Whitney, tenemos que marcharnos —Jordan quería marcharse antes de que se adueñaran de ella la compasión y la curiosidad.

Su hija la miró con rebeldía, pero finalmente se bajó de la silla y dio unos pasos hacia ella. De pronto, dejó escapar una risita, salió corriendo en la dirección opuesta y escapó por otra puerta.

Jordan respiró profundamente, evitó mirar al hombre que algún día sería rey, y siguió los pasos de su hija.

Se detuvo en el umbral de la puerta.

Era el dormitorio de Owen. Y no tenía nada que ver con la austeridad del apartamento que habían compartido cinco años atrás.

Había una cama enorme con un dosel que casi tocaba el techo. Los muebles eran oscuros, sólidos, masculinos.

Hubiera resultado intimidante de no ser porque la fragancia de Owen, embriagadora y dulce, flotaba en el aire.

Vio uno de los zapatos de Whitney asomando por debajo de la cama. Tiró de ella pero su hija, con una fuerza sorprendente, se soltó y se escondió más al fondo.

Jordan se sintió humillada. Llevaba una falda poco favorecedora y se imaginaba el aspecto que ofrecía a cuatro patas, intentando tirar de su hija.

—Déjame probar —dijo Owen, con una seguridad en sí mismo irritante.

Jordan se cruzó de brazos.

—Como quieras.

Owen se sentó en la cama.

—¿Princesa Whitney?

—¿Sí, «Plíncipe» Owen? —respondió la niña con una increíble dulzura.

—Me pregunto si me harías el honor de venir a tomar el té conmigo mañana.

—¿Té? —preguntó la niña, desconcertada—. Soy pequeña. No tomo té.

—En Penwyck llamamos té a la merienda. Quizá prefieras tomar fresas con nata.

—¿«Fresas» con nata?

—Y seguro que habrá brioche.

—No me gusta —dijo Whitney.

Jordan sonrió. Estaba segura de que su hija no sabía de lo que estaba hablando.

—A veces la cocinera del castillo hace pastas con forma de payaso —continuó Owen.

—¿Les pone flores?

—¿Flores? ¿Quién pone flores a la comida? —preguntó Owen a Jordan, desconcertado.

—La cocinera que está preparando tu banquete —respondió ella.

—Ah —Owen se puso serio—. Yo no quería organizar una fiesta. No es el mejor momento. Mi padre está enfermo y mi hermano se ha marchado. Pero si la fiesta es lo que te ha traído aquí, sí tengo algo que celebrar.

Se inclinó hacia delante y levantó la colcha de la cama.

—Princesa Whitney.

—¿Sí?

—Si sales de debajo de la cama, tú y tu madre vendréis mañana a tomar té y pastas de payaso a mi jardín.

Silencio.

—Creo que habrá un pony —apuntó Owen.

Whitney salió disparada de debajo de la cama y, lanzándose a los brazos de Owen, lo besó en la mejilla. Después corrió hacia su madre y la tomó de la mano.

—Hasta mañana, «Plíncipe» Owen.

Jordan evitó mirar a Owen para no abofetearlo si la estaba mirando con aire de superioridad. Era probable que la pena por agredir al príncipe consistiera en ser recluida en las mazmorras y prefirió no arriesgarse. Sin decir una palabra, asió la mano de su hija con firmeza y salió de la habitación con toda la dignidad de la que fue capaz.

Owen podía ser el dueño y señor de la isla, pero no podía obligarla a tomar el té con él.

Capítulo 3

—Con el debido respeto. Alteza, hoy parece distraído.

Owen volvió bruscamente a la realidad. Estaba tratando de decidir si le gustaba el nuevo corte de pelo de Jordan, una melena hasta los hombros, o si prefería la larga cabellera con que la había conocido.

Estaban en el salón de juntas del Gabinete de Élite. Las paredes cubiertas de planos, fotografías y boletines le daban el aspecto de un despacho militar. En torno a una mesa ovalada se sentaban hombres uniformados y de civil, todos ellos armados. Tomaban notas, consultaban documentos y hacían y respondían preguntas.

Todos. Gage Weston, Cole Everson, Harrison Monteque, eran hombres que inspiraban confianza por la fuerza y la serenidad que irradiaban. Tenían una determinación de hierro y actuaban con una seguridad en sí mismos que había sido puesta a prueba en numerosas ocasiones, de las que siempre habían salido victoriosos.

Owen se volvió hacia el almirante Monteque, quien le acababa de llamar la atención.

—Lo siento, Harrison. Te aseguro que no puedo recordar nada más. Lo hemos repasado cientos de veces y solo he sido capaz de describir la cara de un hombre y el peculiar tatuaje que tenía en el brazo.

—Y gracias a esas descripciones hemos podido identificar a uno de los principales implicados —dijo el almirante—: Gunther Westbury.

Solo veinticuatro horas antes, Owen habría pedido a sus hombres más información. Y ellos solo se la habrían proporcionado si hubieran tenido la certeza de que con ello no lo ponían en peligro. Su autoridad no le habría valido de nada si el Gabinete hubiera creído proteger su seguridad manteniéndolo al margen de sus investigaciones.

—Por favor, vuelva a contarnos lo que comentó sobre los diamantes.

Owen tenía cosas más importantes en su cabeza. Una merienda con pastas en forma de payaso. Conseguir un pony.

—Solo hablé con Westbury unos segundos —echó una ojeada a su reloj—. Como ya os he dicho, parecía asumir que tendría más oportunidades de interrogarme y preguntarme por los diamantes. Puede que sea como los niños de Penwyck, que creen que en las viejas minas de carbón abandonadas pueden encontrar diamantes.

El almirante se puso de pie, fue hasta Owen y le dio una palmadita en el hombro con una familiaridad a la que muy poca gente se hubiera atrevido.

Pero una de las características que Owen apreciaba más del almirante, y de aquellos hombres en conjunto, era que no confundían el respeto que le debían con el servilismo. Entre ellos se sentía como entre iguales.

—Tiene una memoria privilegiada. Príncipe Owen —dijo el almirante—, por eso sigo insistiendo. Puede que algún otro detalle nos ayude a detener a los criminales.

Quiero que sepa que si tenemos que ir a juicio, me gustaría contar con usted como testigo.

—Y a mí me gustaría tenerlo a mi lado en una pelea —añadió Gage—. ¡Destrozó la nariz de su rival! Tiene usted una gran fuerza. Es una pena que se desperdicie en un monarca. Perdón, espero no haberlo ofendido.

—Claro que no —dijo Owen—. Si mi vida no estuviera decidida por mí, elegiría formar parte del Gabinete de Élite.

Gage lo miró pensativamente.

—Si alguna vez necesita un trabajo, venga a verme.

Los demás hombres rieron ante la posibilidad de que el príncipe tuviera que buscar trabajo. Pero a Owen le gustó el mensaje subyacente. Gage, un hombre mayor y de una gran profesionalidad, había querido expresarle el respeto que sentía por él.

—¿Va a ir hoy a la montaña, señor? —preguntó Everson.

Desde su retorno a Penwyck, Owen había intentando calmar su inquieto espíritu y asimilar lo que había descubierto sobre sí mismo durante su cautiverio explorando las montañas de Penleigh y de Aronleigh. Como no todos los secuestradores habían sido detenidos, iba acompañado permanentemente por un servicio de seguridad. Y Owen disfrutaba caminando a más velocidad y alcanzando mayores altitudes que sus guardaespaldas.

—No —respondió—. Voy a pasar el día en el palacio.

—Mis hombres se alegrarán. Están agotados —dijo Vereson, sonriente.

—Lo siento.

—No debe sentirlo. Están poniéndose en forma sin costarle nada al gobierno.

Owen pensó una vez más que se sentía muy cómodo con aquellos hombres, y se preguntó si, de haber sido su vida distinta, hubiera elegido dedicarse a un trabajo como el de ellos, en el que ponían constantemente a prueba su fuerza física y su inteligencia.

Pero quizá tampoco aquella vida era mucho más normal que la suya. Y desde su cautiverio, Owen se sentía atraído por la normalidad más que por ninguna otra cosa.

—En cuanto al otro asunto —dijo el almirante, al tiempo que le pasaba una nota—, esta es la información que solicitó.

Owen desdobló el papel. Whitney Mary Ashbury. Nacida en Wintergreen, Connecticut el quince de abril, cuatro años atrás. Nueve meses después de aquellos días de julio que Jordan y él habían pasado juntos.

Tenía una hija. Una hija preciosa con el cabello rubio de la madre y los ojos azules del padre. Y, de haber sido un hombre normal, no se habría perdido ni un solo día de la maravillosa experiencia de ser padre. Hubiera sido testigo del vientre cada vez más redondo de Jordan y le habría sostenido la mano en el momento en que el milagro de la vida estallara en su interior.

De haber sido un hombre normal, vivirían en una casa corriente que habrían decorado entre los dos. Tendrían una barbacoa en el jardín y una valla de madera

pintada de blanco. Habría instalado él mismo un columpio y su perro se echaría debajo del coche de la niña mientras ésta dormía.

Pensar en cómo habría sido su vida, en que cada noche hubiera vuelto a casa, junto a Jordan, le causó un agudo dolor.

Solo había experimentado la normalidad durante aquellas semanas en Norteamérica, viviendo como un ser anónimo, paseando de la mano de una chica, besándola en público.

Cuando se acabó aquel paréntesis de libertad, descubrió que se volvería loco si deseaba lo que no podía tener.

Pero de pronto, Jordan irrumpía de nuevo en su vida y el destino le ofrecía una segunda oportunidad. La noche anterior apenas había podido dormir. Era un milagro haber descubierto durante su cautiverio que el mayor error de su vida había sido dejar a Jordan y que de pronto esta apareciera en Penwyck, en el castillo.

Solo después de varias horas de insomnio, se había dado cuenta de que no se trataba de ningún milagro. Había sido demasiado inocente creyendo que aquel verano había estado completamente solo.

Casi con toda certeza alguno de los hombres que se sentaba en aquel momento en torno a la mesa había sido testigo del primer amor de su vida, de sus primeros besos, de la primera vez que había hecho el amor en la playa.

Al haber descubierto lo que de pronto le resultaba tan obvio, se preguntaba cómo había podido ser tan crédulo como para pensar que lo habían dejado marchar sin ataduras. Y se sentía enfadado, invadido. Tantos años guardando en su corazón lo que consideraba el mayor secreto de su vida y probablemente estaba documentado minuto a minuto en un grueso *dossier*.

¿Conocerían aquellos hombres la existencia de su hija? ¿A quién se la habrían notificado? La respuesta era evidente. A su madre.

—Caballeros —dijo bruscamente—. De pronto se sentía incómodo en compañía de aquellos hombres —, discúlpenme. Tengo un asunto que atender.

—¿Podemos fijar otra cita? —preguntó el almirante.

—Si es imprescindible... —Owen accedió a regañadientes y se marchó tras prometerles que si recordaba cualquier detalle, por nimio que pareciera, se lo haría saber.

Su siguiente destino fue la cocina, no la de los acontecimientos especiales, que solo se abría en ocasiones excepcionales, sino la del día a día.

Cookie, la vieja cocinera, estaba de muy mal humor. Al ver a Owen, le dirigió una mirada furiosa.

—Debería ser yo quien cocinara para su banquete —protestó indignada, sacudiendo un cucharón en el aire—. Solo yo sé cuál es su comida favorita. La mujer que está al cargo del banquete es un desastre. Estoy segura de que utiliza alas de murciélago y ojos de serpiente en sus pócimas. Le aconsejo que el sábado no pruebe nada. Puede envenenarse.

Owen la miró con cariño. Era muy mayor y le habían ofrecido la jubilación en numerosas ocasiones, pero ella la rechazaba siempre. Y aunque sabía que no estaba en condiciones de preparar comida para tantos comensales, estaba dispuesta a protestar todo lo que hiciera falta.

—Cookie, la Reina no quiere que se sepa que mi plato favorito son los perritos calientes —dijo Owen.

La cocinera sonrió.

—He venido a pedirte un favor que es mucho más importante para mí que el banquete del sábado.

La expresión de enfado se borró del rostro de Cookie.

—He invitado a una vieja amiga y a su hija a merendar en el jardín trasero —no era el mejor momento para explicarle que Jordan pertenecía al grupo enemigo—. Le he prometido tus famosas pastas con forma de payaso.

Cookie sonrió.

—No se preocupe, señor, prepararé una merienda que la niña no podrá olvidar. Y para la señora, ¿quiere que eche un afrodisíaco en el té?

—¡Cookie! —Owen se fingió escandalizado aunque intuía que su propio encanto no iba a bastar para conseguir que Jordan abandonara su actitud distante.

La vieja cocinera dejó escapar una carcajada y lo sacó de la cocina a empujones.

—Para las tres estará todo listo, Príncipe.

Owen se dirigió a continuación a las dependencias del castillo que ocupaba su hermana Anastasia.

—¿Para qué quieres una diadema, Owen?

—Una muy pequeña. Es para una niña con la que voy a tomar el té. Quiere ser una princesa.

—¡La he visto! Una niña preciosa que está alborotando al servicio. ¿No ha venido con el grupo que está preparando el banquete?

Owen disimuló su irritación ante la descripción de su hermana, que parecía referirse a un grupo de circo.

—Me encanta oír la reír —continuó Anastasia—. ¿No crees que este anticuado palacio necesita llenarse de niños?

—Tienes razón.

Anastasia miró a Owen, pensativa.

—Lo dices como si realmente lo pensaras. Owen, ¿hay algo que no sé y que debas contarme?

—Me refería a Megan y a Jean-Paul —dijo él, mencionando a su hermana y a su nuevo cuñado—. Dentro de poco volverá a haber niños en el castillo.

Y si sus planes salían bien, los habría incluso antes de que Megan diera a luz.

Se había dado cuenta de que no solo quería aclarar el pasado con Jordan, si no volver a conquistarla y que quisiera quedarse con él. Y quería que su hija creciera en Penwyck.

—Enseguida te traigo una diadema —Anastasia se marchó a su dormitorio y volvió al cabo de unos minutos—. Aquí tienes. Es pequeña pero es preciosa.

Owen miró la diadema que le ofrecía su hermana. Era perfecta para una niña y tenía unas incrustaciones que parecían ser diamantes de verdad.

—¿Es valiosa? —de pronto se preguntó si sería un regalo apropiado para una niña.

—Digamos que sería una pena que se perdiera —su hermana sonrió—. Pero solo es valiosa si hace feliz a alguien.

Finalmente, Owen visitó los establos y se alegró al comprobar que el viejo pony llamado Tubby seguía vivo. Era de color miel y la crin y la cola le llegaban al suelo. Owen lo cepilló y le puso una silla.

Se había perdido los primeros años de Whitney, pero al menos le proporcionaría el primer pony de su vida.

A medida que avanzaba en los preparativos de la merienda se dio cuenta de que se sentía más feliz de lo que recordaba haber sido en mucho tiempo.

Desde su retorno, había estado ocupado y había cumplido con todas sus obligaciones. Pero nada le había hecho rebotar el corazón de júbilo, tal y como lo sentía en aquel momento.

Fue al jardín. Estaban preparando una mesa y unas sillas de hierro en el patio empedrado. Owen eligió un mantel bordado, a juego con unos cojines para las sillas, y un centro de flores para la mesa.

Al ver a un jardinero en una esquina se aproximó a él y se presentó, tal y como hacía cuando se encontraba con un miembro del servicio a quien no conocía.

—Casi todas las flores se han acabado. Alteza —explicó Ralphie, con timidez, respondiendo a una pregunta de Owen—. Ha habido muchas heladas. Pero he traído unos crisantemos y he replantado flores que estaban desperdigadas por otros jardines del palacio. Me he peleado con una mujer chalada que prepara el banquete, pero le he dicho que yo tenía prioridad sobre ella, ¿he hecho bien, señor?

—Por supuesto que sí —dijo Owen, divertido al pensar que la «chalada» podía ser Jordan.

—Si lo desea, puedo traer hojas y hacer una montaña para que la niña juegue. Y también puedo traer unas ramas de arce y formar un arco de entrada que forme un túnel rojo y amarillo.

—¿Quién te ha hablado de la niña? —preguntó Owen, sorprendido.

—Su niñera, Trisha. Es mi amiga, además de nieta de Cookie.

—¿Es un motivo de habladuría en el castillo?

—Por supuesto que no, señor. Trisha me lo ha comentado al saber que hoy me habían asignado este puesto y solo me ha dicho que usted tenía unas invitadas especiales, nada más.

Por el tono de culpabilidad con que dijo «nada más». Owen intuyó que mentía.

—Muchas gracias por tu trabajo —dijo—. Te lo agradezco.

El muchacho se ruborizó y se miró los pies, como si dudara si atreverse a decir algo. Finalmente, dejó que las palabras escaparan de su boca.

—Trisha dice que su amiga no está contenta con la cita.

—¿De verdad?

El joven parecía incómodo.

—Sus palabras exactas fueron que estaba furiosa.

—¿Qué más te ha dicho Trisha?

—Que la señora va a intentar evitar quedarse, diciendo que debe volver a trabajar en la cocina.

—¿Y por qué te estás esforzando tanto si crees que no vamos a tomar el té?

—Porque pensé que si lo dejaba todo muy bonito, la señora no sería capaz de marcharse. Como en un cuento de hadas.

Owen sonrió.

—¿Y por qué quieres hacerme ese favor?

—Por lealtad, señor. Y porque yo siento algo por Trisha y quería que viera que hago cosas bonitas —el muchacho miró de pronto a su alrededor, avergonzado por haber establecido una conversación tan personal con el príncipe y haber llegado a mencionar su amor no correspondido—. Lo siento señor, voy a seguir trabajando.

—¿Seguirá así de bonito al anochecer? —preguntó Owen.

—Desde luego, señor. Si quiere, puedo poner luces entre las flores. Quedará de maravilla.

—Hazlo, por favor.

—Por supuesto, Alteza Real.

—A las ocho de la tarde —dijo Owen quedamente—, voy a encargarle a Cookie que te lleve una jarra de chocolate caliente y unas pastas. ¿Crees que Trisha querrá compartirlas contigo?

—¿Para mí, señor? —susurró el muchacho—. ¿Para mí y para Trisha?

—Es lo menos que te mereces, con todo el trabajo que te has tomado.

—Gracias. Alteza —tartamudeó Ralph—. Nunca lo olvidaré.

—Bien —dijo Owen con un suspiro, contemplando el jardín una vez que el muchacho lo dejó solo—. Como dice Anastasia, solo tiene valor si proporciona felicidad.

Respiró profundamente y se encaminó a la cocina del banquete. Se acababa de dar cuenta de que había creído que reconquistar a Jordan sería sencillo, que, como él, no podría resistir la tentación de revivir la pasión que habían compartido. Pero, de pronto, fue consciente de que tendría que diseñar una estrategia si quería ganar la batalla

Afortunadamente, Jordan no estaba en la cocina.

—¿Quién está al cargo? —preguntó.

Y consiguió hacer el trato que había ido buscando.

Jordan llegó tarde. Owen, sentado a la mesa, la contempló mientras cruzaba el arco de ramaje con Whitney de la mano y comprobó, divertido, que seguía dedicándole el mínimo esfuerzo a su aspecto físico. El corte de pelo no requería ningún cuidado, no llevaba ni una gota de maquillaje y vestía un conjunto gris holgado que ocultaba su silueta.

Aun así, la energía que emanaba de ella llenaba el aire que la rodeaba. Sus ojos refulgían. Y Owen tragó saliva al recordar cómo le había hecho sentir cuando había volcado en él aquella energía y aquella fuerza.

Jordan apretaba la mandíbula de una forma que conocía bien. Llegaba dispuesta a presentar batalla. Su hija llevaba una boina roja, a juego con los leotardos, una falda escocesa y un jersey blanco. Owen vio, satisfecho, cómo se paraban bajo el arco de ramas, asombradas por el colorido que se filtraba entre las hojas.

—Bienvenidas —dijo, levantándose y saludando con solemnidad.

—«Plíncipe» Owen —dijo Whitney. Hizo ademán de hacer una reverencia, pero, al ver al pony dio un grito, y olvidándose del protocolo, del príncipe y de su madre, corrió hacia Tubby.

Owen se alegró de haber sabido por Ralph que Jordan no estaba contenta con aquella visita. Gracias a la advertencia, no le desconcertó ver lo poco que le impresionaban a Jordan todos los preparativos que había hecho en su honor y en el de su hija.

—Lo siento —dijo Jordan, fríamente—. No puedo quedarme. Hay demasiado trabajo en la cocina. Si necesitas ayuda, puedes llamar a su niñera.

Owen tuvo que contenerse para no borrar aquel aire de superioridad de su rostro con un beso. En el mismo tono, respondió:

—Acabo de hablar con tu tía. Es encantadora. Se llama Meg, ¿verdad? —Jordan asintió con cara de preocupación—. Te ha dado la tarde libre.

Jordan lo miró atónita.

—¿Que me ha dado la tarde libre? Te has equivocado de persona.

—¿No es así de alta, rellenita y con un aire excéntrico?

Jordan miró a Owen con desconfianza. Lo conocía lo suficiente como para saber que había ensayado cada palabra.

—¿Qué le has prometido a cambio, Chico Rubio?

A Owen le animó que lo llamara por el apelativo cariñoso del pasado.

—Un cargamento de capuchinas. Chica Rubia.

—No me llames así —replicó ella secamente, consciente de que cualquier referencia a la intimidad podía conducirlos a un camino peligroso—. ¿De dónde piensas sacar las flores? No hay en ninguna parte. ¿Y cómo has sabido que no quería venir a tomar el té contigo?

—En los castillos se sabe todo, Jordan. Tus intrigas han llegado a mis oídos antes de que llegaras a planearlas.

—¡Intrigas! Owen, por Dios, sueñas como un señor feudal. Tengo responsabilidades y atender tus caprichos no es una de ellas. Para eso ya cuentas con cientos de sirvientes que te adoran.

—Yo no considero sirvientes a los miembros del personal.

—¿Criados? ¿Siervos?

—Ríete de mí todo lo que quieras, pero no te rías de aquellos que me son leales.

—Me dan pena —masculló Jordan con dureza—. No creo que hayas logrado encontrar capuchinas.

—Era la condición indispensable de Meg.

Sin abandonar su actitud severa, Jordan se cruzó de brazos y tomó asiento. Miró hacia su hija, que dedicaba toda su atención al pony.

—No está bien que engañes a una señora mayor. No vas a encontrar capuchinas en ninguna parte. Ni por todo el dinero del mundo.

Owen sonrió.

—Ya las he conseguido. Cincuenta docenas de naranjas y una docena de amarillas. Me las va a mandar desde Inglaterra un amigo. Las cría en su invernadero.

—Te odio —dijo ella, bajando la voz—. Puede que hayas comprado mi compañía por una tarde, pero eso no significa que me guste estar aquí o que me gustes tú.

La situación no estaba evolucionando de acuerdo con los deseos de Owen. Tenía que cambiar de estrategia.

—Jordan, solo quiero que me des la oportunidad de explicarte lo que pasó.

—De acuerdo. Te doy una oportunidad. Owen. Pero después, quiero que te olvides de conquistar a mi hija y a mi tía utilizando tu riqueza y tu poder.

Owen decidió que no era el mejor momento para regalarle la diadema a Whitney.

Jordan miró a su alrededor. Pero en lugar de la expresión de admiración que Owen hubiera querido ver en su rostro, este solo reflejó escepticismo.

—Este no es el aspecto normal del jardín, ¿verdad? —preguntó.

—Quería darle un aire especial —admitió Owen.

—Querías crear una imagen falsa para manipular mis sentimientos.

—¿Sabes una cosa? Estoy empezando a enfadarme —Owen se sorprendió a sí mismo. Era verdad que se estaba enfadando, pero su rabia era muy distinta a la que había sentido contra sus raptos. Se sentía aún más impotente que estando maniatado.

—¿Te vas a enfadar? —Jordan rió con sarcasmo—. Yo he estado enfadada cinco años. Ahora te toca a ti.

Las pastas y el té llegaron en aquel preciso momento. El menos oportuno para Owen. Whitney, entregada al pony, no quiso sentarse a la mesa. Y Jordan contempló la merienda como si temiera que pudiera envenenarla.

Mientras la muchacha servía el té, Owen intentó pensar cómo relajar la tensión del ambiente. Por primera vez temía que el abismo entre él y Jordan fuera infranqueable.

—Lo siento —dijo cuando la chica se retiró—. Siento haberte causado tanto daño.

Pedir perdón era un ejercicio de humildad que representaba mucho para un príncipe. Esperó a que el rostro de Jordan se iluminara, pero esta lo miró con displicencia.

—Owen, podría creerte si hubieras venido en mi busca. Pero este encuentro es fruto de la casualidad. Tú mismo me dijiste que no sabías que estaba aquí.

—Es cierto —respondió él, arrepentido de haber sido tan sincero.

—Han pasado cinco años desde que me desperté en una cama vacía. ¿Tú acabas de darte cuenta de lo que sientes?

Owen pensó que Jordan se había convertido en una mujer asombrosa y que ni siquiera ser príncipe iba a darle ninguna ventaja sobre ella.

—Siempre lo he sentido, Jordan. Pero solo en la oscuridad de mi celda de cautiverio me di cuenta de hasta qué punto.

Owen vio un destello de compasión y de curiosidad en los ojos de Jordan.

—En aquella celda tuve que enfrentarme a mi propia muerte. Y de lo único que me arrepentía, Jordan, era de haber renunciado al amor.

Le animó ver que Jordan lo escuchaba y que tomara una pasta y comenzara a morderla.

—Al cumplir los dieciocho años, Jordan, me di cuenta de que iba a ser elegido Rey. A cambio conseguí que me dieran un verano de libertad. Pero tuve que hacer dos juramentos. El primero, que no le desvelaría a nadie mi verdadera identidad. Y el segundo, que pasado el plazo, volvería a mi gente, a mi isla y a mis deberes. Puede que la gente no comprenda lo que para mí dignifica un juramento, pero con él entregué mi lealtad y mi alma, ¿Cómo podría el pueblo confiar en un líder capaz de romper un juramento? Admito que al principio me divertí que no supieras quién era. Me gustaba sentirme un chico normal y que me amaras por mí mismo y no por lo que representaba. Después deseé contarte la verdad, pero no podía.

—¿Y las palabras que me susurraste, con las que rozaste mi piel, Owen, no significaban nada?

—Lo significaban todo. Jamás las he repetido ni se las repetiré a otra mujer.

—¿Es un juramento? —preguntó Jordan, sarcástica.

—Sí—dijo él, quedamente—. Lo es.

—Owen, es demasiado tarde. Me destrozaste el corazón. Me abandonaste. He pasado noches de agonía recordando lo felices que fuimos. O que creía que habíamos sido —Jordan apartó la mirada pero Owen pudo ver, desolado, que las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. Pensé que habías muerto —continuó—. Que solo la muerte podía separarte de mí. ¿Cómo pudiste marcharte sin tan siquiera decir adiós?

Owen descubrió que las lágrimas eran de rabia.

—Hubiera querido despedirme, Jordan. Solo me habían concedido cinco semanas. Logré que las prorrogaran otras dos. Me negué a volver cuando me lo

exigieron. Aquella mañana me desperté a tu lado, te besé, me vestí y salí a comprar el desayuno. Pero los hombres del Gabinete de Élite me estaban esperando para escoltarme a casa. Y mi deber era seguirlos. Siempre te dije que lo nuestro podía acabar súbitamente.

—Ese fue mi único consuelo —Jordan recuperó la compostura, transformando su vulnerabilidad en sarcasmo—. ¿Por qué pensaste que sería menos doloroso desaparecer sin despedirte?

—Creía que no sabían nada de ti y no quise arriesgarme a que empezaran a diseccionar tu vida. Preferí guardar solo para mí tu recuerdo. Preservar lo único en mi vida que podía considerar verdaderamente privado. Está claro que fui un ingenuo. Solo ahora me he dado cuenta de que fui a los Estados Unidos escoltado. Han debido saber que existías todo este tiempo. Lo que no sé es si sabían que teníamos una hija.

—¿Teníamos? —repitió Jordan—. No te he dicho que fueras el padre de Whitney.

Owen percibió temor en las palabras de Jordan. Parecía una gata protegiendo a su cachorro.

—Soy capaz de sumar.

—No me has preguntado cuántos años tiene. ¿Cómo puedes hacer sumas si no sabes qué tienes que sumar?

Owen guardó silencio.

—Has hecho tus propias averiguaciones, ¿no es cierto? —continuó Jordan—. ¿Tanto te costaba preguntármelo? ¿Qué más te contó tu servicio secreto? ¿Qué vivo en una casa del tamaño de una caja de zapatos?

—No he preguntado nada más.

Jordan lo miró con suspicacia.

—No te metas en mi vida. Estoy dispuesta a aceptar tus disculpas. Éramos muy jóvenes. Seguro que los dos hicimos cosas de las que nos arrepentimos y que no podemos cambiar. Pero no te equivoques. No vamos a retomar la relación donde la dejamos —Jordan se inclinó hacia delante y las palabras que añadió dejaron petrificado a Owen—. Voy a casarme con otro.

Capítulo 4

Jordan habría querido taparse la boca como una niña a la que se le hubiera escapado una palabrota. Ella, que se enorgullecía de ser sincera, acababa de mentir al decirle a Owen que iba a casarse. Ella, cuya única compañía masculina era un gato.

Solo la más absoluta desesperación podía haberla impulsado a actuar así.

A pesar de su determinación de mantenerse firme y distante, Owen estaba haciéndole sentir emociones que prefería mantener aletargadas. Desde que había atravesado el arco de ramaje de colores otoñales había sentido que su corazón se ablandaba.

No conocía a ninguna mujer que pudiera resistirse a vivir un sueño. Y el jardín era un pequeño paraíso. Las enredaderas trepaban por los muros de piedra, el musgo crecía entre los adoquines del patio, las flores coloreaban los parterres y la mesa, con el servicio de porcelana y plata, estaba decorada con la exquisita delicadeza de una fantasía romántica.

Estaba segura de que Owen había dado órdenes para crear aquel ambiente tan seductor. Y le atemorizaba que le resultara tan fácil alterar la calma que tanto esfuerzo le había costado alcanzar.

Aún más peligrosos eran sus esfuerzos por conquistar a Whitney. ¿Qué madre podría resistirse a dar lo mejor a su hija? ¿Qué madre no querría ver el rostro de su hija iluminado por la felicidad, tal y como estaba en aquel momento el de Whitney, subida a lomos del pony y abrazada a su cuello?

Pero lo peor era comprobar que le bastaba con mirar a Owen, observar sus facciones, reconocer el mechón de cabello que caía sobre su frente, para sentir el deseo despertar en su interior.

Ni siquiera conservaba el pelo rubio teñido que en el pasado había sido el único rasgo que no le gustaba de él. En su lugar, Owen presentaba un cabello negro y brillante que lo hacía irresistible.

Tampoco le servía de consuelo saber que debajo de aquella ropa se ocultaba su Ben, un cuerpo fuerte cuyos músculos tantas veces había recorrido con sus dedos.

Para intentar pensar en otra cosa, miró el rostro de Owen. Al ver las marcas de los moratones y la hinchazón de los labios, lo imaginó en cautiverio, a merced de sus desalmados raptos y tuvo el impulso de alargar la mano y acariciarlo.

Con una resolución de hierro, se dijo que la única manera de vencer la tentación era ocultar cualquier sentimiento hacia él e impedir por todos los medios que Owen atisbara lo fácil que le resultaría conquistarla.

—Sí, me voy a casar —dijo, en tono animado—, con un hombre que se llama Justin Jason —la expresión del rostro de Owen la perturbó.

No recordaba haber visto tanto dolor reflejado en un ser humano. Y ella jamás había causado conscientemente dolor a nadie. Ni siquiera para protegerse a sí misma.

Owen palideció, su mirada se oscureció y sus labios se tensaron en una fina línea

blanca. De pronto, el dolor se transformó en resolución.

—Por encima de mi cadáver —dijo, en voz baja.

Gracias a aquella transición de la vulnerabilidad al autoritarismo, Jordan recuperó la fuerza suficiente como para enfrentarse a él en lugar de querer consolarlo y decirle que le había mentado.

—Se ve que estás acostumbrado a mandar —dijo, con firmeza—, pero no tienes derecho a meterte en mi vida. Tuviste una oportunidad y no te parecí lo suficientemente buena como para ser la mujer de un príncipe. ¿Qué ha cambiado ahora?

—He cambiado yo —dijo él —, no seas injusta. Solo teníamos dieciocho años. Ninguno de los dos pensaba que lo nuestro pudiera durar para siempre.

—¿Y ahora crees que sí? —preguntó Jordan, con dulzura.

—Sí.

—Yo también, pero mi elegido es Jason Justin.

—Habías dicho que se llamaba Justin Jason.

—No es verdad —replicó Jordan, aunque no estaba segura de qué nombre había dicho originalmente.

—No sé como puedes tener intención de compartir el resto de tu vida con un hombre con un nombre tan estúpido.

—¿Y tú cómo puedes ser tan superficial como para pensar que el nombre es más importante que la persona? Supongo que las candidatas a casarse contigo tienen nombres y apellidos de *pedigrí*.

El silencio de Owen confirmó la sospecha de Jordan de que había una lista oficial de candidatas en la que, por razones obvias, ella no estaba incluida.

—¿La virginidad es un requisito necesario para casarse contigo? —Owen se atragantó con la pasta que estaba comiendo y a ella le alegró haberlo desconcertado—. Gracias a ti yo no cumplo esa condición, así que ¿por qué no me deseas que sea feliz en mi matrimonio?

—Las familias reales han cambiado mucho —dijo él, tenso—. Ya no cumplen normas tan rígidas.

—¿De verdad? ¿No tienes una hermana mayor?

—Tres.

—Si es verdad que el sistema está cambiando, ¿por qué solo tú y tu hermano sois candidatos al trono y no vuestra hermana mayor?

En lugar de contemplarla con indignación, Owen desconcertó a Jordan al mirarla con regocijo.

—Así es cómo te recuerdo —dijo, con una amplia sonrisa—. Inteligente y siempre actuando de abogado del diablo. ¿Sabes que asustabas a los demás chicos?

—Desgraciadamente, a todos menos al que menos me convenía.

Owen dejó de sonreír y su rostro sombrío volvió a enternecer a Jordan. No soportaba herirlo.

Para no sentirse culpable siguió hablando. Los temas de política o de filosofía eran mucho más seguros que los personales.

—Puede que actúe de abogado del diablo, pero estoy en una isla que se rige por un sistema arcaico. Una monarquía patriarcal que asume la superioridad de los hombres. ¿No te das cuenta de que no podríamos estar juntos?

—Todo lo contrario. Oírte me hace pensar que la vida contigo sería mucho más interesante.

Owen habló con tal solemnidad que Jordan llegó a creer que era sincero y tuvo que rearmarse anímicamente para no dejarse llevar por el anhelo de fundirse con él en un abrazo, de borrar las heridas del pasado con sus manos y sus labios.

—Tú y yo no tenemos futuro, Owen —dijo, adoptando un tono de indiferencia—. ¿No lo comprendes?

No parecía que Owen fuera a darse por vencido. Apretaba la mandíbula con determinación.

—No consigo adivinar quién te ha traído a Penwyck. Tiene que haber sido alguien con mucho poder.

Jordan prefirió no descubrir qué quería decir. ¿Acaso pensaba que le darían permiso para casarse con ella?

—Owen, no soy una pieza de ajedrez con la que podáis jugar los miembros de la realeza. La verdad es que pasamos un apasionado verano juntos, pero apenas nos conocíamos. Estoy aquí por azar. Y no te preocupes, no pienso vengarme de ti envenenando tu porción de *Éxtasis de Chocolate*. El domingo por la mañana haré el equipaje y volveré con mi hija a la rutina de mi vida diaria.

Owen la observaba atentamente.

—También es mi hija —dijo, calladamente.

—No se te ocurra amenazarme, Owen.

—No te amenazo. Solo digo la verdad.

—Me alegro de que sea chica y no pueda entrar en la línea sucesoria. ¿O lo impediría el ser hija ilegítima? —Jordan pretendía hacer comentarios hirientes, pero solo lograba sentir dolor cuando veía que conseguía dar en el blanco.

—No estás escuchando —dijo él, con calma—. Quieres discutir por todo. Como en el pasado. Pero este no es un tema de debate. Quiero ser el padre de Whitney.

—Eso no puede cambiarlo nadie.

—Quiero ser su padre de verdad, alguien importante en su vida, no solo su padre biológico.

—Escucha, Owen, no creo que tengas problemas económicos. Puedes comportarte como los demás padres que visitan a sus hijos los fines de semana. Tomas un vuelo, vienes a verla, la llevas a *Disneylandia* y le compras un pony.

A medida que hablaba, Jordan se dio cuenta de que Owen ya no saldría de su vida hasta que Whitney fuera mayor de edad. ¿Cómo podría mantener las distancias durante catorce años si apenas transcurridas las primeras veinticuatro horas a su lado

casi no podía resistir la tentación de declarar una tregua?

—Dame hasta el sábado —dijo él.

—¿Para qué?

—Para hacerte cambiar de idea. Respecto a tu matrimonio y respecto a mí.

—¡No!

—Jordan, algo no va bien. Hablas de casarte sin ninguna pasión y mencionas volver a tu vida rutinaria con hastío. En mi experiencia, el amor tiene que hacer que la vida se vuelva excepcional, vibrante.

—Quizá esa sea tu experiencia con el amor. En la mía, el amor solo produce dolor.

—¿Te vas a casar con un hombre al que no amas?

Mentir era siempre un error. Antes de lo que uno pensaba, la mentira se transformaba en una maraña de la que era imposible liberarse.

—No quiero hablar contigo de mi vida privada.

—Concédeme hasta el sábado.

—¡No!

—Deberías averiguar si en tan poco tiempo puedes llegar a cambiar de idea.

—No se te ocurra destrozar mi vida y decirme que es por mi propio bien.

—Solo quiero que seas feliz.

—No eres un experto en hacerme feliz.

—Y si no temes cambiar de opinión, no tienes por qué preocuparte. Siempre puedes volver a tu vida anterior. Pero tienes que quedarte hasta el sábado y darme la oportunidad de volver a conocerte.

—No vas a conseguir que cambie de idea.

—¿Quieres decir que aceptas el trato? —dijo él, con dulzura.

Jordan se reprendió por ser tan insensata. Estaba a punto de hacer un pacto con el diablo, pero su orgullo le impedía dejar que Owen adivinara que temía la atracción que ejercía sobre ella.

—De acuerdo —dijo. No estaba arriesgándose demasiado. Solo quedaban unos días hasta el sábado y estaría ocupada en la cocina. Era la oportunidad de demostrarle a Owen que no lo necesitaba y que el tiempo que habían pasado juntos formaba parte del pasado remoto.

Pero Owen tenía razón en una cosa. Si no lograba olvidar el pasado, ya nunca volvería a ser feliz.

—Vamos a firmar el acuerdo.

Owen se levantó y fue hacia ella. Esta adivinó sus intenciones y tuvo tiempo de huir, pero no lo hizo. Se quedó mirándolo, petrificada, mientras él se inclinaba, le besaba la frente y luego la mejilla. Cuando sus labios alcanzaron los de ella, su cuerpo la traicionó, como si el hielo hubiera sido fundido por el sol de primavera. Las cadenas que la ataban se aflojaron y supo que durante todos aquellos años, solo había estado verdaderamente viva cuando, en sueños, Owen y ella se besaban.

—¡Mamá!

Jordan se separó de Owen y miró a Whitney con expresión aturdida. La niña la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Estás «bezuqueándote» con el «plíncipe» Owen?

Owen alzó una ceja y miró a Jordan con gesto divertido. Sin esperar respuesta, Whitney trepó a una silla, miró las pastas y eligió una.

—¿Vas a ser «plincesa», mamá?

Owen dejó escapar una risita que irritó a Jordan.

—¿El señor Justin no suele besar a tu mamá?

Jordan hubiera querido matarlo y recordó que estar con él siempre había sido como montar en una montaña rusa.

—¿Quién? —preguntó Whitney, desconcertada.

—Jota-Jota —se arriesgó a decir Jordan.

—¡Ah, sí! Mamá lo besa todo el tiempo.

Jordan le dedicó a Owen una sonrisa triunfal antes de pensar que debía cambiar el tema de conversación si quería evitar que Whitney añadiera que también le acariciaba el lomo y las orejas. Owen debió intuir algo, porque la miró con expresión dubitativa.

—Tu hija apenas conoce a tu prometido.

—No saques conclusiones erróneas. Recuerda que por eso sacamos tan mala nota en el proyecto de final de curso. En mi opinión, los niños no tienen por qué implicarse en las relaciones sentimentales de sus padres.

—Si sacamos mala nota fue porque estábamos ocupados en cosas más interesantes —Owen ya no sonreía—. ¿Has tenido muchas relaciones? —preguntó.

—Montones —dijo Jordan, sosteniendo su mirada.

—¿Recuerdas una vez que intentaste convencerme de que sabías utilizar el cambio de marchas cuando solo habías conducido coches automáticos?

—No —mintió ella.

—Nunca has sabido mentir.

—En cambio tú eres un maestro.

El rostro de Owen se ensombreció y, una vez más, Jordan sintió más pena que satisfacción por lograr herirle. Le alivió ver que dedicaba su atención a Whitney. Pero solo durante unos segundos. El padre y la hija se adoraban. Era difícil decidir quién de los dos admiraba más al otro. Una hora más tarde se despidieron como si llevaran toda la vida juntos.

Jordan salió del jardín en un profundo estado de confusión. ¿Cómo iba a poder marcharse y dejar a Owen como si nada? ¿Cómo iba a privar a su hija de la experiencia de tener un padre?

Aquellos eran los pensamientos que Owen quería sembrar en ella y lo estaba consiguiendo. Quería obligarla a cuestionárselo todo. ¡Y estaba lográndolo! Pero su espíritu de competición seguía intacto y no pensaba dejarse vencerían fácilmente.

Las apuestas eran demasiado altas. Querían robarle el corazón, pero ella no lo

consentiría. Si tenía que estar en contacto con Owen, lograría separar su relación de la que él estableciera con Whitney. Si no, se volvería loca.

Llegó a la cocina justo a tiempo de recibir el envío de capuchinas y de evitar que un ayudante de cocina tirara el cultivo de yogur por el fregadero.

Por más ocupada que estuviera, Owen ocupaba sus pensamientos. Cada vez que alguien entraba en la cocina, pensaba que podía ser él. No era. Se dijo que se alegraba, pero aquella noche se dio cuenta de que estaba desilusionada. Si era cierto que Owen quería conquistarla, tendría que esforzarse más.

Fue a ver a Whitney y le dio un beso de buenas noches. Abrió la puerta de su dormitorio conteniendo la respiración, pero allí tampoco había ninguna sorpresa. ¿Había creído que se encontraría con una habitación llena de flores? ¿Por qué se sentía desilusionada?

Tuvo que recordarse que Owen tenía el poder de hacerle daño. Y se lo siguió repitiendo hasta que, a la mañana siguiente, entró en la cocina.

Allí reinaba un caos y un barullo de una familiaridad reconfortante. De pronto ocurrió lo que nunca ocurría en una cocina. Se hizo un silencio sepulcral.

Jordan intuyó quién había entrado y se volvió. Estaba echa un adefesio, llevaba uno de sus delantales más viejo y manchado de chocolate. Se irguió para enfrentarse a él y, una vez más, tuvo que recordarse cuánto daño podía hacerle. Owen no estaba frente a ella.

—¿Señorita Jordan? —el silencio lo había causado un hombre vestido como un lacayo salido de un libro de historia, con peluca blanca, levita azul y pantalones y botas de montar.

—Sí, soy yo.

—Tengo orden de acompañarla al carruaje.

—Márchese —dijo Jordan, dándole la espalda para ocultar su rubor. Se sentía como si Owen la hubiera desnudado en público. Solo él sabía cuánto le gustaba la historia.

El grupo que observaba la escena contuvo la respiración.

—Creo que no me he expresado bien —dijo el hombre, en voz baja—. Si no me acompaña puedo ser despedido.

—¿Le ha ordenado que diga eso?

—No, señora.

—Dígale que estoy ocupada.

—Tengo entendido que le han dado el día libre.

—¡Tía Meg! —Jordan no reconoció el tono agudo que salió de su boca. Fue en busca de su tía al tiempo que se limpiaba las manos en el delantal en un gesto nervioso—. ¿Me has dado el día libre? —exigió saber.

—Por supuesto que no. Solo te he sustituido unas horas.

—¡Me dijiste que era indispensable!

—Pero me han proporcionado un ayudante que ha trabajado en el Cordón Bleue y

que siempre ha querido experimentar con flores. ¿No es increíble?

—Desde luego que sí —dijo Jordan, enfurruñada.

—Pásalo bien, querida. Tengo entendido que el príncipe se interesa por ti. ¡Qué emocionante! —Meg comenzó a cantar a plena voz el tema de *La Bella Durmiente*.

—¡Por favor! —protestó Jordan, ruborizándose.

—Jordan, disfruta de la aventura.

—De acuerdo —dijo Jordan, y se secó las manos en el delantal con determinación —. ¿Dónde vamos? —preguntó en tono autoritario al lacayo.

—Tiene tiempo para ir a sus habitaciones y cambiarse —comentó él, mirándola discretamente cuando salieron de la cocina.

Jordan pensó que no necesitaba cambiarse para enviar al príncipe al infierno.

—No hace falta —dijo.

—Va al encuentro de un príncipe —insistió el hombre, en tono respetuoso.

—Me da lo mismo. El príncipe está demasiado acostumbrado a que todo el mundo haga lo que él diga.

—No es cierto, señorita Ashbury —dijo él, con frialdad —. Si quiere saber la verdad, yo tengo más libertad que el príncipe.

—¿Perdón?

El lacayo titubeó. Se debatía entre la incomodidad de hablar sobre el príncipe y la necesidad de defenderlo.

—Es el depositario de las esperanzas de su pueblo, y esa es una carga muy pesada para un hombre tan joven. Le ha hecho fuerte, pero también solitario.

Y a partir de ese momento no volvió a abrir la boca.

Al llegar a una puerta que daba al exterior se detuvo y se volvió a mirar a Jordan. Esta tuvo la tentación de arreglarse el pelo, pero decidió que no tenía por qué mejorar su imagen para decirle a Owen que la dejara en paz.

El hombre sacudió la cabeza en un gesto desesperanzado, se inclinó a modo de saludo y abrió la puerta.

Jordan salió y se quedó petrificada. Al final de un pasadizo empedrado esperaba un carruaje blanco y oro, tirado por cuatro caballos blancos.

Tuvo el impulso de salir corriendo e ir a cambiarse, pero se recordó que se limitaría a abrir la puerta y decirle a Owen que desapareciera de su vida.

A pesar de su determinación, no pudo evitar pensar que su rigidez le estaba haciendo desperdiciar una oportunidad única. ¿No había soñado siempre con un carruaje como aquel atravesando un bosque frondoso? ¿Pero cómo podía consentir que Owen venciera su resistencia en tan poco tiempo?

Se despeinó deliberadamente y fue con paso decidido hasta el carruaje. El lacayo se adelantó y le abrió la puerta. Jordan asomó la cabeza.

—Llévate este carruaje a... —se detuvo. El carruaje estaba vacío.

Era tan bonito que la tentación de subir y tocar el terciopelo de los asientos fue mayor que su determinación de marcharse.

Subió y se sentó. La puerta se cerró a sus espaldas y oyó el restallar del látigo y el tintineo de las campanillas de las bridas. El carruaje dio un tirón y se puso en marcha. Era el momento de exigir que se detuviera. Pero Jordan no dijo nada.

Los asientos eran de terciopelo granate oscuro y las paredes estaban forradas en un rico cuero blanco. Las ventanas no tenían cristales, pero se podían cubrir con unas cortinas también granates. La manilla de la puerta era de plata.

Jordan se asomó por la ventana y contempló los caballos. Hacía una mañana espléndida, la neblina se prendía a las verdes colinas y el rocío salpicaba de destellos plateados el sendero por el que avanzaban. El paso rítmico de los caballos, el olor a cuero y el aire fresco de la mañana, calmaron y relajaron a Jordan.

Se recostó en los almohadones y dejó escapar una risita. Ser princesa era maravilloso. De vez en cuando se cruzaban con un coche o con una bicicleta y Jordan se divertía viendo las caras de sorpresa de la gente cuando se asomaba por la ventanilla con su aspecto desaliñado y los saludaba con entusiasmo. Un hombre se detuvo y le sacó una fotografía.

El sendero se adentró en un bosque. Se produjo un cambio de luz y Jordan escuchó el canto de los pájaros. No podía negar que estaba disfrutando de la experiencia, pero eso no le impediría decir a Owen lo que pensaba.

El carruaje se detuvo abruptamente. Jordan se resbaló de su asiento. Oyó un grito y el trote de los caballos se convirtió en un galope frenético. El carruaje se movía violentamente, de un lado a otro, dando saltos.

Jordan creyó que el sueño se acababa de transformar en una pesadilla.

—¡Pare! —se oyó un grito.

Jordan se asomó por la ventanilla. ¡Los perseguían! El corazón le latió con fuerza. Nunca había visto nada igual. Un caballo negro como el azabache galopaba tras el carruaje, pero aún más espectacular era el hombre que lo montaba, con una capa negra flotando al viento y un cuerpo poderoso y firme.

¡Llevaba una máscara! Jordan se agachó y se llevó la mano al corazón. ¿Se trataría de un secuestro? ¿La habrían confundido con alguien importante?

Su mente lógica se puso en funcionamiento y de pronto, dejó escapar una carcajada.

Todo estaba planeado. Jordan miró por la ventanilla para observar a su perseguidor. La elegancia y el estilo con el que montaba eran inconfundibles. Era Owen. Y el disfraz tras el que se ocultaba, en lugar de resultar ridículo, le daba el aspecto de un héroe de novela.

Súbitamente, Jordan tuvo una revelación. Ella misma le había contado aquella fantasía. ¡Y Owen la estaba utilizando a su favor, poniéndola en ridículo delante de toda la isla!

En aquel momento, Owen llegó a la altura del carruaje y le lanzó un beso. Jordan se tensó y cerró las cortinas.

—¡Deténgase! —ordenó él. El carruaje se detuvo—. Solo quiero a la dama. A

usted no le haré daño.

Jordan oyó un ruido. El lacayo abrió la puerta y se asomó. Era un actor espantoso. En lugar de parecer asustado, sonreía divertido. Parecía encantado de participar en el juego del príncipe.

—Señora, el caballero la reclama.

—Dígale que no voy.

El lacayo hizo una mueca de consternación. No debía comprender por qué el príncipe había elegido una compañía tan arisca.

—Señor, la señora dice que no quiere bajar.

—¿Ha dicho eso?

Jordan miró por una ranura de la cortina y vio que Owen se bajaba del caballo y se encaminaba hacia el carruaje con paso firme.

Subió y se sentó frente a ella. Su presencia en un espacio tan pequeño resultaba apabullante. Olía a caballo, a cuero, a hombre. Y un brillo malicioso iluminaba sus ojos.

Servicio de café Me gusta tu vestido —comentó—. Parece el de la *Cenicienta* antes del baile.

—Tu traje es ridículo —dijo ella, incómoda.

—Te voy a raptar —dijo él, serio—. Puedes venir por voluntad propia u obligarme a que te monte sobre el caballo a la fuerza.

Jordan estaba segura de que cumpliría su amenaza.

—Te conté esta fantasía en el más absoluto secreto —susurró, indignada.

—Y no se la he contado a nadie.

—¡Se ha enterado toda la isla!

—¿Por qué van a saber que es tu fantasía y no la mía?

Jordan se ruborizó. Owen alargó una mano.

—Owen —dijo ella—. Tienes que detener esta estupidez.

—¿No crees que es justo lo que necesitas, Jordan? —preguntó él, adoptando un tono solemne—. ¿Hacer tonterías, divertirlo por un día?

A Jordan le dio rabia que Owen creyera saber qué le convenía. Y mucho más que tuviera razón.

Corno una niña indefensa, le dio la mano. Owen le hizo ponerse de pie y la llevó hasta el caballo. Ajustó las bridas, y con un movimiento ágil, se subió. Inclinandose hacia adelante, sujetó a Jordan con firmeza del antebrazo, sacó el pie del estribo y tiró de ella.

Jordan se sintió elevada, sin aparente esfuerzo, a la grupa del caballo. A través de la ropa podía percibir el calor que irradiaba del cuerpo del animal. Y del de Owen.

—Vas a tener que agarrarte a mí con fuerza —dijo él.

Al ver que Jordan no reaccionaba, alargó la mano hacia atrás, la rodeó por la cintura y la empujó hacia sí, hasta que sus cuerpos se tocaron. Jordan se abrazó a su cintura y, sin previo aviso, el caballo salió al galope.

Podía sentir los músculos de Owen, escuchar el ritmo pausado de su respiración, oler la perturbadora fragancia de su cuerpo.

Owen hizo cambiar de dirección al caballo, conduciéndolo hacia el bosque por un estrecho camino.

Al principio, Jordan sintió miedo de la velocidad a la que avanzaban. Pero enseguida le tranquilizó la seguridad con la que Owen dirigía al caballo y la forma en la que este respondía a cualquier indicación suya. Ella tenía el pecho apretado contra la espalda de Owen, y sus piernas formaban una uve que envolvía sus caderas.

Su tía le había dicho que se lanzara a la aventura. Y aceptarla era mucho más divertido que rechazarla. También mucho más peligroso. El dragón adormecido de la pasión empezaba a despertar en su interior.

Entraron en un claro del bosque y Owen detuvo el caballo. Jordan no recordaba haber visto un lugar tan hermoso como el que tenía ante sus ojos.

En el centro de un claro de helechos y exuberantes *ñores* silvestres, había una piscina de aguas turquesas de la que se elevaban nubes de vapor. En un lateral, había una cesta y un mantel preparados para un picnic.

Owen la ayudó a bajar del caballo. De pie, frente a frente, se miraron con una intensidad que a ambos les resultaba familiar.

—Haz tonterías —dijo él a la vez que le acariciaba la mejilla con la mano enguantada—. Por mi culpa no has podido hacerlas. Te dejé con un bebé y más responsabilidades de las que debieras haber asumido. Por eso te pido que hoy juegues conmigo como solíamos jugar en el pasado.

Jordan cerró los ojos e intentó resistirse a la tentación, recordándose que estaba arriesgando su tranquilidad, su alma, su vida.

—Vete al diablo —dijo.

Pero con tanta dulzura que Owen sonrió al comprender que acababa de aceptar su invitación.

Capítulo 5

Las cosas no iban como Owen había planeado. Jordan estaba sentada frente a él en actitud tensa, como si se arrepintiera de haber cedido al impulso de quedarse. Volvía a protegerse tras una coraza y se resistía a dejarse llevar por la conversación. Apenas había probado bocado.

Descorazonado, se tumbó en la manta y contempló el cielo.

—Owen —comenzó, imitando la voz de Jordan—. Háblame de ti —con su propia voz, continuo—: Fui un niño terrible.

Jordan dejó escapar un bufido que Owen no supo cómo interpretar, pero que le resultó más prometedor que el silencio previo.

—En una ocasión metí a Tubby, el pony que montó ayer Whitney, en el palacio, y lo llevé hasta el dormitorio de mi hermana Megan. Destrozó la colcha y las cortinas.

—¿Qué te hicieron?

La curiosidad parecía la mejor forma de conseguir la atención de Jordan.

—Me mandaron a limpiar los establos. Pero en lugar de un castigo, fue una bendición. Mi hermano Dylan vino a ayudarme. Nos quitaron el trabajo después de un día que nos escapamos y salimos a explorar la isla. Fue el día más feliz de mi vida. Me sentí libre.

—No parece que estés privado de libertad —dijo Jordan, sin compadecerse.

—Mi falta de libertad es lo que menos te gustaría de la vida que llevo.

—Que a mí me guste o no, no tiene la menor importancia.

Owen no supo cómo interpretar que Jordan, aunque fuera en tono sarcástico, decidiera seguir la conversación.

—¿Dónde está Dylan? ¿No es tu hermano mellizo? —preguntó ella.

Owen decidió tomarse como una señal prometedora que le hiciera preguntas personales.

—Sí, pero no somos iguales. Ni siquiera parecemos hermanos —suspiro—. En cuanto a dónde pueda estar, no tengo ni idea, es incapaz de herir a nadie y, sin embargo, su desaparición ha destrozado a mi madre.

—¿Por qué se ha marchado? ¿Ansiaba tanto ser libre que ha renunciado a todo lo demás?

—No lo sé. Cuando nos escapábamos de pequeños era siempre él quien se preocupaba por mi madre. Creo que se ha marchado porque sabe que uno de los dos va a ser elegido rey.

—¿Y no quiere ser él?

—La situación no es fácil, Jordan. Yo creo que sí quiere el puesto.

—Pero no le corresponde —dijo Jordan, quedamente—. Te lo van a dar a ti.

—No hay nada definitivo.

—Eso es lo que se comenta en la cocina. Dado que tu padre está enfermo, se rumorea que te harán rey pronto.

Una vez más, Owen se dijo que si Jordan había prestado atención a aquellos comentarios era porque estaba más interesada en él de lo que estaba dispuesta a admitir. La conversación entre ellos comenzaba a fluir tal y como solía hacerlo en el pasado.

—Como tú misma dijiste ayer, la monarquía tiene sus fallos. ¿Por qué no puede gobernar una de mis hermanas? Todas ellas tienen la fuerza, la integridad y la capacidad de hacerlo. ¿Cómo es posible que un sistema político enfrente a los hermanos entre sí? Por ese mismo motivo, mi padre y su hermano gemelo han sido adversarios todos estos años. Y lo peor es que Dylan tiene atributos que lo convertirían en mucho mejor rey que yo.

—Por ejemplo, ¿cuáles?

—Es muy diplomático. Y discreto. Hay quien lo considera apático, pero no lo es. Es reflexivo. Al contrario que yo, piensa antes de actuar. Es más fuerte que yo, pero su fortaleza no es de las que quedan bien en las fotografías, sino mucho más sutil. A veces pienso que sus cualidades han sido subestimadas premeditadamente.

—Lo quieres mucho.

—Es mi mejor amigo. Lo echo de menos cada día.

Owen había buscado que Jordan se sincerara, pero era él quien estaba abriéndole su corazón.

En el pasado, había tenido que medir sus palabras. Por primera vez podía decir exactamente lo que pensaba. Y le contó más anécdotas de su infancia y de sus pillerías, confiando en arrancarle una sonrisa.

Poco a poco lo consiguió. Jordan, relajada, se tumbó y contempló el cielo. Owen la miró de reojo.

—En aquella cabina hay trajes de baño —dijo, y señaló un cubículo entre los arbustos—. ¿Te gustaría nadar?

—No —dijo Jordan, al tiempo que miraba el agua con ojos brillantes.

—Te encanta nadar —dijo Owen—. Por eso te he traído aquí. Eras como un delfín.

—Me sorprende que te acuerdes.

—Recuerdo cada minuto de aquel verano —dijo él, con una intensidad que le desconcertó a él mismo.

—¿Está caliente? —preguntó Jordan, cambiando de tema.

—Como la de una bañera. En invierno es una maravilla.

Owen se preguntó si Jordan todavía estaría allí para probarla, pero prefirió no adelantarse al futuro.

—¿Por qué no le animas? —insistió.

—No quiero ponerme en traje de baño.

Owen la miró atónito.

—Pero si siempre has tenido una figura maravillosa. Jordan.

—No lo suficiente como para que te quedaras conmigo —replicó ella, en un

susurro—. He tenido una hija, y ya no es lo mismo.

Owen sintió una culpa profunda al darse cuenta de que su desaparición había alterado todas las facetas de la vida de Jordan. En el pasado, jamás le había ocultado sus imperfecciones porque confiaba en él. Y si alguien las hubiera mencionado, ella habría sabido cómo responder con su lengua afilada.

Alargó la mano para acariciarle la mejilla, pero Jordan la rechazó.

—Debía haberte escrito —dijo él—. Me equivoqué al pensar que la ruptura te resultaría más fácil si te enfadabas conmigo y me odiabas.

—Lo conseguiste. Estoy enfadada contigo y te odio.

—Me hubiera gustado ser Dylan para pensar más racionalmente.

—¿Le hablaste de mí?

—No. Intuyó que me había pasado algo, pero no se lo conté.

—¿Porque te avergonzabas de mí? Has dicho que era tu mejor amigo.

—¿Cómo iba a avergonzarme de ti? En todo caso, de mí mismo, por no haber renunciado a Penwyck para quedarme a tu lado. Pero tenía que protegerte. Si hubiera habido una filtración sobre tu existencia, la prensa te habría asaltado. Y ya sabes lo crueles que pueden ser los periodistas.

Jordan se puso de pie bruscamente. Owen intuyó que se debatía entre creerlo o no creerlo.

—¿Qué tal si nos damos un baño? —sugirió ella—, ¿Has dicho que los bañadores están en aquella cabina verde?

Owen asintió y la observó alejarse, orgullosa y elegante.

Jordan se volvió como si intuyera que la estaba mirando.

—No te atrevas a mirarme hasta que me haya metido en el agua.

Owen llevaba un bañador debajo de los pantalones. Mientras Jordan se cambiaba, se desvistió y se sentó en el borde de la piscina, con los pies en el agua.

Cuando Jordan salió de la cabina, no desvió la mirada. Había elegido un bañador negro, de nadadora, que la favorecía más que cualquiera de los modelos supuestamente más sensuales que podía haberse puesto. Teniendo en cuenta la intimidad que habían compartido, le desconcertó la timidez con la que Jordan exponía su cuerpo, y hubiera hecho cualquier cosa por borrar la expresión de fría distancia que oscurecía su rostro.

Tal y como ella le había anunciado, apreció varios cambios en su cuerpo. Sus senos estaban más llenos, y su vientre algo redondeado. Pero en lugar de encontrarla menos atractiva, le gustó sentir que estaba frente a una verdadera mujer y no frente a una niña.

También se dio cuenta de que tenía los hombros levemente encorvados. Y se preguntó si se debía a la presión a la que llevaba sometida todos aquellos años, o si solo era un gesto momentáneo de timidez. Cuando se conocieron, Jordan era una chica intensa y seria, que se avergonzaba de su cuerpo. Él le había ayudado a descubrir una faceta mucho más lúdica y divertida de sí misma, y a apreciar su físico.

Estaba deseando que volviera a ser la mujer que había conocido. Y para lograrlo, tal vez era necesario arriesgarse. Sin pensarlo dos veces, se puso de pie y fue hacia ella. Jordan se tensó, pero parecía incapaz de apartar la mirada de él. Y Owen se sintió halagado al descubrir que, al menos físicamente, seguía gustándole. Jordan jamás había sido capaz de ocultar el deseo en su mirada.

—¿Qué haces? —protestó ella—. Te he dicho que no me mires. Aléjate.

—¿Cómo no voy a mirarte si eres más hermosa que el sol, la luna y las estrellas?

—Si no te callas, me marchó.

Owen llegó junto a ella. Alargó la mano. Jordan intentó esquivarlo, pero él la sujetó por la muñeca.

—¡Un, dos, tres! —dijo, y la arrastró con él al agua.

Jordan emergió tosiendo y con el cabello rubio pegado a la cabeza. Parecía una gatito a punto de ahogarse. Cerró la mano en un puño y golpeó la superficie, salpicando a Owen con tal fuerza en la cara que el agua le entró por la nariz.

Él tosió y pestañeó. Cuando abrió los ojos, descubrió que Jordan se alejaba nadando. Era una nadadora extraordinaria, y Owen no dudó que le invitaba a seguirla.

Avanzó tras ella, pero cada vez que se acercaba lo suficiente, Jordan le salpicaba con el pie. Hasta que llegó al borde y Owen la atrapó por el tobillo. Ella pataleó, pero no logró soltarse. El le levantó el pie y le besó la planta. Sabía que no podía soportar las cosquillas en aquella parte del cuerpo.

Y de pronto sucedió algo sorprendente. Algo que llevaba esperando desde que se encontraron y que lo llenó de regocijo. Jordan dejó escapar una carcajada que resonó en el aire, al tiempo que seguía peleando hasta que logró soltarse y escapar nadando en dirección opuesta.

Se pelearon, jugaron y disfrutaron del agua. Jordan estaba tan cómoda y se movía con tal agilidad que parecía un delfín. De vez en cuando dejaba que Owen le rozara la piel. Y a él ese contacto le bastaba para sentirse feliz de nuevo.

—Me has agotado —dijo, al cabo de un rato, sentándose en un banco natural que se formaba bajo el agua en un extremo de la piscina.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el borde. Cerró los ojos. Oyó a Jordan aproximarse, pero no movió un músculo por temor a ahuyentarla.

El agua se revolvió a su lado y sintió el hombro de Jordan contra el suyo.

—Owen, este es el sitio más maravilloso del mundo.

—Sí. El aire es tan cálido y húmedo que incluso en invierno hay flores —apretó el hombro levemente contra el de Jordan.

Ella se separó un poco, pero no rompió el contacto.

—Gracias por haberme traído. Nunca lo olvidaré.

Owen interpretó sus palabras como una despedida y se dijo que haría lo que hiciera falta para retenerla. ¿Como lo lograría? Por primera vez se enfrentó a la realidad de que todo el poder del que gozaba no bastaría para convencerla y sintió una necesidad acuciante de conocer todos los detalles de su vida. Por si lo ayudaban a

conquistarla o para guardarlos en su memoria si Jordan decidía marcharse, y poder recordarlos en sus momentos de soledad.

Respiró profundamente.

—Cuéntame por qué no eres alcaldesa de Wintergreen y qué sentiste cuando Whitney dio sus primeros pasos.

Miró a Jordan de reojo. El ejercicio físico la había relajado y quiso conservar una fotografía mental de ella como estaba en ese momento, con el cabello retirado detrás de las orejas y el rostro salpicado de agua. Parecía un hada, hermosa y llena de misterio.

Jordan guardó un largo silencio.

—Cuando volví a California no sabía qué hacer —dijo, finalmente—. Mi vida había cambiado. Antes de conocerte era una chica lista y ambiciosa. Pero tú me mostraste aspectos de mí misma que desconocía. Tu amor me había transformado en una mujer alegre y despreocupada. Cuando desapareciste no me reconocía, ni sabía qué deseaba hacer. Entonces descubrí que estaba embarazada.

—¿Pensaste abortar? —preguntó Owen.

—Por supuesto. Pero no pude. El bebe era lo único que me quedaba de ti. Cuando nació Whitney, mi tía Meg me ofreció trabajar con ella y yo estaba tan confusa que acepté. Ya no sentía la necesidad de cambiar el mundo. Ya no sabía lo que quería. Whitney dio sentido a mi vida. Todos los sacrificios que he hecho han valido la pena. Ser una buena madre es tan importante como ser una buena alcaldesa. Tal vez más. También ayudo a un grupo de madres solteras. La historia se repite una y otra vez. Mujeres demasiado jóvenes y generosas que lo dan todo a un hombre que, después de utilizarlas, las dejan.

Owen respiró profundamente. Con aquella explicación era fácil comprender que Jordan hubiera logrado mantener encendida la llama del rencor.

—No sabía que estabas embarazada, Jordan.

—No me arrepiento. Tengo a Whitney.

—Cuéntame anécdotas de estos años —dijo Owen, rompiendo un largo silencio de Jordan.

—Creía que su primera palabra sería «mamá» —dijo ella, sonriendo con melancolía —, pero no lo fue.

—¿Qué dijo?

—Es mejor que no lo sepas.

—No puede ser tan terrible. Además, quiero saberlo.

—Su primera palabra fue «caca».

—¿Caca? —Owen dejó escapar una carcajada.

—Me temo que sí. Un día estaba gateando por el parque y se acercó a una. Puse tal énfasis al decir «caca, no toques», que empezó a repetirla a voz en grito. La repitió en misa, en el supermercado, y a todo el mundo con el que nos cruzábamos.

A Owen le gustó saber que su hija tenía tanta personalidad.

—¿Y la segunda palabra fue «mamá»? —preguntó.

—No. Mi hija es muy especial. Creo que la segunda fue «atún».

—¿Atún? —repitió Owen, incrédulo.

—Yo le nombraba todos los objetos que ella señalaba. Durante el primer año mi conversación se limitó a palabras aisladas. Silla, mesa, gato, atún.

—Siento habérmelo perdido —dijo él. Y era sincero. Sentía no haber contribuido a aligerar el peso de Jordan, a hacerla sentir atractiva y adulta, y no un mero autómatas entregado a su hija.

—En comparación con todo esto —dijo ella, haciendo un ademán con la mano—, te habría resultado una vida muy aburrida.

—Te equivocas. Nada parece tan apasionante como el milagro que estás describiendo.

Jordan lo miró de soslayo y pareció relajarse un poco más. Apoyó el peso de su cuerpo sobre el hombro de Owen.

—¿Te gusta el atún? —preguntó.

—Sí.

—Yo lo odio. Por eso no entendía que a Whitney le gustara tanto como a otros niños el helado.

—¿Crees que tiene una predisposición genética? ¿Qué otras cosas le gustan?

—Raffi, un cantante infantil. Los elefantes. Tiene el dormitorio lleno. Y su abuela ha pintado las paredes con elefantes de todos los colores.

Su abuela. Owen volvió a sentir la añoranza de todo lo que se había perdido. Jordan tenía un mundo del que él no sabía nada. ¿Cómo sería su madre? ¿Se parecería a ella? ¿Llegaría a conocer ese mundo alguna vez?

—A Whitney le gusta el agua, la arena y el pastel de chocolate. Le gusta pintar y comer con los dedos. Le gusta disfrazarse y ponerse sombreros y zapatos rojos —Jordan rió—. Te estoy aburriendo.

—En absoluto. ¿Qué cosas no le gustan?

—Déjame pensar. No le gustan los bebés, ni la música clásica. Odia tener que estar sentada mucho rato, echar la siesta y la lluvia.

—¿Y a Jota-Jota?

Jordan le lanzó una mirada furiosa y Owen decidió cambiar de tema.

—¿Cuándo dio sus primeros pasos?

El rostro de Jordan volvió a iluminarse con una sonrisa de puro amor.

—Una semana después de cumplir un año. Llevaba días incorporándose y apoyándose en los muebles. De repente se soltó y cruzó la habitación. Ni se cayó ni se tropezó, ¡pero tenía tal expresión de sorpresa! No podía creérselo.

—¿Cómo celebrasteis su primer cumpleaños? —Owen quería seguir oyéndole hablar de Whitney. Cuando lo hacía estaba relajada y su voz fluía rítmicamente, cantarina.

—Le hice una tarta de merengue que se comió con los dedos y con la que se

manchó el pelo. Acabó destrozándose el vestido. Tenemos muchas fotografías.

—¿Me las enseñarás?

—Supongo que sí.

Owen notó que a Jordan le seguía incomodando que pudiera formar parte de su futuro.

—¿Y su segundo cumpleaños?

—No lo recuerdo —dijo ella, precipitadamente.

—Claro que te acuerdas —dijo él, con dulzura.

—Está bien. Mis padres insistieron en llevarla a *Disneylandia*. Yo pensé que era una tontería porque creía que no iba a apreciarlo, pero me equivoqué. Recuerda todas las atracciones, pero sobre todo, a Dumbo.

—¿Por qué no querías contármelo?

—No lo sé —dijo Jordan, enfurruñada.

—¿Pasó algo malo durante esa visita a California?

Jordan lo miró como si le diera rabia que fuera tan intuitivo. También como si le gustara.

Suspiró profundamente y dijo, sin tomar aliento:

—Llevé a Whitney a la playa a la que solíamos ir tú y yo, y no paré de llorar. Whitney no comprendía qué pasaba y no hacía más que preguntarme por qué lloraba y pedirme que parara.

Owen sintió un puñal clavársele en el pecho. Cada vez era más consciente de lo difícil que le iba a resultar reparar todo el daño que había causado. Tanto, que por un instante temió que pudiera ser imposible.

No quería volver a pedir perdón. Le resultaba una palabra hueca para compensar tanto dolor.

—Si hubiera sabido que Whitney existía, habría estado contigo.

La expresión de Jordan le dijo que había dicho justo lo que no debía.

—Muchas gracias. Yo no te importaba, pero si hubieras sabido que tenías una hija, ¿habrías acudido a mi lado?

Owen sabía que estaba cruzando un campo de minas, enterradas por él mismo. Minas de dolor y de abandono. Y solo la intuición y el amor podrían guiarlo.

Miró a Jordan a los ojos, suspiró y apoyó la frente en su hombro. Ella se tensó inicialmente, pero luego se relajó.

Owen la imaginó en el momento en que descubrió que estaba embarazada y que Ben Prince no existía.

Imaginó el temor y las dudas que la habrían invadido. Pensó en el dolor físico de dar a luz, en sus planes de futuro convertidos en cenizas. La imaginó llorando, sola, en una playa de California.

—¿Owen?

Owen no levantó la cabeza. Los dedos de Jordan le rozaron las mejillas húmedas.

—Owen, por favor —susurró Jordan.

Owen se sentía como el día en que, en su celda, había descubierto que, respecto a lo que verdaderamente importaba en la vida, el Príncipe Owen Michael Penwyck era un fracasado.

Jordan le tomó la cara entre las manos y le obligó a mirarla.

Owen supo que Jordan iba a besarlo y se inclinó hacia ella. Sus labios se rozaron. Hubiera querido abrazarla y estrecharla contra sí, pero sabía algo que ella desconocía. El servicio de seguridad estaba observando cada uno de sus movimientos.

Se separó de ella.

—No estamos solos —dijo, a modo de explicación.

—¿Cómo?

—Desde el secuestro, me siguen a todas partes.

Jordan se deslizó hasta que todo su cuerpo quedó bajo el agua.

—¿Nos están vigilando?

—Están vigilando para protegernos.

—¿Nos vigilaron cuando estuvimos en California?

—Creo que sí.

—¿También aquella noche, en la playa?

—Probablemente.

—No podría vivir así —dijo Jordan, con determinación.

—Por eso nunca te lo pedí.

—La gente te observa todo el tiempo y vives como en un cuento de hadas, rodeado de carruajes, jardines que parecen escenarios de teatro. Es todo de mentira. No sé quién eres realmente.

—Hace tan solo un instante lo sabías.

Jordan miró a Owen pensativamente.

Pero antes de que esta pudiera responder, un hombre salió de detrás de los árboles. Al ver que se trataba de Cole Everson, Owen reprimió su indignación.

Jordan se sumergió aún más en el agua. Solo asomaban sus ojos y su nariz.

Cole se arrodilló al borde de la piscina.

—Alteza Real, lo siento mucho, pero se trata de algo urgente —se disculpó—. Una de las minas de carbón se ha derrumbado en Marleston. Unos niños estaban jugando en su interior.

La irritación de Owen se evaporó.

—¿Broderick está de camino?

—Sí, señor. Y el helicóptero viene a recogerlo.

Owen asintió.

—Necesito cambiarme de ropa —no podía ir vestido de salteador de caminos—. Seguro que me sirve el traje de alguno de los hombres de seguridad. Consíguemelo.

Respiró profundamente y asumió su responsabilidad de inmediato. A pesar de su juventud, la gente de Penwyck recurría a él, esperando que los guiara en los buenos y en los malos tiempos.

Cole se marchó y Owen se volvió hacia Jordan. Ella lo contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón. No he sido sincero contigo —dijo, con tristeza—. Quería que lo pasaras bien, que te sintieras como una princesa. Pero mi vida no es divertida, si no que está llena de obligaciones. El día de hoy ha sido tan excepcional para mí como para ti. Tengo que marcharme.

Quizá Jordan tenía razón y ser generoso con ella significaba dejarla volver a su vida ordinaria, junto al hombre con el que iba a casarse. Pero en aquel momento no podía dedicar más tiempo a aquellas reflexiones. Tenía que entrar en acción. Salió de la piscina. Estaban rodeados de hombres que habían salido del bosque. Uno de ellos le entregó una toalla.

—Quiero ir contigo.

Owen tomó otra toalla y envolvió a Jordan en ella. Pensó que su oferta era una buena señal, pero también imaginó el espectáculo que podían encontrarse. Padres desesperados, niños heridos, incluso muertos. La prensa habría tomado el lugar. Sintió que debía protegerla.

—No creo que sea buena idea, Jordan.

—Si quieres que te conozca tal y como eres, déjame ir. Puedo servir de ayuda. No tengo miedo.

Y Owen supo que no mentía. Sabía que mezclar asuntos de estado con asuntos del corazón era un error. Dylan jamás lo hubiera hecho. Pero se sentía invadido por un sentimiento de soledad, y le costaba resistir la tentación de tener a su lado a alguien con quien poder contar.

—No puedes venir —dijo, con firmeza, sabiendo que dejarla ir habría sido un acto de egoísmo.

Jordan se cruzó de brazos.

—No crees que esté a tu nivel, ¿verdad? No crees que nadie lo esté.

—Solo quiero protegerle.

—Soy una adulta. Sé cuidar de mí misma y no necesito que ningún hombre me dé instrucciones.

—Estoy seguro de que si se te acerca algún periodista, sabrás ponerlo en su sitio.

—¿Quiere decir eso que puedo ir?

—Sí.

Jordan sonrió y Owen pensó que había tomado la decisión adecuada.

Pero ya no podía dedicar más tiempo a pensar en ellos dos. El helicóptero se aproximaba.

Capítulo 6

—Alteza Real, permítame que le proporcione la información de que disponemos. Jordan y Owen se habían vestido. Él, con un traje gris que le habían dejado. Entre todos aquellos hombres bien vestidos, Jordan parecía estar fuera de lugar, con su delantal manchado de chocolate. Pero tal vez era eso lo que le permitía pasar desapercibida. Podía observar sin que nadie le prestara la más mínima atención.

Recordaba a Owen como un chico despreocupado y atrevido. Y por mucho que él le hubiera hablado de deberes y obligaciones, no había llegado a creerlo hasta el momento en que aquel hombre, Cole, había aparecido junto a la piscina.

Ante sus ojos, Owen había dejado de ser un hombre como los demás para transformarse en un príncipe. Y no un príncipe como el que hubiera imaginado, pomposo, egoísta y fuera de la realidad, sino un verdadero príncipe, que destacaba entre los demás hombres por tener cualidades superiores.

Vio que la expresión de su rostro se volvía grave y solemne a medida que le daban cuenta del accidente y que sus ojos se iluminaban con la inconfundible luz de la valentía. Sus labios se apretaron en un gesto de determinación que no le había visto nunca, y enderezó los hombros como si estuviera dispuesto a soportar el peso del mundo.

Lo que Jordan vio en él no era solo madurez, o carisma. Era una fuerza interior que explicaba por qué el pueblo de Penwyck lo quería como rey.

Siguió observándolo, asombrada ante el respeto que hombres mayores que él le mostraban. Un respeto que, evidentemente, se había ganado. Y por primera vez, se preguntó si conocía al verdadero Owen.

El helicóptero voló sobre sus cabezas y Jordan alzó la vista. Llevaba el escudo amarillo y negro de la familia real.

En California, Owen había actuado como si fuera tan pobre como ella. En una ocasión habían alquilado un coche para hacer una excursión, y los dos se habían comportado como si fuera un gran capricho. Le dolía darse cuenta de que también aquello era parte de una mentira. Owen podía haberse comprado aquel coche y diez más sin pestañear.

Y, sin embargo, lo que en aquel momento se reflejaba en su rostro era la más absoluta integridad. ¿Quién era Owen en realidad? ¿Cuánto le costaría averiguarlo? ¿Podía arriesgarse a intentarlo?

Algo en su interior le decía que la decisión había sido tomada por ella. Un impulso incontrolable la empujaba a descubrir quién era el hombre al que tanto había amado en el pasado.

Cuando el helicóptero aterrizó en un pequeño claro, Owen se separó de sus hombres para acercarse a ella. La sujetó por el codo.

—¿Has montado alguna vez en helicóptero? —gritó, por encima del ruido.

Jordan sacudió la cabeza. Owen se había acordado de ella en medio de todas sus

preocupaciones, incluso después de que le dijera que no necesitaba su protección. Intentó ignorar el bienestar que aquello le causaba, pero fracasó igual que había fracasado al creer que no le afectaría pasar unas horas con él.

Llevaba demasiados años cuidando de sí misma.

—Agáchate al acercarte y al bajarte. Es muy importante. Si no —Owen se cruzó la garganta con el dedo y sonrió—, se acabó.

Por un instante volvió a ser su Owen y no un extraño intimidante a quien toda una nación respetaba con lealtad y entrega absoluta.

Su Owen. Tenía que evitar pensamientos peligrosos, sobre todo si iban unidos a los de amor. Pero lo cierto era que Owen había vuelto a ser, por un instante, el joven alegre y despreocupado del pasado.

El joven que pudo haber sido hasta que el destino le robó la libertad.

Disfrutaba de privilegios que los demás mortales no podían ni imaginar. Tenía caballos y helicópteros. Vivía en un palacio rodeado de lujo y riqueza. Pero, a cambio, había renunciado a ser libre y había tenido que domar su temperamento rebelde.

Jordan lo observó instalarse en el helicóptero con la misma familiaridad con la que ella tomaba el autobús. Primero se colocó unos cascos en las orejas y luego le puso a ella otros. Al hacerlo, le acarició la mejilla, y el roce de sus dedos hizo que se estremeciera.

¿Había alguna posibilidad de que sus dos mundos se encontraran? ¿Cómo podía formar parte del de Owen, sin transformarse en quien no era?

Sintió que el estómago se le encogía. El helicóptero despegó. Cerró los ojos y se asió a los brazos de su asiento.

De pronto, los dedos de Owen se entrelazaron con los suyos. La miró a los ojos y sonrió, y Jordan se sintió invadida por una inmensa calma. La sonrisa de Owen le hizo creer que la distancia entre ellos no era infranqueable.

—Vamos a una mina en Marleston —dijo él, y Jordan supo que más que informarla, pretendía tranquilizarla—. Se cerró en los años sesenta y se supone que la entrada estaba sellada. Los niños de Penwyck creen en una leyenda según la cual las viejas minas esconden diamantes, y su juego favorito es descubrirlos. Los ingenieros piensan que la humedad puede haber corroído las vigas. Basta que los niños excavarán en la roca para que se haya derrumbado.

Jordan sintió la emoción de saber que Owen compartía aquella información con ella, tratándola como a una igual al tiempo que la distraía para que olvidara que estaban a cientos de metros del suelo.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Sobre las diez y media de la mañana.

Jordan miró el reloj. Acababan de dar las doce.

—Hay cinco niños atrapados —continuó Owen—. Dos niñas y tres niños de entre ocho y once años.

—¿Están vivos? —susurró Jordan.

—Los ingenieros dicen que se oyen ruidos, como si alguien diera golpes, pero es imposible saberlo. Por el momento, están decidiendo cómo sacar los escombros que cierran la entrada sin que haya más derrumbamientos. Al mismo tiempo, están intentando meter un micrófono para comunicarse con los niños.

—¿Y qué vas a hacer cuando lleguemos?

Owen titubeó.

—Rezar para saber qué es lo mejor —se limitó a decir.

La humildad con la que respondió hizo que Jordan lo mirara desconcertada. Owen cambió de tema.

—Tengo que leer esto —dijo, señalando una carpeta—. Contiene documentación sobre los niños y sus familias. Puede que me ayude a saber qué decir cuando me encuentre con ellos.

Owen se concentró en la lectura sin quitar su mano de la de Jordan.

El ceño fruncido con el que leía le recordó las veces que habían estudiado juntos, ella vestida con una de sus camisas y él, con el torso descubierto. El recuerdo la hizo estremecer y despertó su deseo, una emoción contra la que siempre prevenía a sus chicas porque nublaba la razón.

Para distraerse, miró por la ventana y contempló una magnífica vista. Las montañas descendían hasta el mar, los bosques tupidos se alternaban con grandes praderas y granjas idílicas. Era una isla maravillosa. La isla de Owen y de sus gentes. Su destino.

¿Cómo iba a poder una chica corriente de Wintergreen adaptarse a aquel medio? Owen parecía creer que era posible, pero ¿lo habría pensado fríamente?

Jordan se recordó que se habían encontrado por azar, que Owen no había hecho ningún esfuerzo por encontrarla. ¿Cuánto tardarían en darse cuenta de que ella no pertenecía a aquel lugar?

Al cabo de unos minutos el helicóptero sobrevoló las montañas de Marleston y comenzó a descender. Por la ventana se podían ver ambulancias y vehículos de emergencias. De pronto vio la entrada de la mina. Los viejos tabloneros que la cerraban le daban un aspecto siniestro y frío. Jordan imaginó el interior, oscuro y húmedo, lleno de arañas y animales viscosos y se estremeció.

¿Qué podía llevar a un niño a meterse allí? Pensó en su propia hija. Si Whitney descubriera un agujero en un lugar misterioso y creyera que ocultaba un tesoro, su curiosidad le daría el valor suficiente para entrar en aquel túnel oscuro sin pensárselo dos veces.

El helicóptero aterrizó en una zona acordonada, iluminada por las luces azules y rojas de los vehículos de emergencia. Alrededor, se agolpaba una multitud de trabajadores, familiares, amigos, curiosos y periodistas.

Owen se puso de pie en cuanto el helicóptero se detuvo. Titubeó un instante, tomó la mano de Jordan y la besó. Ella comprendió el mensaje que quería transmitirle. Ya

no podía dedicarle su atención. A partir de ese momento, pertenecía a su gente.

Abrieron la puerta y Owen, agachándose, descendió con la habilidad de quien había hecho ese movimiento cientos de veces. Jordan vio decenas de flashes dispararse y supuso que esa era una rutina con la que también estaba familiarizado.

De pronto, se sintió intimidada y deseó no ofrecer un aspecto tan desaliñado. Pero uno de los hombres de seguridad estaba sujetando la puerta abierta y no tuvo más remedio que bajar.

Enseguida descubrió que no tenía de qué preocuparse. En cuanto Owen descendió, se convirtió en el foco de atención de todos los presentes. Lo vio avanzar con serenidad y firmeza, respondiendo a los periodistas con cortesía pero sin detenerse, hasta que llegó a la entrada de la mina. Jordan lo siguió confundida entre los hombres de seguridad.

Un grupo de gente se destacaba por sus rostros de preocupación. Se trataba de los familiares de los niños.

El sufrimiento que manifestaban las madres era tan intenso que Jordan apenas pudo mirarlas a la cara. ¿Cómo podría Owen mitigar su angustia y ofrecerles consuelo?

Lo vio avanzar hacia ellas sin titubear. Se detuvo frente a una mujer que estaba un poco separada del grupo, encogida y temblando de frío, y que tenía los ojos hinchados de llorar. Su marido intentaba animarla en vano. También él parecía frágil y vulnerable.

Jordan se preguntó qué sentirían al ver al príncipe, si su intervención los aliviaría o si lo considerarían un intruso.

Le vio tomar las manos de la mujer y, aun sin escuchar lo que decía, observó, admirada, la transformación que se iba produciendo en su rostro a medida que él hablaba. Sus ojos brillaron con una tenue luz de esperanza. Cuando la mujer dijo algo, Owen se inclinó hacia ella para escucharla atentamente, hasta que acabó de desahogarse.

Owen repitió el proceso con cada uno de los miembros del grupo. Todos ellos disfrutaron durante unos minutos de su total atención.

Y Jordan descubrió que su presencia lo significaba todo para ellos. Saber que el hombre que algún día sería su rey estaba allí para darles su apoyo era en ese momento su único consuelo.

Cuando acabó con las familias, Owen se acercó a la entrada de la mina. Los ingenieros habían agrandado el agujero por el que los niños habían entrado para facilitar el acceso.

Un grupo de hombres cubiertos de polvo y con aspecto cansado, salió de la mina. Owen se dirigió a ellos, estrechó su mano y trató de animarlos. Una vez más, Jordan pudo comprobar el efecto tranquilizador que su presencia causaba en sus súbditos.

Y también quiso ser útil. Se dio cuenta de que había demasiada gente como ella, inactiva, siguiendo cada paso de Owen. Miró a su alrededor y vio que a unos metros

estaban montando una carpa, con techo y sin paredes. Tenía los suficientes años de experiencia como para saber que era allí donde podía ser de utilidad, preparando bebida y comida para los trabajadores y los familiares.

Cruzó su mirada con la de Owen para indicarle con un gesto lo que iba a hacer y, una vez más, se sintió feliz y al mismo tiempo enfadada consigo misma por el bienestar que le produjo la mirada de aprobación que recibió.

Unas manos extra fueron acogidas como una bendición en la improvisada cocina. Nadie le preguntó quién era y Jordan se mezcló entre los voluntarios.

Preparó café y puso agua a hervir para hacer té. Cuando vio que dominaba la desorganización, utilizó su experiencia para dividir al equipo en grupos de trabajo.

Tras dejar a unos voluntarios preparando sándwiches, cargó una bandeja con comida y bebida y la repartió entre las familias. Después fue en busca de mantas. A la primera mujer a la que Owen había saludado, le castañeteaban los dientes de frío. Cuando la envolvió en una manta, fue recompensada con una caricia en la mejilla y una mirada cansada de agradecimiento.

Nunca se había sentido tan feliz al proporcionar un poco de confort.

Continuó distribuyendo mantas entre aquellos que obviamente habían salido de casa sin pensar en si mismos. De pronto, oyó una exclamación colectiva. Miro hacia la entrada de la mina, confiando en que vería salir al equipo de rescate. Pero a quien descubrió fue a Owen, vestido con un mono de trabajo y con un pico en la mano. Se estaba poniendo un casco.

Jordan vio a uno de los hombres de seguridad que había ido a buscarlos a la piscina y se preguntó por qué no estaba junto a él.

—¿Debe hacer eso? —preguntó al hombre, un joven atractivo con el pelo rubio.

Él la miró y la reconoció. Después miró hacia Owen y asintió con cara de resignación.

—Cuando el Príncipe toma una decisión, es imposible hacerle cambiar de idea.

—¿No debería ocuparse alguien de disuadirlo? —insistió Jordan.

El hombre la miró como si fuera una niña a la que tuviera que explicar cómo funcionaban las cosas en su país.

—El Príncipe es el segundo hombre más poderoso del país y tal vez en unos días sea el primero. Nadie puede darle órdenes.

—¿Pero usted no tiene la responsabilidad de protegerlo? ¿No es peligroso? Solo tiene veintitrés años y, créame, es capaz de cometer una estupidez —Jordan supo que tenía que controlarse. Su voz sonaba próxima a la histeria.

El hombre la miró como si acabara de decir una blasfemia y Jordan tuvo la sensación de que estaba viendo reflejados en su rostro sentimientos que ni ella misma estaba dispuesta a admitir, ni mucho menos reconocer a terceros.

El hombre suavizó la expresión de su rostro.

—Mírelo —dijo—. Vea cómo responde la gente. Es un hombre valiente y eso es lo que necesitan ver sus súbditos en este momento. Broderick no se lo está

proporcionando.

Jordan siguió su mirada. La multitud guardaba un silencio respetuoso. Contemplaba a Owen con tristeza y respeto, con devoción.

—Señorita, él nació para comportarse así —añadió el hombre—. Yo puedo cuidar de él hasta cierto punto. El resto, solo puede hacerlo Dios.

Owen se volvió desde la boca de la mina y blandió el pico en alto antes de desaparecer en la oscuridad. Desde la multitud se elevó un grito de entusiasmo.

Jordan estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía Owen a ponerse en peligro cuando acababa de descubrir que tenía una hija? Ni siquiera estaba preparado para lo que iba a hacer ¿Qué sabía él de minas en ruinas o de picos y palas? Lo único que sabía era organizar picnics.

Su furia se diluyó tan pronto como la había asaltado. Tenía que asumir la intensidad de los sentimientos que Owen despertaba en ella. Y más después de haber descubierto por fin a qué se refería cuando hablaba de que debía cumplir con su deber. El mismo sentido del deber que lo había alejado de ella era el que en aquel momento lo obligaba a bajar a las profundidades de la mina.

Aquel era el destino al que no había podido dar la espalda. Owen se sentía ligado a su gente y, por la manera en la que sus súbditos lo miraban, era evidente que el amor que sentían hacia él se lo había ganado por méritos propios.

Jordan suspiró, llevó más café a las familias y les contó que también ella tenía una hija.

Incorporó a varios curiosos al equipo de cocina y volvió a la carpa. Había sopa y sándwiches y Jordan los repartió entre los trabajadores, animándolos y dedicándoles palabras de aliento.

A medida que pasaban las horas, se dio cuenta de que era un alivio no estar pensando en sí misma. Ocuparse de los demás hacía que los problemas de su vida se difuminaran. Y se dio cuenta de que se sentía agradecida de que un cambio de dirección en su vida la hubiera preparado para poder ser útil en un momento de emergencia como aquel.

Pidió un teléfono móvil y habló con Whitney. Estaba tan distraída y entusiasmada con las clases de equitación que no la había echado de menos.

A continuación habló con su tía Meg y, aun no teniendo la autoridad para hacerlo, le prometió que le mandaría un helicóptero para que enviara bandejas de *Éxtasis de Chocolate* para el equipo de rescate.

—¿Tendrás tiempo de preparar más para el banquete?

—¿Banquete? —dijo Meg —, Mis delicias gastronómicas suben el ánimo y son necesarias en este momento. Ya inventaremos algo para el banquete.

Jordan sonrió al comprobar que para su tía Meg la comida, especialmente la suya, era la mejor solución a cualquier crisis, y fue a hablar con el piloto. El helicóptero partió en cuanto le dijo para qué lo necesitaba y ella volvió a trabajar a la cocina.

A medida que pasaba el tiempo se dio cuenta de que contenía la respiración en

espera de que Owen saliera de la mina. Era evidente que no solo interpretaba un papel, si no que estaba decidido a seguir en las profundidades hasta encontrar lo que había ido a buscar.

Jordan trató de no pensar ni en el pánico que sentía al imaginar la mina cayendo sobre él, ni en el sentimiento que le causaba ese pánico. Prefería seguir ignorándolo.

Los *Éxtasis de Chocolate* llegaron al mismo tiempo que las buenas noticias desde el túnel. El equipo de rescate había abierto un agujero en la pared de roca que bloqueaba el acceso al interior y habían logrado hablar con los niños. Estaban todos vivos. Una de las niñas sufría heridas y se desconocía la gravedad de su estado, pero se sabía que no había perdido la conciencia y que podía hablar. Una vez establecido el contacto con los niños, el rescate podría avanzar más deprisa.

Jordan repartió las delicias de chocolate entre las familias y pensó en la satisfacción que sentina su tía si hubiera visto la expresión de quienes las probaban.

Cuando anocheció, la gente formó corros y, de la mano, comenzaron a cantar en voz baja.

Jordan no había escuchado las canciones tradicionales de Penwyck. Contaban historias de un pueblo valiente y heroico que había salido victorioso de todo tipo de dificultades.

Se encendieron velas y los cantos fueron acallándose, pero la multitud permaneció reunida, rezando.

Jordan siguió ocupándose de que hubiera café y comida, al tiempo que intentaba ahuyentar su angustia.

De pronto, oyó un grito de júbilo y salió precipitadamente de la carpa hacia la entrada de la mina.

Primero salieron dos hombres con la niña herida tumbada en una camilla. Uno de ellos era Owen, apenas reconocible bajo la capa de polvo negro. Varios hombres se aproximaron para sustituirlo.

La niña estaba consciente y los enfermeros corrieron hacia ella. Owen miró alrededor y llamó a uno de los hombres de seguridad con la mano. Le dio una orden y el hombre salió corriendo. Después, volvió al lado de la niña, se arrodilló junto a la camilla y la besó con ternura. El hombre del servicio secreto volvió junto a él y discretamente, le dio una pequeña diadema.

Owen se la puso a la niña en la cabeza y esta sonrió, olvidándose por un instante de su dolor. La multitud aplaudió y los flashes de las cámaras centellearon en la oscuridad.

Los demás niños salieron de la mina, sucios y exhaustos, con lágrimas en los ojos.

Owen intercambió algunas palabras con cada uno de ellos, les secó las lágrimas y los besó. Cuando las familias corrieron hacia ellos, se apartó y miró alrededor.

Jordan, sobrecogida, supo que la estaba buscando. Cuando sus ojos se encontraron, sonrió con timidez. Owen la llamó con la mano, pero ella dio un paso

atrás.

Siempre le había intimidado ser centro de atención. Volvió a la cocina y preparó café para el equipo de rescate. Los hombres devoraron los sándwiches y el postre de Meg.

Después de un buen rato, cuando la multitud había comenzado a dispersarse y los equipos de rescate recogían el material, Jordan sintió la presencia de Owen a su lado.

—Hola.

Jordan se volvió. Sucio, con el mono rasgado en el hombro y la cara tiznada de negro seguía siendo el hombre más atractivo del mundo.

—Han llevado a Alice y a otros dos niños al hospital para tenerlos en observación. He pedido que venga a recogernos un coche.

—Todo ha acabado bien —susurró Jordan.

—Sí.

—¡Hasta tenías una diadema de emergencia en el bolsillo!

Owen rió.

—¿Por qué has bajado a la mina cuando nadie te lo ha pedido?

—¿Por qué has venido tú a trabajar a la cocina?

—Tenía que hacer algo.

—Yo también.

—Lo que yo he hecho no era peligroso.

—¿Te has preocupado por mí?

—No —Jordan bajó la mirada—. Un poco.

—Gracias por preocuparte. Aunque solo sea un poco.

Jordan lo miró y supo que era imposible seguir negando la evidencia. Cruzó la distancia que los separaba y lo rodeó con sus brazos.

Al ver que Owen no le devolvía el abrazo se quedó desconcertada y herida. Tal vez no actuaba correctamente abrazando al príncipe en público.

Owen la miraba fijamente. Un nervio le palpitaba en la mejilla.

—Por favor, no seas como los demás —musitó.

—¿Qué quieres decir?

—Cualquiera puede amar a un príncipe, Jordan. Pero debajo no hay más que un hombre como los demás, frágil y vulnerable.

Jordan lo miró boquiabierta.

—Necesito una mujer que me conozca y me ame por mí mismo —continuó Owen.

Jordan comprendió que le estaba invitando a amar al hombre y no al príncipe.

—Alteza, el coche ha llegado.

—Gracias —dijo Owen. Alargó la mano hacia Jordan. En aquel momento, un fotógrafo disparó su cámara.

Owen frunció el ceño.

—Ahora no, por favor —dijo, pero vio que el fotógrafo hacia una mueca y lo

ignoraba.

Miró a Jordan con tristeza al tiempo que la ayudaba a entrar en el coche.

—Como ves, mi vida no es envidiable.

Subió al coche junto a ella y se quedó dormido al instante. Su cabeza se deslizó hasta quedar apoyada en el hombro de Jordan y ella le acarició el pelo y la mejilla.

Era una persona de carne y hueso que necesitaba poder mostrarse frágil y vulnerable. ¿Tendría ella el valor suficiente como para amar al hombre que palpitaba bajo la figura del príncipe?

La prensa decidió contestar aquella pregunta sin darle tiempo a reflexionar. A la mañana siguiente, tras llamar a su puerta, Owen entró en su dormitorio.

—Siento mucho despertarte tan temprano, pero quería estar contigo cuando vieras esto.

La fotografía de Owen besando a la niña a la que había puesto la diadema aparecía en la primera página de docenas de periódicos internacionales. Pero muchos de ellos también incluían otra. Una imagen espantosa de una joven con delantal y el pelo revuelto, asomándose a la ventanilla de un carruaje con una sonrisa estúpida. En algunas de las fotografías del rescate, la habían rodeado con un círculo blanco. El pie de una de ella decía: «*La Bella y la Bestia*». Y no cabía duda de que no se referían a ella como la *Bella*.

Ojeó los periódicos. «La misteriosa amiga del Príncipe; ¿El amor secreto del Príncipe?» En los artículos se especulaba sobre su identidad y su relación con Owen. Todos ellos mencionaban lo poco adecuada que parecía y en algunos hablaban de ella con muy poca delicadeza.

Owen se había sentado al pie de la cama, aparentando leer los periódicos, pero Jordan intuyó que estaba pendiente de su reacción y esperando que dijera algo. ¿Tendría miedo a que se echara a llorar como la protagonista de un culebrón televisivo?

—Lo siento —dijo él—. No debería haber consentido que vinieras.

—Intentaste protegerme —le recordó ella—, pero no quise escucharte. Lo demás no tiene importancia. ¿Te avergüenza que te hayan visto conmigo?

—¿Avergonzarme? Lo único que me preocupa es que esas víboras te hagan daño.

Jordan lo contempló un instante y dejó caer los periódicos al suelo. No podía seguir luchando. Daba lo mismo lo que la prensa dijera de ella. Ser madre soltera en una pequeña comunidad conservadora le había enseñado a que la dignidad era algo que uno guardaba en su interior y que nadie podía tocar desde fuera. Lo único que la perturbaba de los artículos era que se hacían la misma pregunta que ella ¿Era la mujer que el príncipe necesitaba, su amor secreto? ¿En qué iba a acabar todo? ¿Cómo quería que acabara?

Estaba cansada de luchar contra sus sentimientos. Cerró los ojos para intentar aclarar sus ideas. ¿Cómo podría descubrir qué era lo que sentía verdaderamente?

Y de pronto supo que para averiguarlo, tenía que hacer lo que siempre decía a sus

chicas que no hicieran.

—Owen —dijo con firmeza—, cierra la puerta y ven a besarme como solías hacerlo en el pasado.

Capítulo 7

Owen no estaba seguro de haber oído correctamente. Miró a Jordan y pensó que estaba preciosa, como una niña recién despertada, con las sábanas enrolladas, el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas y el pijama descolocado.

Se trataba de un pijama de franela, práctico y cálido, abrochado hasta arriba, muy distinto al que utilizaría una mujer que estuviera viviendo un apasionado romance en Connecticut. O una mujer capaz de ordenar a un hombre que cerrara la puerta y la besara.

Pero Owen reconoció el brillo de los ojos de Jordan y su significado. Fue a cerrar la puerta, retiró los periódicos que quedaban en la cama y se tumbó junto a ella. Era como volver a casa después de mucho tiempo. Se volvió hacia ella decidido a devorar su boca tal y como solía hacer en el pasado. Pero al mirarla a los ojos vio que tenían una expresión sombría y preocupada y se dio cuenta de que estaba asustada.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, retiró la mirada de sus tentadores labios, la tomó de la mano y le acarició los nudillos y la palma.

—Esta habitación me recuerda al dormitorio de tu apartamento —comentó.

—Era espantoso, ¿te acuerdas? —respondió ella, y apoyó la cabeza en su hombro.

Owen se recordó que tenía que actuar con cautela. No había prisa ni urgencia. Tenían toda una vida por delante.

—A mí no me parecía espantoso —dijo—. Allí aprendí que la magia de un espacio no tiene que ver con cómo esté decorado, si no con la gente que lo habite. El sitio más espantoso puede convertirse en el paraíso.

—Llévame al paraíso —musitó Jordan—. Lo he echado tanto de menos.

Owen se sintió aliviado al descubrir que, al menos en aquel aspecto, el prometido de Jordan no había logrado sustituirlo. Y aunque era un consuelo pequeño, no pudo evitar alegrarse.

En el pasado, cuando por primera vez atisbo el paraíso, resistió la tentación de pensar que la vida pudiera ser una sucesión de días llenos de alegría y pasión.

Pero el destino le concedía una segunda oportunidad y ya no podía dejar de imaginar cómo sería vivir junto a Jordan y perderse en ella hasta olvidar el mundo exterior. De haber sido un hombre como los demás, hubiera bastado con expresar sus sentimientos y pedirle que se casara con él para construir un futuro juntos. Pero no lo era.

Jordan le besó una oreja y deslizó la lengua en su interior.

—¿Por qué no te abalanzas sobre mí? —musitó—. ¿Te desanima que en la prensa digan que soy un adefesio y una vergüenza para el mundo de la moda?

Aunque la lengua de Jordan estaba consiguiendo que su temperatura se elevara, Owen replicó:

—Y eso que no te han visto en pijama.

—¡Es precioso! ¿De verdad es eso lo que te impide atacarme?

Owen se dio cuenta de que el «ataque» al que Jordan se refería y el que él estaba planeando eran de distinta naturaleza.

Por maravillosos que hubieran sido, no quería repetir los encuentros amorosos del pasado. Necesitaba sentir que entre ellos había un compromiso serio y definitivo. Y no podía dejarse llevar por un impulso del momento sin cerciorarse de que podía hacer planes de futuro.

Antes de ofrecerse a ella para siempre, tenía que hacer bien las cosas, siguiendo los cauces establecidos. No podía pedirle que se casara con él hasta asegurarse de que tenía permiso para hacerlo.

Y, por otro lado, no debía olvidar que ella planeaba casarse con otro hombre.

Jordan le pegó con la almohada.

—No estás haciendo ningún esfuerzo por seducirme.

Owen le devolvió el golpe, iniciando una batalla que no acabó hasta que los dos se quedaron sin fuerza.

—¿Recuerdas la noche que rompimos una almohada en tu dormitorio?

Owen la recordaba. Y también cómo había concluido.

—¿No vas a besarme? —susurró ella.

Cuando se inclinó hacia él con los labios entreabiertos. Owen descubrió cuánto había madurado. En el pasado todo había sucedido demasiado deprisa. Tenía que demostrarle que ya no era un joven impetuoso, que no volvería a estar con ella sin darle algo a cambio. Su alianza. Su nombre.

Retiró la sábana lentamente y la contempló. El pijama de franela resultaba tan seductor en ella como en otras mujeres la ropa interior más provocativa. Se deslizó hacia abajo y le acarició el dedo pequeño del pie.

—Voy a empezar aquí —dijo—, y a subir poco a poco hacia arriba.

—¡Tardarás tres días! —protestó Jordan.

—Esa es la idea.

Tres días. Eso les daría tiempo para charlar y a comunicarse, para buscar soluciones y suplicar a las altas jerarquías que le dieran permiso para casarse con quien deseara.

Besó su dedo pequeño y lo chupó. Jordan intentó apartar el pie, pero él la asió del tobillo y posó sus labios en la planta, donde sabía que no soportaba las cosquillas.

Jordan protestó y pataleó, hasta el punto que Owen temió acabar con un ojo morado.

—Date por vencida —sugirió, al tiempo que besaba y chupaba otro de sus dedos con ternura.

—¡No puedo creer que un príncipe me esté besando los pies! —dijo ella, jadeante.

—Esperemos que la prensa no se entere —bromeó él, al tiempo que mordisqueaba el tercer dedo y sentía que Jordan se estremecía. Aquel iba a ser un gran día.

Desafortunadamente, la puerta se abrió de golpe. Desde el secuestro, Owen vivía en constante alerta y, sin pensarlo dos veces, saltó de la cama dispuesto a enfrentarse al enemigo.

Whitney, vestida con un pijama rosa, despeinada, con un elefante de peluche en una mano y chupándose el dedo de la otra, los contemplaba fijamente desde el umbral.

—¿Qué haces, «Plíncipe» Owen? —preguntó, sacándose el dedo de la boca.

—Estaba enseñándole un juego a tu mamá.

Whitney aceptó la explicación y fue hasta la cama.

Owen la tomó en brazos y la sentó entre ellos dos. Whitney se acurrucó contra él.

—Jota-Jota también le hace eso.

Owen se tensó. Si Jota-Jota hubiera aparecido en ese momento, habría acabado con la nariz rota.

—No es lo que piensas —dijo Jordan, y rió.

Owen no podía contener su rabia. Sentía unos celos irracionales y le irritaba que Jordan no se diera cuenta de que le pertenecía y de que nadie más tenía derecho a tocarla.

—A mamá no le gusta. Dice que nunca sabes qué puede haber chupado antes.

Aquello sonaba aun peor.

—¿A ti te gusta Jota-Jota? —preguntó a la niña.

Whitney reflexionó.

—No tanto como Peaknuckle.

Peaknuckle. Era evidente que Jordan no había sido una santa aquellos cinco años.

Whitney mostró el gastado elefante que tenía en la mano.

—Este es Peaknuckle.

Owen se animó.

—Jota-Jota le hizo este agujero. Mamá dice que no fue a propósito, pero yo sigo enfadada con él.

A Owen le volvió la furia. Si tenía la oportunidad de conocerlo, Jota-Jota iba a acabar en el hospital.

—Mamá dice que solo es un bebé y que, cuando crezca, dejará de hacer pipí debajo de mi cama.

—¿Estás hablando de Justin Jason? —preguntó Owen, desconcertado.

Whitney asintió con solemnidad.

—Nuestro gato.

¡El hombre de Jordan era un gato! La miró a los ojos y ella le devolvió una sonrisa picara.

Entonces Owen comprendió que le había mentado para protegerse de las emociones que había sentido en el pasado y que tanto dolor le habían causado. O tal vez para ocultar sentimientos que nunca habían muerto.

La respuesta estaba en sus ojos. Jordan lo amaba. Le iba a conceder una segunda

oportunidad. ¿Lograría que también se la concedieran en su mundo? ¿Consentirían que viviera con su hija, que su vida fuera desde aquel momento tal y como era en aquel instante?

—¿Qué dirían los periódicos si te vieran en este momento? —preguntó Jordan, inquieta.

—El palacio es un lugar seguro. De aquí nunca surge ningún rumor.

Y era cierto. Pero desde el secuestro Owen ya no se sentía tan seguro como en el pasado, ya que, aunque excepcionalmente, algún miembro del servicio vendía información a la prensa.

—Menos mal. Sería insoportable saber que controlan todos tus pasos.

Owen se preguntó si con aquel comentario Jordan había querido insinuar que podría vivir allí.

No recordaba haber sido tan feliz en su vida, sentado en la cama de un dormitorio modesto junto a las dos mujeres más maravillosas del mundo.

—Mamá, Penwyck me gusta mucho —dijo Whitney de repente—. ¿Podemos quedarnos para siempre?

La niña acababa de adelantar la pregunta que Owen hubiera deseado hacer.

—No lo sé —dijo Jordan, acariciándole el pelo y evitando mirar a Owen.

Era una respuesta esperanzadora, pero él hubiera querido arrodillarse ante ella y transformar aquel «no lo sé» en un «sí» definitivo.

Sonó el teléfono. Jordan titubeó antes de contestar. Tampoco ella quería romper la magia del momento.

—¿Una llamada de América? Pásemela, por favor —dijo—. ¿Mamá? Perdona, no te oigo. ¿Que aparezco en la primera página del *Connecticut Chronicle*? ¿Que estoy espantosa? ¿Que tire ese delantal? Ni hablar, es con el que hago el *Éxtasis de Chocolate*. No mamá, no es un acto perverso. Es uno de los postres de tía Meg.

Jordan se miró las manos mientras escuchaba. Owen podía oír el murmullo excitado de su madre al otro lado de la línea.

—¿El príncipe? —Jordan le lanzó una mirada culpable—. Mamá, siempre me has dicho que no crea lo que leo en los periódicos, sobre todo en el *Chronicle*.

Owen pensó que si no quería sembrar el caos en la vida de Jordan, debía actuar con prontitud.

—Quiero hablar con la abuela —dijo Whitney.

Jordan le dio el auricular corno si le quemara.

—Hola abuelita. Tengo un pony «piecioso». Y el «Plíncipe» Owen está en la cama con mamá.

Jordan le quitó el teléfono.

—Mamá, deja de gritar. Whitney se refiere a su elefante, le ha cambiado el nombre. Lo siento, pero tengo prisa. Adiós.

Colgó y cerró los ojos.

—Mamá, has mentido —dijo Whitney, acusadora.

—Es verdad —añadió Owen, reprimiendo la risa.

Jordan le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Vas a volver a destrozar mi vida?

Owen decidió que si verdaderamente tenía la intención de casarse con ella, debía ponerse a trabajar. En primer lugar debía ir a ver a su madre.

De pronto se sintió descorazonado. ¿Y si no le daba permiso para casarse con Jordan?

Miró a Jordan y a Whitney y descubrió que si le prohibían casarse con la mujer a la que amaba desde los dieciocho años, se marcharía de Penwyck y nunca sería rey.

El alivio que sintió le demostró que esa era la consecuencia final de lo que había aprendido durante su cautiverio. No quería ser rey.

Pero aun así, primero debía intentarlo por los cauces reglamentarios.

—Tengo cosas que hacer —dijo.

—¿Cosas de «Plíncipe»? —preguntó Whitney.

—Sí.

—¿»Besal» a «plincesas»?

—Sí —dijo Owen, antes de inclinarse para besarla en la mejilla y a su madre en la boca —. La próxima vez que hables con tu abuela, díselo de mi parte —añadió.

Cerró tras de sí y oyó el golpe de una almohada contra la puerta. Sonrió. Nunca había sido tan feliz.

Cuando una hora más tarde entró a ver a su madre, la encontró tan elegante y majestuosa como siempre, pero con expresión de cansancio y preocupación.

Se aproximó a ella, tomó su mano y la besó con delicadeza. Ella hizo retirarse al servicio y se quedaron a solas.

A Owen siempre le había gustado la riqueza y el esplendor de sus dependencias, pero aquel día nada le parecía tan maravilloso como la modesta habitación de servicio en la que había pasado la mañana.

—Estoy orgullosa de ti, Owen —dijo la reina Marissa, en su habitual tono pausado —. Llevo recibiendo informes toda la mañana sobre cómo te comportaste en el accidente. Personalmente, hubiera preferido que no bajaras a la mina.

—Tenía que hacerlo.

Ella suspiró y le acarició la mejilla.

—Igual que tuviste que intentar escapar de tus raptores y luchar, cuando un grupo de hombres perfectamente entrenados iba a acudir a salvarte.

—Yo no soy Dylan —dijo él, y vio la expresión de tristeza que su madre no conseguía ocultar cada vez que mencionaba a su hermano —. No pienso las cosas como él. O como tú.

La Reina estudió su rostro.

—Los hematomas están desapareciendo. ¿Has utilizado la crema que te mandé?

Owen no estaba usando ninguna crema.

—La felicidad es el mejor remedio para todo —dijo, sonriendo.

Estaban dando rodeos al tema que debían tratar. Dylan siempre había sido un maestro de aquellas aproximaciones preliminares, mientras que él nunca llegaba a controlar su impaciencia.

—Me alegro de que seas feliz —dijo ella y, adoptando un tono de discreción, añadió —: He oído hablar del carruaje y del salteador de caminos. Debe ser una mujer muy especial.

Era la prueba de que si sabía que Jordan era la madre de su nieta, no sería ella la primera en mencionarlo.

Dylan hubiera obtenido la información que buscaba por medio de indirectas, pero Owen tenía un carácter más impulsivo.

—¿No la has traído a la isla para hacerme feliz, madre?

La Reina lo observó en silencio.

—¿Desde cuándo conoces su existencia? —preguntó él.

Ella suspiró profundamente.

—Owen, fuiste un ingenuo al creer que te dejaríamos ir a Norteamérica sin ningún tipo de seguridad.

—Ya me he dado cuenta —dijo él, cortante.

—Pretendíamos protegerte, no violar tu intimidad. Nunca te enteraste de que te seguían.

—¿Y te informaron de todo lo que ocurría? —preguntó él, furioso ante la confirmación de que los momentos más intensos de su vida habían sido grabados y registrados en un informe.

—Sí, Owen, lo siento mucho.

Owen tuvo la sensación de que su madre callaba más de lo que decía para evitar herirlo. ¿Pensaba que no le darían permiso para casarse con Jordan?

—¿Sabías que tenía una hija?

La reina titubeó.

—Sí —dijo, finalmente.

—¿Cómo has sido capaz de ocultármelo?

—Owen, ser un ingenuo a los dieciocho años es perdonable, pero a tu edad no. Sabes que la monarquía está siempre sometida a tensiones internas. Mi misión sagrada es proteger a la familia y al heredero al trono. A veces, para conseguirlo, tengo que tomar medidas que me desagradan. ¿Lo comprendes?

—Me has ocultado que tenía una hija. Sabías que Jordan se ha sacrificado para criarla, que ha tenido que renunciar a sus sueños...

—Owen, comprendo que estés enfadado. Pero recuerda que nuestros enemigos han entrado en el palacio y te han secuestrado a pesar de que disponemos de uno de los servicios de seguridad mejor preparados del mundo. Mientras, tu hija vivía en Estados Unidos sin ninguna protección. ¿No era más seguro que nadie, ni siquiera tú, supiera de su existencia?

—Si me lo hubieras dicho, las habría traído aquí, a mi lado.

—Es posible —admitió ella—. Pero no era el mejor momento para que el pueblo de Penwyck supiera que tenías una hija con una mujer americana.

—Porque eso habría puesto en peligro mis posibilidades de ser rey —adivinó él, con frialdad. El brillo de los ojos de su madre volvió a indicarle que ocultaba más secretos—. ¿Y por qué ahora es un momento apropiado? Es evidente que no las habrías traído si siguiera pareciéndote que perjudicaban la imagen de la gran familia real.

Owen percibió que luchaba consigo misma. Gracias a su capacidad de estrategia había sobrevivido a las numerosas intrigas de palacio, siempre jugando bien sus cartas y no mostrándolas hasta el momento preciso.

Él no compartía aquella capacidad ni con ella ni con Dylan. A él le perturbaban los juegos y manipulaciones, las partidas de ajedrez con personas de carne y hueso.

—Era el momento adecuado para hacerles venir.

—¿Y crees que tienes derecho a tomar decisiones por mí y a jugar con mi vida? —Owen nunca había hablado a su madre con tanta osadía.

—Espero que algún día lo comprendas, Owen.

—He perdido cuatro años de la vida de mi hija, sus primeros pasos, sus primeras palabras. He abandonado a Jordan cuando más me necesitaba. Yo no lo sabía, pero tu sí.

—Espero que algún día lo comprendas, hijo mío —repitió ella.

—¿Y si te pidiera permiso para casarme con Jordán?

—Te lo concedería —dijo ella, sin titubear.

Owen intentó disimular su desconcierto. No comprendía el comportamiento de su madre.

—¿Por qué?

—Owen, las conspiraciones que llevan veinticinco años preparándose están a punto de salir a la luz. Pronto descubrirás cuánto te debo. Pretendo pagarte la deuda que he contraído contigo proporcionándote la felicidad.

—Puesto que no puedes devolverme lo que me arrebataste, no me debes nada, madre —dijo Owen, preocupado por la expresión angustiada de la reina.

—Te lo debo todo —dijo ella, con una sonrisa enigmática—. Estoy ansiosa por conocer a mi nieta. ¿Crees que ella y la señorita Ashbury querrán almorzar conmigo mañana?

—Whitney todavía no sabe que soy su padre.

—Confía en mi discreción.

Y Owen sabía que podía confiar en ella. Su madre guardaba todos los secretos de la familia. Y los conservaba hasta que tenía que utilizarlos.

Había pensado que no podría perdonarle que le hubiera robado los primeros años de la vida de Whitney pero, al verla, comprendió que acarreaba el peso de demasiadas responsabilidades y que su rostro estaba surcado por líneas de

preocupación. Había pagado un precio por ser la depositaria de tantas intrigas. Como lo pagaría él cuando se convirtiera en rey y tuviera en sus manos el poder de decidir entre la vida y la muerte, entre la guerra y la paz.

Cada vez estaba más convencido de no querer ocupar ese cargo.

—Owen, eres demasiado joven para preocuparte tanto —dijo su madre, como si le hubiera leído el pensamiento—. Disfruta del amor. Y por favor, consíguele un vestido para el baile que la haga lucir en todo su esplendor; espero que así esos estúpidos de la prensa se den cuenta de que han estado ciegos.

—¿Un vestido? —preguntó él—. ¿Cuánto tardan en hacer uno?

Su madre sonrió.

—Estoy segura de que Anastasia podrá dejarte alguno. Ella y la señorita Ashbury son de la misma talla.

—Gracias, madre.

—Por cierto, Owen, he oído lo que la señorita Ashbury hizo ayer en la mina. Su humildad muestra que posee una gran fuerza interior. Has elegido bien.

La aprobación de su madre le hizo sonrojar. Pero solo al separarse de ella se dio cuenta de que lo más desconcertante era que se había tratado de un halago sincero.

No conseguía comprender qué era lo que le llamaba tanto la atención. Recordó las numerosas ocasiones en que lo había halagado en público, delante de Dylan, sin dedicarle a este ni una palabra de aliento.

Frunció el ceño.

¿Habría actuado su madre premeditadamente al subestimar las virtudes de Dylan? Owen la amaba, pero sabía que era una mujer calculadora, que no hacía nada espontáneamente. ¿Significaba algo que nunca hubiera prestado atención a su otro hijo?

Owen ahuyentó aquellos pensamientos de su mente. Las intrigas de palacio le daban dolor de cabeza.

Fue a buscar a su hermana.

—¿Primero una diadema y ahora un vestido? —preguntó Anastasia, haciéndole pasar—. ¿Qué te ocurre, Owen?

—Nada.

Ella rió.

—Todo el palacio habla de tu aventura de ayer con la ayudante de cocina.

—No la llames ayudante de cocina. No sabes nada de Jordan Ashbury.

—Owen, estaba bromeando.

—¿Y el vestido? —preguntó él, malhumorado.

—¡Owen, te estás ruborizando! Nunca hubiera creído que pudieras ser romántico. Después de salir contigo, Charlotte Hendron me dijo que eras un insensible.

—Ella era una aburrida. No soporto a las candidatas de la realeza que me han presentado.

—Hace años que vuelven a sus casas llorando.

—Anastasia ¿serías tan amable de dejarme un vestido sin aprovechar para darme una lección?

—Háblame de ella —suplicó su hermana—. Me cuesta creer que todo haya sucedido tan deprisa.

—La conozco hace tiempo —respondió él, incómodo.

—¿Hace tiempo? Es imposible. Yo lo sé todo sobre ti.

—Tal vez no. Conocí a Jordan el verano que pasé en California.

Su hermana lo miró con severidad.

—¿Quieres decir que ella es la causa de que rechazaras a todas las mujeres que intentaban acercarse a ti? ¡Dios mío, Owen, estás enamorado! —Anastasia cambió de actitud radicalmente —, ¿Ella siente lo mismo por ti?

—Espero que sí, pero le he hecho demasiado daño, tal vez irreparable.

—Vamos. Tenemos que encontrar un vestido que le ablande el corazón.

Owen la siguió a su dormitorio. Era la segunda ocasión en un mismo día que la riqueza del entorno le resultaba hueca.

—Elige el que quieras —dijo Anastasia a la vez que abría un armario inmenso.

Owen fue mirando los vestidos de uno en uno. Recordaba a Anastasia vistiéndolos y estaba seguro que no eran el estilo de Jordan. Demasiado llamativos.

—¿Este? —Anastasia le mostró un vestido negro.

Al hacerlo, golpeó sin querer una caja que quedó abierta.

Los dos se quedaron mirándola. Dentro había un vestido de seda color marfil. Era largo, con el cuerpo ceñido y una falda vaporosa. Era sencillo pero extremadamente elegante.

—No me lo he puesto nunca —dijo Anastasia—. Lo compré, pero cuando llegué a casa no me gustó —arrugó la nariz—. No se lo digas a mamá o me dedicará una de sus lecciones sobre princesas caprichosas.

—La tendrías bien merecida —Owen rozó el vestido con la punta de los dedos—. *Cenicienta* —musitó—, prepárate para el baile.

—Es un vestido de cuento —dijo Anastasia—. Le va a quedar maravillosamente —miró a su hermano y susurró—. ¿Vas a pedirle que se case contigo?

Owen la miró sin ocultar su sorpresa.

—Sí.

—¿Has hablado con nuestra madre?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Que me da su bendición.

Su hermana lo observó entornando los ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

Owen cerró la caja mientras esquivaba su mirada. De pronto Anastasia lo miró con ojos muy abiertos.

—Debía haberlo adivinado.

—¿Qué?

—Eres el padre de la niña, ¿verdad? Es igual a ti.

—Confío en tu discreción, hermana

—¿Hasta cuándo? Sabes que no soporto guardar secretos.

—Voy a proponerle matrimonio la noche del baile.

—¡Qué romántico! ¡Soy tan feliz! Y además tengo una sobrina preciosa. ¿Vivirás con ella en el palacio? Por supuesto. Ahora que madre la ha encontrado, no la dejará marchar.

—Sí. Tengo la intención de que se quede en Penwyck y de no perderme un solo día de su vida. Quiero ser su padre.

Capítulo 8

—Y además tengo una sobrina preciosa. ¿Vivirás con ella en el palacio? Por supuesto. Ahora que madre la ha encontrado, no la dejaré marchar.

—Sí. Tengo la intención de que se quede en Penwyck y de no perderme un solo día de su vida. Quiero ser su padre.

Jordan se quedó petrificada tras la puerta entreabierta. ¡Y pensar cuánto le había alegrado reconocer la voz de Owen! Se había perdido por los pasillos del palacio y, aunque suponía que acabaría encontrando la salida por sí misma, había pensado que era una excusa perfecta para encontrarse con él por sorpresa, para ver su cara y sus labios, para rozar su piel.

Eran ideas absurdas, pero hacía apenas unos segundos se había dejado llevar por ellas.

Un rato antes, tía Meg había aparecido en su dormitorio dominada por el pánico para rogarle que buscara a lady Gwendolyn.

Al hacerlo, se había perdido y durante un buen rato se había divertido recorriendo los corredores, contemplando los magníficos objetos que los decoraban y riéndose de las miradas severas que le dirigían los caballeros de los retratos. Hacía apenas unos segundos el mundo le parecía un lugar nuevo que podía explorar con el corazón lleno de esperanza.

Y de pronto huía de aquella puerta, espantada, sintiendo que se ahogaba.

«Ahora que madre la ha encontrado, no la dejaré marchar».

Corrió precipitadamente, atravesó una sala que desconocía, bajó unas escaleras. Finalmente, abrió una puerta que conducía al exterior y descubrió que estaba cerca del jardín en el que había merendado con Owen.

Atravesó el arco de entrada. Las ramas con hojas de colores habían desaparecido. Las sillas y las mesas seguían en el mismo lugar, pero sin mantel ni cojines. Ya no parecía un escenario de cuento de hadas, sino un jardín vulgar a punto de entrar en el letargo del invierno.

Se sentó en una silla. ¿Cómo había permitido que Owen le hiciera cambiar su primera impresión de que nada era real? ¿Cómo había llegado a confiar en él?

Una vez más había caído presa de sus ojos azules, de su sonrisa cautivadora, de la infantil manera en la que se soplaba el flequillo de la frente. Había dejado que el deseo que despertaba en ella cada vez que se encontraban en una misma habitación nublara su mente. Y Owen había aprovechado para arrastrarla más y más hacia su mundo.

Por la mañana, la había seducido hasta lograr que se rindiera, hasta hacerle creer en la posibilidad de que un príncipe pudiera amar a una mujer normal, a una ayudante de cocina de Wintergreen, Connecticut. Por primera vez en años había creído que podía ser feliz y amar de nuevo.

Pero de pronto veía con claridad cuánto se había engañado. Owen no la había

amado nunca o habría hecho lo posible por ponerse en contacto con ella. No. Él y su familia habían descubierto que existía Whitney y por eso las habían hecho ir a la isla. ¡Querían robarle a su hija!

No le cabía duda de que habían ordenado a Owen que la convenciera y él se había limitado a cumplir su misión.

No quería pensar en el accidente de la mina, en el apoyo y el afecto que le había visto repartir entre sus súbditos. Después de todo, era un príncipe y esa era su labor. Había sido estúpida al dejarse engañar por su comportamiento.

En un ataque de pánico, se dio cuenta de que tenía que buscar a su hija y llevársela lejos de allí. Tenía que ir a alguna parte donde pudiera pensar con claridad y eso significaba alejarse de Owen. Volver a casa.

Wintergreen. Su dormitorio, su vida, con Jota-Jota como única compañía.

Se dijo a sí misma que tenía que pensar. ¿Cómo lograría escaparse? Se pasó la mano por la cara con brusquedad para secarse las lágrimas. No estaba dispuesta a mostrarse débil.

Un hombre joven y atractivo, vestido con un mono y empujando una carretilla entró en el jardín y la miró sorprendido.

—Lo siento, señorita, no pretendía molestarla —hizo ademán de alejarse, pero se detuvo para mirarla con más atención—. ¿Se encuentra bien?

—No —dijo ella, con voz temblorosa—. ¿Tienes coche?

—¿Perdón?

—¿Puedes dejarme un coche? Tengo que ir a la ciudad a comprar unos ingredientes para el banquete. He olvidado las setas chinas —dijo lo primero que se le ocurrió—. Si no las consigo, van a despedirme.

El joven la miró dubitativo así que Jordan comenzó a llorar. Tal y como había calculado, la famosa aversión masculina a las lágrimas hizo que el joven sacara las llaves del bolsillo de inmediato.

—Es un Mini rojo destartado. Está en el aparcamiento de servicio, señorita.

—Muchas gracias.

Jordan se sentía estúpida. ¿Cómo había podido creer que un príncipe pudiera estar enamorado de ella? La única excusa era que Owen conocía todos sus puntos débiles y había sabido cómo utilizarlos.

¿Cómo era posible que alguien fingiera tan bien? Por un instante se vio asaltada por la duda, pero se recordó que no tenía tiempo para pensar. Ya reflexionaría todo lo que hiciera falta cuando estuviera en Wintergreen.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al joven. Tenía que dar instrucciones en el aeropuerto para que le devolvieran el coche.

—Ralph Miller —dijo él.

El amigo de Trisha. Ojalá ellos fueran felices en aquella isla donde la ficción y la realidad se confundían hasta hacerse indistinguibles.

—Espero que estéis tomando precauciones —dijo, y a pesar de la mirada

desconcertada que él le dirigió, Jordan se sintió mejor. Estaba recuperando su personalidad protectora y maternal. La que no se dejaba engañar por una sonrisa cautivadora.

Salió del jardín precipitadamente hacia su dormitorio. Debía recoger lo más imprescindible para no despertar sospechas. Sería absurdo ir a comprar setas con una maleta llena. Finalmente decidió llevarse el bolso y los pasaportes. No necesitaban ropa. Fue al dormitorio de Whitney y metió a Peaknuckle en el bolso.

Con el corazón en la boca, confiando en no ser vista, corrió hacia los establos. Whitney montaba a Tubby. Estaba empeñada en hacerlo trotar.

—Whitney, cariño, tengo que ir a la ciudad. ¿Vienes conmigo?

—¡No! —su hija frunció el ceño y clavó los talones en el pony.

—Puedes montar más tarde —¿le perdonaría Whitney tantas mentiras?

—¡No! ¡Quiero «tlotar»!

En cualquier otra circunstancia, Jordan se hubiera divertido al ver la determinación de su hija, pero en aquel momento, sin mediar palabra y ante los atónitos ojos de Trisha y del joven que estaba dando lecciones de equitación a Whitney, la tomó en brazos y la obligó a bajar.

—Vamos a la ciudad —dijo con firmeza—. Tienes que acompañarme.

—No quiero —protestó Whitney.

Jordan temió que le diera una pataleta.

—Tienes que venir conmigo —pensó a toda prisa y, adoptando un falso tono de entusiasmo, añadió—: Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una «solplesa»?

Jordan tuvo una inspiración.

—Un elefante. Vamos a ver un elefante de verdad.

—¿Un elefante?

Jordan se dijo que la llevaría a un zoológico en Connecticut, que conseguiría recuperar su confianza, por lo en aquel momento tenía que hacer lo que fuera para sacarlas de allí.

Se dio cuenta de que Trisha la escuchaba atentamente.

—¿Por qué llevas a Peaknuckle? —preguntó Whitney al verlo en el bolso.

Jordan pensó deprisa. Era espantoso comprobar la facilidad con la que uno podía inventar una mentira tras otra.

—He creído que también a él le gustaría saludar al elefante.

—¿Un elefante? —preguntó Trisha, incrédula.

Whitney sonrió y tomó la mano de Jordan. Esta sonrió a su vez. Por fin podrían abandonar Penwyck discretamente.

—No tardaremos —dijo con la mayor naturalidad posible.

—Vuelva antes del almuerzo. Tengo entendido que van a comer con la Reina —dijo Trisha.

—¿Yo?

—Me han dicho que vista a Whitney. Han mandado un vestido.

Jordan se quedó paralizada. Así que invitaban a su hija a comer con la reina y a ella no. Estaba claro que pretendían distanciarla de Whitney y para ello le enviaban un vestido apropiado para una princesa y no para la hija de una ayudante de cocina.

—Volveremos con tiempo suficiente —mintió.

Subieron al coche. Al arrancarlo, el motor ronroneó unos segundos antes de calarse. Lo arrancó de nuevo, metió la marcha atrás y, al acelerar, volvió a calarse.

Jordan apoyó la frente en el volante y rezó. Alzó la mirada. Al ver que Ralph y Trisha la observaban con cara de preocupación y comentaban algo, forzó una sonrisa y los saludó alegremente con la mano antes de conseguir poner el coche en movimiento.

Después de equivocarse en un par de cruces, encontró la carretera que conducía al aeropuerto. La salvación estaba cada vez más cerca.

Haciendo un esfuerzo por ocultar la preocupación que sentía, aparcó el coche, ayudó a bajar a Whitney y corrió hacia el edificio. Al entrar, buscó el mostrador de información. Tenía que averiguar cuándo partía el siguiente vuelo a Estados Unidos.

—Mamá, ¿dónde está el elefante?

—Para verlo tenemos que subir al avión.

La chica que atendía el mostrador la miró desconcertada.

—Perdone, ¿señorita Ashbury?

Jordan se volvió y reconoció al hombre de seguridad rubio y atractivo con el que había hablado en la mina.

¡Y pensar que aquella noche le había angustiado la posibilidad de que la mina se derrumbara sobre el hombre que pretendía quitarle a su hija!

—Soy Peter Webster, del servicio de seguridad del palacio. ¿Le importaría acompañarme?

Su amabilidad no engañó a Jordan.

—No, voy a subirme en el próximo avión —le dio la espalda—. Por favor, dos billetes para...

La joven los miró sin saber qué hacer, hasta que Webster le enseñó su placa de identificación.

—Lo siento —dijo, y dejó el mostrador.

—¿Dónde está el elefante? —protestó Whitney.

Webster parecía incómodo.

—Lo siento, pero no puede marcharse de la isla.

—¿Porqué?

—Cumpló órdenes de la familia real.

—No trabajo en el palacio —Jordan se irguió—. Soy una ciudadana americana y nadie puede retenerme aquí en contra de mi voluntad. Si lo intenta, le denunciaré a usted, al príncipe Owen y...

El teléfono móvil de Webster sonó y este levantó un dedo para pedirle que

esperara.

—Sí, señor. Estoy con ella. En seguida volvemos al palacio.

Jordan se mordió el labio y lo miró furiosa, pero él no se inmutó.

—¿Dónde está el elefante? —gritó Whitney.

—Calla, cariño —Jordan respiró profundamente. Por más que quisiera rebelarse, su primera obligación era no alterar a su hija. No quería asustarla—. Tendremos que verlo otro día.

—¿Porqué? —gimoteó Whitney.

—Porque lo dice este señor.

Whitney miró a Webster y, tomando impulso, le dio una patada en la espinilla.

—¿Puedo volver a montar a Tubby? —preguntó, después de haberse desahogado.

—Claro que sí —dijo Jordan.

Webster hizo una señal para que lo siguieran y Jordan obedeció, caminando con la barbilla alta y gesto orgulloso a pesar de que se sentía como una prisionera.

Fuera del aeropuerto esperaban tres coches del servicio de seguridad y media docena de agentes. Jordan le dio las llaves del coche a uno de ellos.

—Hágaselas llegar a Ralph Miller —dijo.

Y se metió en uno de los coches, con Whitney sobre el regazo y Webster a su lado.

El príncipe las esperaba a la puerta del palacio con una expresión severa y malhumorada. No quedaba rastro del hombre alegre y divertido que había jugueteado con sus pies por la mañana. Pero a Jordan no la sorprendió. Después de todo, no había sido más que una magnífica interpretación.

Salió del coche con aire ofendido.

—Hola «Plíncipe» Owen. Este señor no nos ha dejado ver el elefante.

Owen no hizo el menor esfuerzo por ocultar la furia que sentía. Le brillaban los ojos y apretaba la mandíbula.

—Ya te llevaré otro día —dijo.

—Ni lo sueñes —replicó Jordan.

Owen miró a Whitney y Jordan se avergonzó de no haber tenido más cuidado con lo que decía. Él hizo una seña y Trisha apareció para llevársela.

—¿Dónde van? —preguntó Jordan.

Owen la miró enfadado.

—A vestirla para ir a comer con mi madre, que es lo que deberías estar haciendo tú.

—Nadie me ha invitado —dijo Jordan, ofendida.

—Recibiste una invitación, pero he encontrado el sobre sin abrir en tu dormitorio. Fui a buscarte cuando Ralph me contó una historia inverosímil sobre unas setas y una amenaza de despido.

—¿Tu madre me ha invitado a comer? Creía que solo iría Whitney.

—¿Por qué iba a invitar solo a Whitney?

—No te hagas el inocente, Owen. Tal vez puedas engañar a los demás, pero yo sé de lo que eres capaz.

—No entiendo de qué me estás hablando.

—¡Te oí hablar con tu hermana y decirle que querías quedarte con Whitney! Ella dijo que vuestra madre no la dejaría marchar ahora que la había encontrado —exclamo Jordan y, a pesar de sus esfuerzos por no llorar, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Jordan —dijo Owen con dulzura, al tiempo que la rodeaba con sus brazos.

—¡No me toques! —protestó ella, pero contradujo sus palabras abrazándose a él. ¿Por qué su corazón parecía tomar decisiones que su mente rechazaba? ¿Por qué le hacía creer que podía confiar en Owen?

—Escuchaste una parte de una conversación más larga. Jamás os separaría a Whitney y a ti. Jamás.

—Y para que Whitney se quede estás dispuesto a retenerme en contra de mi voluntad.

—No te retendré si tú no quieres.

—Ya lo has hecho —replicó ella furiosa, pero sin separarse de él, como hubiera debido hacer si hubiera sido la mujer fuerte que quería ser.

—Tu servicio de seguridad debe protegerte.

—¿Mi servicio de seguridad? —repitió Jordan—. ¿Tengo servicio de seguridad?

—Sí. Webster está al mando. Es mi hombre de confianza.

—¿Y por qué tengo servicio de seguridad?

—Incluso antes de que tu nombre apareciera en los periódicos, los hombres que me raptaron sabían cómo te llamabas y parecían interesados en ti. Eso te hacía vulnerable.

—¿Por qué sabían mi nombre?

Owen, avergonzado, apartó la mirada.

—Porque lo pronuncié en sueños —dijo, con dulzura.

Jordan se quedó mirándolo. ¿Podía estar mintiendo? ¿Sería tan buen actor como para improvisar aquella excusa? ¡Había pronunciado su nombre en sueños!

—¿Está Whitney a salvo? —preguntó, sintiendo una súbita preocupación.

—Por supuesto. Las dos estáis siendo protegidas permanentemente.

—¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

—Un buen servicio de seguridad es invisible.

Jordan estaba aceptando la explicación. Parecía tan verosímil. Pero no debía, no podía dejarse convencer.

—Eso no significa que no oyera la conversación entre tu y tu hermana.

—Estamos haciendo esperar a la Reina y eso es imperdonable. Después de comer hablaremos de lo que creíste oír. Si a pesar de todo sigues queriendo marcharte —Owen se encogió de hombros, como si no le importara—, no te detendré.

Jordan sintió una rabia irracional ante la facilidad con la que Owen parecía poder

prescindir de ella.

—No pienso ir a comer con tu madre.

—Jordan —Owen le dedicó una sonrisa tensa—, puedes librarte de mí, pero nadie rechaza una invitación de la reina.

Jordan tuvo la tentación de ser la primera, pero la curiosidad fue mayor que su orgullo. Estaba demasiado cansada para seguir peleando. Y quería creer que Owen la había llamado en sueños.

Una hora más tarde, con su mejor vestido negro, Jordan, Owen y Whitney entraron en el comedor. Whitney llevaba un lazo en el pelo y un vestido blanco que dejaría de serlo en cuanto empezara a comer. Owen vestía unos pantalones planchados y una camisa, informal pero elegante.

La reina Marissa recibió a Whitney con entusiasmo y la niña disfrutó de ser el centro de atención. Jordan estaba cansada y malhumorada, y se limitó a ser todo lo educada que pudo.

La reina los desconcertó a todos al acabar el almuerzo.

—Hijo —dijo—, ¿por qué no llevas a Whitney a la perrera? Creo que hay una nueva carnada de cachorros.

Owen la miró desconcertado, pero obedeció.

Jordan esperó en silencio después de que se fueron. Le hubiera gustado que la reina no le cayera bien, pero no lo logró. Era una mujer agradable y cálida, con una dulzura en la mirada que despertaba confianza.

—Quiero agradecerle su colaboración en la mina, señorita Ashbury. ¿O puedo llamarla Jordan? —tras el asentimiento de esta, continuó—. Me han contado que trabajaste en la cocina y ayudaste a todo el mundo.

—¿Le cuentan todo?

La reina sonrió.

—Casi todo.

—Entonces sabrá que he intentado abandonar la isla.

—Sí. ¿Te gustaría contarme por qué?

Jordan le habló de la conversación que había escuchado.

—¡Querida, cómo has podido pensar que pretendíamos robarte a tu hija! Es evidente que oíste parte de una conversación más larga.

Era imposible no creer a una mujer cuyos ojos brillaban con una luz interior de firmeza y honestidad.

—Claro que me gustaría formar parte de la vida de mi nieta —dijo la reina, quedamente—. Pero nunca te retendría en contra de tu voluntad.

Jordan suspiró profundamente.

—Ya no sé qué creer.

—Lo cierto es que no has sabido qué creer desde que él se marchó hace cinco años, ¿verdad?

Jordan la miró atónita.

—No hay nada más difícil de recuperar que la confianza —continuó la reina—. Lo sé. Mi hermano fue asesinado hace muchos años. Aquel acontecimiento me cambió la vida como a ti te la cambió la desaparición de Owen.

—Sí —era la primera vez que Jordan se sentía comprendida.

—Sé que puede sonar tópico, pero los golpes de la vida enseñan muchas cosas. De mi pérdida yo aprendí a valorar y disfrutar de las cosas mientras las tengo.

—Supongo que yo también aprendí algo —admitió Jordan—. Pero no sé qué.

La reina sonrió.

—En unos tiempos en los que domina el egoísmo, aprendiste a ser generosa, tu hija se convirtió en lo más importante para ti. Y tengo entendido que ayudas a madres solteras. Esa es la principal prueba del carácter de una persona, ser capaz de superar las crisis convirtiéndose en alguien mejor, y no en un ser miedoso y cínico.

Jordan se sintió avergonzada. Se había sentido miedosa y cínica en más de una ocasión, y tal vez había intentado huir movida más por el temor que por la conversación que había oído.

—Creo que tengo miedo de amarlo —dijo, ruborizándose.

La reina sonrió con dulzura.

—¿Me permites que comparta contigo algo que la vida me ha enseñado?

—Por favor.

—Utilizamos la palabra «amor» por conveniencia, pero en mi experiencia, el amor incluye sentimientos muy distintos. En parte es pasión, intensidad y aventura. Pero a medida que pasan los años hay un componente del amor que está por encima de todos los demás.

Jordan contenía la respiración como si fuera a descubrir el secreto del universo.

—Y ese componente —continuó la reina pausadamente—, es la capacidad de perdón. Al principio creemos que nuestro amado es perfecto, pero lo cierto es que nadie lo es. Y así, con el paso del tiempo, nuestra idea de perfección va siendo sustituida por algo más realista y descubrimos que aquellos a los que hemos puesto en un pedestal tienen defectos y debilidades. Amar verdaderamente —siguió la Reina—, es conocer a la persona en su totalidad y perdonar sus imperfecciones, lo que los hace humanos. El perdón eleva el amor a una dimensión en la que dejamos de querer al otro porque satisface nuestras necesidades afectivas y pasamos a amar a un ser de carne y hueso. Es entonces cuando en lugar de pedir lo que queremos es dar. Para mí es como si el amor, al crecer, abandonara las ilusiones infantiles para convertirse en algo de verdad. Hace muchos años, en California —dijo la reina, con dulzura—, te enamoraste de un hombre que se convirtió en tu príncipe, fue un amor de cuento de hadas. La cuestión es si ahora eres capaz de amar al príncipe que, en el fondo, no es más que hombre.

—Por eso quería irme a casa —confesó Jordan—. Me siento tan confusa que no consigo encontrar la respuesta.

—Puedes marcharte si lo deseas —dijo la reina—. Basta con que me lo digas para

que avise al servicio de seguridad. Pero me gustaría decirte algo. Nunca he conseguido solucionar un problema huyendo de él. Claro que tampoco he conseguido resolverlo cuando me he empeñado en ello.

—¿Entonces?

—¿Por qué no te limitas a esperar —dijo la reina— a que la respuesta te busque a ti?

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará.

—Tiene razón —dijo Jordan—. Puede que no sea correcto decírselo, pero tengo la sensación de conocerla desde hace mucho tiempo y de que puedo confiar en usted.

La reina pareció emocionarse.

—Me siento honrada, querida, pero también tengo muchos defectos. Y también yo necesito que el perdón forme parte del amor, especialmente en el futuro más inmediato.

Cuando finalmente Jordan salió del comedor, Owen la estaba esperando.

—Has tardado mucho. ¿De qué habéis hablado?

—¿Dónde está mi hija? Se supone que estás cuidando de ella.

—Está echando la siesta. ¿Se puede saber de qué habéis hablado mi madre y tú todo este rato.

—¿Te sorprende que sea capaz de hablar con una reina?

—¿Te han dicho alguna vez que tienes más pinchos que un puercoespín?

—Sí, me lo dijiste tú. El segundo día que quedamos. Tu madre, en cambio, me ha encontrado encantadora. Tengo permiso para marcharme de la isla —Jordán deseaba que Owen le rogara que se quedase.

—¿Te ha dicho eso? —Owen la miró irritado.

—Sí.

—Jordan, estás siendo muy testaruda.

Estaba decidida a que le suplicara, a que se arrodillara para convencerla.

—Quédate hasta el baile —dijo él, fríamente—. Solo falta un día. Te prometo que si después sigues decidida a marcharte, no te detendré.

—¡Oh, una de tus promesas! —¿cómo que no la detendría? Se suponía que tenía que ir a buscarla al fin del mundo para calzarle un zapato de cristal.

—Eres inaguantable y cabezota. No consigo comprender cómo es posible que, pudiendo elegir a cualquier otra mujer, esté tan enamorado de ti.

Jordan se quedó mirándolo boquiabierto mientras él se alejaba con paso firme. En su cabeza se repetían sus últimas palabras. «Tan enamorado de ti».

—Ya que insistes —dijo, elevando la voz—. Me quedaré hasta el baile.

—Ahora que lo pienso —respondió él por encima del hombro—, no hace falta que te molestes.

¡Cómo que no se molestara! Nada le impediría acudir al baile. Owen se arrepentiría de haberla insultado. ¡Inaguantable! ¡Cabezota!

Iría a la fiesta tan hermosa que Owen no sería capaz de pensar en nadie más que en ella. Si todavía se preguntaba si podía encajar en su mundo, olvidaría sus dudas.

Iba a hacer que el Príncipe Owen Michael Penwyck se arrepintiera de haberla tratado con tanta frialdad y de haberla dejado con la palabra en la boca.

Jordan detuvo su mente.

¿A quién quería engañar? Nunca había sido una mujer llamativa, ni mucho menos espectacular.

Lo mejor que podía hacer era marcharse de Penwyck.

Volvió a su dormitorio. Sobre la cama había una gran caja y cuando la abrió, los ojos se le llenaron de lágrimas. Después de todo, iría al baile.

—Con la suerte que tengo —musitó—, cuando suenen las doce todo habrá sido un sueño, como en *La Cenicienta*, esa estúpida chica que espera que un príncipe le resuelva la vida.

Aun así, sacó el vestido y, sosteniéndolo delante de sí, lo abrazó y dio unos pasos de baile.

Capítulo 9

—La cena está exquisita, ¿no te parece, Owen? —preguntó Anastasia.

—Exquisita —respondió él, entre dientes.

Lo cierto era que apenas prestaba atención a la comida. Lo único que le había llamado la atención era que tenía un aspecto peculiar. Pero desde que Jordan había entrado en el salón todos sus sentidos estaban pendientes de ella.

Tal vez por eso tenía la sensación de que le habían quitado una venda de los ojos. ¡Nunca había visto una mujer tan hermosa!

El vestido que parecía tan inocente en la caja se había transformado al envolver su cuerpo. Se deslizaba por sus curvas acentuando la sensualidad femenina de sus caderas y de sus senos y convirtiéndola en una cautivadora sirena.

Había cometido un error al elegirlo. Hasta aquel momento, la belleza de Jordan era más interior que exterior y creía ser solo él quien la apreciaba. Pero de pronto todos los hombres parecían hipnotizados por su presencia, pendientes de ella aunque aparentaran no estarlo.

Pero su atractivo no se debía exclusivamente al vestido y a la elegancia con que lo lucía.

Aquella noche llevaba el pelo recogido en un moño tirante. Y Owen estaba seguro de que todos los hombres se imaginaban quitándole las horquillas y contemplándolo caer en cascada sobre sus hombros. Solo él sabía que aquel peinado era una ilusión óptica, un truco femenino. Jordan no tenía el pelo lo bastante largo como para hacerse un moño.

¿Cuándo había aprendido a utilizar estrategias de mujer? Si sumaba a su inteligencia la habilidad de seducir a los hombres, el género masculino corría peligro.

Y si eso era lo que pretendía, lo estaba consiguiendo. Por más que se esforzara en evitarlo, su mirada volvía a ella como atraída por un imán y analizaba cada detalle que hasta entonces le había pasado inadvertido. ¿Desde cuándo tenía aquellos magníficos pómulos? ¿Qué había hecho para que sus ojos parecieran tan grandes y tan azules? ¿Había sido su boca siempre tan sensual, tan deseable?

Pero lo peor era verla inclinarse para hablar con alguien y más cuando se trataba de alguno de los hombres con los que compartía mesa.

¿Qué ingenio de diseño hacia que sus pechos parecieran a punto de escaparse del vestido pero sin llegar a hacerlo? ¡Jordan no tenía esos senos! Él acababa de verla en traje de baño y aunque tenía una buena figura, no se había dado cuenta de que pudiera resultar espectacular. ¡De haber sabido cómo le quedaba aquel escote, el vestido se habría quedado en la caja! Nadie le había advertido de que Jordan iría mostrando a todo el mundo su piel pálida y sedosa, la redondez de sus senos firmes y voluptuosos.

—¿Qué parte prefieres? —preguntó su hermana.

¿De Jordan? Owen evitó la mirada de Anastasia por temor a que lo hubiera descubierto mirando el escote de Jordan.

—¡Owen! —Anastasia puso los ojos en blanco—. ¡Me refiero a la comida!

La sonrisa burlona de sus ojos indicó a Owen que sabía que no había probado bocado.

—Esto —dijo, para disimular. Y señaló con el tenedor un bocado que parecían algas decoradas con flores, probablemente las que había tenido que conseguir para poder pasar una tarde con Jordan.

—A mí también me ha gustado —dijo Anastasia—. ¿No te parece que tiene un sabor ahumado?

—Delicioso —mintió Owen, mirando de soslayo a Jordan.

Su hermana rió.

—¿Y el estofado? Tengo entendido que tiene alce.

Owen hubiera deseado pedirle que se callara. Estaba enfadado por haberle pedido prestado el vestido de Jordan. Desde ese momento las dos mujeres se habían convertido en aliadas. Estaba seguro de que Anastasia era la culpable de la transformación sufrida por Jordan.

Llevaban todo el día comportándose como un par de colegialas. Jordan solo parecía preocupada por divertirse, a pesar de que apenas le quedaban unas horas para tomar la decisión más importante de su vida.

Quedarse o marcharse.

Tal y como estaban las cosas, Owen tenía la sensación de que su madre estaba dispuesta a ayudarla a dejar la isla si así lo decidía, y de que su hermana, y no él, iba a ser su mejor amiga.

Claro que la amistad no era el sentimiento que lo invadía cada vez que lanzaba una mirada hacia su mesa. Identificó su risa entre la de los demás y deseó huir. Estaba ansiando cambiarse de ropa, quitarse el traje de gala y el medallón que llevaba en el pecho que le hacía parecer un general. Odiaba los guantes y las pajaritas. Iba a ser rey y no podía soportar ninguno de los símbolos que le correspondían.

Cerró los ojos y se imaginó que estaba en otro sitio. Hubiera querido ir a los establos a cepillar su caballo favorito. Se vio colocándole la silla, atando las cinchas y subiéndose a él de un salto.

Imaginó que avanzaba por el bosque en una noche estrellada. Pero en lugar de cabalgar hacia el silencio de la oscuridad se vio volviendo al palacio, subiendo las escaleras hasta el salón de baile y abriéndose paso entre las mesas y las caras desconcertadas de la gente. Levantaba a Jordan y, besándola, la subía al caballo y...

—Mira —dijo Anastasia—. Ahí están Ralph y Trisha. Has sido un encanto invitándolos a venir.

Owen miró hacia donde le indicaba su hermana y se arrepintió de haber sido tan condescendiente. Su madre había establecido la tradición de que el personal del palacio fuera considerado como parte de la familia. Debían ser invitados a las fiestas siempre que fuera posible. Al ver que el romance de Ralph progresaba bastante mejor que el suyo, y para recompensarlo por su lealtad al haberle advertido del intento de

huida de Jordan, había decidido invitarlo.

La pareja estaba radiante de felicidad. Tampoco Ralph prestaba atención a la comida, pero por razones muy distintas a las suyas. Trisha lo contemplaba embelesada y, después de mirar alrededor, se atrevió a darle un beso en la boca. ¡En un banquete real!

Apartó la mirada. Eso era lo que Jordan hubiera debido hacer en aquel momento, sonreírle y romper todas las convenciones palaciegas robándole un beso.

Pero lo que hacía era sonreír y escuchar atentamente a Peter Webster.

Owen frunció el ceño. Tuvo la sensación de que era la primera vez que se fijaba en lo atractivo que debía resultar su hombre de seguridad a las mujeres. Además de saber que no era infrecuente que los guardaespaldas y sus protegidas, dada la relación de intimidad que inevitablemente establecían, cruzaran las fronteras que los separaban.

—¿Me puedes explicar por qué no está sentada a mi lado? —preguntó bruscamente a Anastasia.

Tuvo que tragarse su orgullo para hacer aquella pregunta. Estaba claro que Jordan huía de él como si lo considerara capaz del comportamiento más ruin. Y aunque tuviera motivos para pensar así, ¿hasta cuándo tenía que cumplir penitencia? ¿Cuándo lo perdonaría?

De pronto se dio cuenta, consternado, de que nunca le había pedido que lo perdonara.

—¿Quién no está sentada a tu lado? —preguntó Anastasia con una fingida inocencia.

—Sabes perfectamente a quién me refiero. Deja de jugar conmigo.

—¿O me mandarás a las mazmorras?

—Veo que te está dando lecciones de sarcasmo.

Anastasia no preguntó de quién estaba hablando.

—Si no te gusta su conversación no se por qué te importa que esté sentada en otra mesa. En cambio Webster parece disfrutar de su compañía.

Owen apretó los dientes.

—¿Quién ha dicho que me importe? Me he limitado a hacer una pregunta. ¿Por qué está sentada con Webster?

—Hemos decidido que era mucho más interesante sentarse al lado de un desconocido.

Owen hubiera podido decir que ellos dos estaban juntos y se conocían más de lo que él hubiera deseado en ese momento. O que Ralph y Trisha mantenían una relación. Pero tuvo la sensación de que Anastasia quería provocarlo.

—¿Ha pedido sentarse al lado de Peter Webster? —preguntó, contradiciendo la orden mental que acababa de darse de dejar de hablar de Jordan Ashbury.

Su hermana los miró y sonrió como si fuera un triunfo personal que estuvieran pasándolo bien.

—No creo. Estoy segura de que ha sido pura coincidencia.

—Habéis estado juntas todo el día —dijo Owen en tono acusatorio.

—He pensado que, dado el interés que demuestras por ella y que es la madre de mi sobrina, debía conocerla mejor. ¡Es divertidísima!

¿Divertida? Owen la miró desconcertado y celoso de que hubiera tardado tan poco tiempo en descubrir un aspecto de la personalidad de Jordan que a él le había costado tanto sacar a la superficie.

—Hemos ido a montar esta tarde. Es una amazona nata.

—¿Jordan ha montado a caballo? ¿Quieres que se rompa el cuello?

—¡Por Dios, Owen! Sabes que enseño a montar a niños discapacitados. He elegido un caballo pequeño y tranquilo.

—¿Por qué habéis ido a montar? Nunca le he oído decir que quisiera probar.

—¿No será que has estado siempre tan preocupado por lo que querías tú que no te has ocupado de averiguar qué deseaba ella?

Owen miró a su hermana fijamente. ¿Cuánta información habrían intercambiado las dos mujeres? ¿Conocía su hermana detalles íntimos de su relación?

Lo cierto era que no le faltaba razón. Le había hablado a Jordan de sus deseos, pero no había llegado a preguntarle nunca qué quería ella.

—Me ha dicho —continuó su hermana con dulzura—, que quiere aprender a montar para no ser una flor delicada que cualquier hombre pueda atrapar. Dice que quiere montar su propio caballo.

—Aunque se empeñara, no lograría ser una flor delicada —masculló Owen.

En aquel momento sirvieron el postre y lo miró sin interés. Consistía en una gelatina sobre un nido de hojas de colores otoñales.

Por fin retiraron los platos y sintió el alivio de saber que la velada se aproximaba a su fin.

Pero al oír la orquesta afinar los instrumentos recordó que todavía quedaba el baile. Y la idea de ver a Jordan deslizarse por la pista con Webster se le hizo insoportable.

—¿Me reservas el primer baile, hermano querido?

—No.

Se levantó bruscamente y fue en busca de Jordan. Tenía que decir las palabras que nunca había pronunciado. Se quedó de pie, a su lado. Al ver que no levantaba la vista, le rozó el hombro.

Fue un error. Su piel de terciopelo le hizo recordar las veces que la había tocado en el pasado y lo que se había perdido al dejarla.

—¿Quieres bailar conmigo, Jordan? —aquellas no eran las palabras que pensaba decir. Aun así, al ver cómo lo miró, supo que había actuado correctamente.

Jordan titubeó un instante y a continuación, alargó la mano. Era pequeña y fuerte y encajaba a la perfección en la suya. Owen se inclinó con solemnidad, se la besó y ayudándola a ponerse de pie, la condujo hasta el centro del salón.

Jamás habían bailado juntos. La música dio comienzo. Estaban solos en medio la pista de baile. Owen se inclinó y, tras hacer Jordan una reverencia, él buscó una vez más su mano y la atrajo hacia sí.

Llevaba toda la vida practicando bailes de salón como parte de su educación de príncipe. Había inaugurado más fiestas de las que podía recordar.

Pero jamás había bailado como lo estaba haciendo en aquel momento. Tener a Jordan por pareja convertía lo habitual en mágico.

Sus ojos nunca habían quedado atrapados en los de otra persona de aquella manera, ni un campo magnético había hecho que los dos cuerpos se movieran como si fueran uno. Deslizó la mano hacia la parte baja de su espalda y, atrayéndola hacia sí, se sintió inundado por la energía que irradiaba de su cuerpo.

No bailaban, flotaban. No eran mortales. Habían dado un salto más allá de los errores y las fragilidades humanas. Los malos momentos del pasado quedaban reducidos a cenizas y el futuro se presentaba iluminado por una luz tenue y acogedora.

Owen se dio cuenta de que los rodeaba un silencio sepulcral. Por encima de la música siempre se oía el murmullo de voces y risas, de vasos y cubiertos. No recordaba un baile de apertura tan silencioso. Solo se escuchaba la música, el roce del vestido de Jordan en el suelo y el latido de sus corazones.

Daban vueltas por la pista como si el mundo les perteneciera solo a ellos dos. Jordan lo seguía sin esfuerzo, sin titubeos. Sus pasos estaban sincronizados.

Al acabar la música creyó oír el murmullo lejano de unos aplausos, pero siguió sumido en un mundo propio.

Las palabras que su alma necesitaba expresar escaparon de su boca.

—Necesito pedirte algo —le susurró al oído, y aprovechó para embriagarse con su aroma.

Jordan estudió su rostro.

—Tengo que pedirte dos cosas —se corrigió él, con voz ronca.

Jordan asintió. Contenía la respiración.

—Primero, que me perdones —susurró él.

Jordan se quedó paralizada y lo miró a los ojos. Owen pudo leer en su mirada todo el dolor que le había causado y, por un instante, sintió que el corazón se le desgarraba.

Y de pronto sucedió un milagro. Jordan alargó la mano para acariciarle la mejilla y, al hacerlo, el dolor desapareció de sus ojos para ser sustituido por un brillo puro y cristalino.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

—Claro que te perdono —dijo, llena de emoción. Y con una sonrisa radiante hizo ademán de ir a secarse la lágrima, pero Owen le sujetó la mano y se la retiró con los labios.

Sabía dulce y fresca, sin rastro de amargura.

—Y la segunda pregunta es... —comenzó a decir.

—Atención, por favor, atención.

A pesar de la irritación que sintió al ser interrumpido en el momento más importante de su vida, Owen no tuvo más remedio que volverse hacia el estrado. Jordan le dio la mano y apoyó la cabeza en su hombro.

—El Príncipe Broderick de Penwyck.

Hubo algunos aplausos y Owen miró a su tío con gesto preocupado. Él sí disfrutaba con la etiqueta y el protocolo de la corte. Parecía especialmente contento y satisfecho de sí mismo.

Owen miró a su madre. También ella se había puesto en guardia al ver que Broderick tomaba el micrófono.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo—, y especialmente a ti, príncipe Owen, cuyo rescate celebramos esta noche.

Respondió al saludo con una leve inclinación de cabeza.

—Quiero aprovechar esta oportunidad para felicitar al servicio de seguridad —continuó Broderick —por haber rescatado al Príncipe y habérselo devuelto sano y salvo.

Sonó un aplauso clamoroso.

Broderick alzó la mano. Era evidente que disfrutaba siendo el foco de todas las miradas.

Owen hubiera querido no sentir tanta animadversión hacia su tío. Se decía que no era más que producto de un sistema. El mismo que, de no tener cuidado, acabaría por abrir un abismo entre él y Dylan.

—Es natural —continuó Broderick con tristeza—, que la nación contenga el aliento cuando desaparece el príncipe heredero.

Carraspeó, hizo un gesto dramático para ahuyentar la tristeza y sonrió.

—Pero, ¿y si no hubiera desaparecido el verdadero heredero?

Cesaron todos los ruidos y un murmullo recorrió la sala.

—Tengo que hacer una confesión —continuó Broderick, y Owen lo miró con temor.

¿Qué pretendía su tío?

—Hace veintitrés años, nuestro maravilloso rey, Morgan y su hermosa mujer, Marissa, tuvieron dos hijos mellizos. Pero fui yo, siempre atento a los peligros que acechan a los herederos al trono, quien pensó que para servir a mi país debía poner a los nuevos príncipes a salvo.

Owen se sentía hipnotizado como si contemplara una serpiente salir de una cesta. Haciendo un esfuerzo consiguió apartar los ojos de su tío para mirar a su madre.

Estaba pálida.

Broderick amplió aún más su sonrisa y dejó caer la bomba que tenía preparada.

—Los cambié el día de su nacimiento.

Se oyó una exclamación colectiva. Owen se hubiera reído de las palabras de su tío

de no haber visto el efecto que tenían en su madre. Nunca la había visto tan frágil y temblorosa.

—El heredero al trono no es nuestro príncipe Owen, quien, de hecho, ni siquiera es príncipe de nacimiento. Tampoco lo será su ausente hermano Dylan.

«Ni siquiera es príncipe de nacimiento». Owen escuchó el comentario pero, extrañamente, no lo asimiló.

—El verdadero heredero al trono de Penwyck será uno de los mellizos de Morgan y Marissa, pero ninguno de los dos muchachos a los que habéis visto crecer. Los herederos han crecido a salvo, gracias a mí, en el seno de una rica familia americana.

Por un instante hubo un silencio sepulcral que fue roto por una algarabía cuando todos los presentes empezaron a hablar al mismo tiempo.

Owen sintió los dedos de Jordan clavarse en su brazo y al mirarla, vio que lo contemplaba con los ojos desorbitadamente abiertos y expresión incrédula. Estudió su rostro y sonrió.

No estaba preocupada porque pudiera no ser príncipe, si no por cómo podía afectarle aquella noticia.

Por su parte, a él solo le importaba su madre. O la mujer que siempre había considerado como tal. La miró y vio que había recuperado la compostura.

Se puso en pie, serena y majestuosa, y en el salón se hizo un silencio sepulcral. Con una diadema sencilla y elegante y un vestido de brocado, era la imagen misma de la realeza.

Todos los ojos la siguieron cuando, con paso tranquilo, avanzó hasta el micrófono. Y ante la magnitud de lo que representaba, la figura de Broderick se empequeñeció hasta casi desaparecer.

—Mi querido cuñado —dijo, con solemnidad—. Si no fuera porque los días ya no son calurosos, diría que la extraña noticia que acabas de comunicarnos es producto de una insolación.

Una risita nerviosa recorrió el salón al tiempo que la reina miraba fijamente a Broderick hasta obligarlo a bajar la mirada.

Owen prestaba más atención a su madre que a su tío y sabía que, por más que disimulara, las palabras de Broderick la habían alterado profundamente.

—Aunque no dudo —continuó con una voz dulce y equilibrada— de que uno de los hijos que he educado llevará la corona de su padre...

Una vez más. Owen podía escuchar lo que para otros podía pasar desapercibido. Su madre no lo había nombrado como el heredero. Sus ojos se encontraron y la reina, al retirar los suyos, le confirmó que aquel olvido había sido premeditado.

—... investigaré el asunto del que nos ha hablado Broderick, como intentaría aclarar cualquier circunstancia tan perturbadora para nuestra familia y para todo Penwyck. Convocaré una reunión especial del Gabinete de Élite esta misma noche y decidiremos cómo actuar. Estoy segura de que en unas semanas podremos demostrar quiénes son los verdaderos herederos. Por otro lado, Broderick —la reina le dirigió

una mirada por encima del hombro—, hubiera preferido que me hablaras de este tema en privado, pero comprendo que cada cual tiene su estilo de hacer las cosas.

Su recriminación al implicar que Broderick había actuado groseramente provocó una nueva risa nerviosa en la gente.

Broderick cambió de color y la furia de su mirada recordó a Owen que podía ser peligroso.

La tensión se palpaba en el aire. No podían dejar que la fiesta acabara con aquella escena. Los rumores se propagarían como el fuego y antes de que se dieran cuenta, el pueblo creería que la monarquía estaba en peligro y el gobierno era inestable.

Broderick había causado un grave perjuicio en unos pocos minutos. La economía del país podía sucumbir si se daba crédito a lo que acababa de decir.

Owen dio una palmadita en la mano a Jordan y, separándose de ella, se abrió paso entre la gente. Por cómo lo miraban se dio cuenta de que necesitaban saber que el país tenía un líder.

Se subió al estrado de un salto, se inclinó ante su madre y alargó una mano a su tío que este estrechó sin conseguir disimular su incomodidad ni ocultar una sonrisa cínica.

Después, se volvió hacia la gente y contempló sus caras de preocupación. Sonrió y percibió un leve cambio de ánimo en el ambiente. Siguió sonriendo y miró a la gente a los ojos hasta que comenzaron a devolverle la sonrisa. Entonces, tomó el micrófono.

—Nadie me había dicho que esta era una fiesta sorpresa. Muchas gracias, tío Broderick —dijo, en tono festivo.

La gente acogió el comentario con una carcajada.

—La Reina ha prometido que se harán las averiguaciones necesarias —continuó — y todos sabemos que, tal y como ha demostrado en numerosas ocasiones, siempre cumple sus promesas.

Se había colocado al lado de su madre para presentar un frente común. La miró a los ojos. Ella le sonrió, pero su mirada era implorante. ¿Qué era lo que le pedía? Owen lo comprendió de pronto. Se trataba de algo que él acababa de descubrir y por eso le resultó tan fácil interpretarlo. Sus ojos le pedían perdón.

Tuvo la sensación de que su vida iba a experimentar numerosos cambios y que quizá nada acabaría como había empezado, pero por aquella noche su deber era mitigar el daño que pudiera haber causado su tío.

Y en lo personal, todavía tenía que preguntar algo a Jordan.

—Yo creía que esta era una fiesta para celebrar mi retorno —hizo una pausa, se miró las piernas y los brazos, y se palpó el pecho en un gesto cómico —. Y por lo que veo sigo sano y salvo.

La gente rió, aliviada.

—Que siga la música y a bailar todo el mundo. Ya resolveremos mañana los problemas del mundo.

A una señal suya la orquesta comenzó a tocar. Sus hermanas comprendieron lo que esperaba de ellas y ocuparon la pista de baile con sus respectivas parejas. En cuestión de segundos, se vieron rodeadas de gente.

Owen avanzó hacia Jordan. Ella lo esperaba con una sonrisa radiante.

—¿Te he dicho últimamente que creo que eres maravilloso?

—¿Últimamente? No me lo has dicho nunca.

—Claro que sí.

Owen sintió que se ruborizaba.

—Tengo que hacerte una segunda pregunta —dijo.

La música paró.

Aprovechando el silencio, alzó la mano y consiguió la atención de la gente.

—Quiero decir algo más. Las princesas y los príncipes, las reinas y los reyes vienen y van. Los reinos viven tiempos de esplendor y de decadencia. Toda mi vida he cumplido con mi deber y con vosotros, el pueblo de Penwyck. Pero esta noche quiero obedecer a mi corazón. Con el paso del tiempo, y la historia lo atestigua, solo perdura una cosa, el amor.

Se volvió hacia Jordan y vio que lo miraba con ojos anhelantes. Tomó una de sus manos, se arrodilló y, delante de todo el mundo, le declaró su amor.

—Jordan Ashbury, lo eres todo para mí. No sé qué me deparará el destino, porque ningún hombre lo sabe. Si no te quedas conmigo puede que llegue a ser rey, pero si me dejas, seré el más pobre entre los pobres. Si me dices que pasarás el resto de tu vida a mi lado puede que sea pobre, pero me sentiré el más rico de los reyes. Jordan, ¿quieres recorrer el sendero de la vida a mi lado? ¿Aceptarás mi mano? ¿Me concederás el privilegio de ser el padre de tus hijos? Jordan Ashbury, ¿quieres ser mi esposa?

Jordan le tiró de la mano para que se pusiera de pie. Él la miró y adivinó la respuesta en sus ojos antes de que hablara.

Una sola palabra. «Sí».

—No sé las demás —susurró Jordan finalmente —, pero yo sí he encontrado a mi príncipe.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.